Un beso bajo la lluvia
ARBEIT MACHT
MACARENA MOYA S.

Prólogo

Berlín 1933

La familia Shwarts era una de esas familias maravillosas, donde sus padres eran un ejemplo de amor, el patriarca se sentía bendecido por estar rodeados de hermosas mujeres, su esposa Ruth, sus hijas Margot, Cecil y Hannah todas jóvenes muy lindas y bien educadas, el padre, Joseph Shwarts era dueño de una gran joyería, donde dos de sus hijas diseñaban las joyas, tenían mucha fama en todo Berlín.

La vida les sonreía a diario, eran una familia muy querida por todos los que los conocían, tenían sus problemas como todos, las chicas discutían por todo a veces, sus padres igual tenían diferencias, pero eso no los hacía quererse menos.

Hannah solo tenía catorce años, estudiaba hasta medio día, luego iba hasta la tienda de las joyas para ayudar a su padre. Su madre tenía grandes planes para ella en el futuro.

Una tarde que llegaba a su casa, había una revolución total, Margot estaba eufórica en alegría, su novio Theodore Silver le propuso matrimonio, mostraba orgullosa su bello anillo de diamantes, sin dejar de sonreír, Theodore es un hombre muy especial, lo primero, se enamoró de Margot, que para todos tenía un carácter muy terrible, es abogado, hijo único, tenía planeado viajar hasta Estados Unidos para trabajar, algo que a su padre no le agradaba mucho, no deseaba perder a Margot, América estaba muy lejos. Pero aceptó el compromiso entre ellos y la boda sería en tan solo dos meses, ninguno deseaba esperar más. Esa noche la cena fue especial, Theodore trajo un delicioso champagne para celebrar. Esa noche Margot durmió con una gran sonrisa en sus labios.

El señor Shwarts estaba en su oficina era muy tarde, casi todas dormían pero él seguía trabajando y Hannah no podía dormir. Golpeó con suavidad la puerta, levantó su mirada a la puerta y sonrió feliz. —¿Qué haces hija? es tarde, deberías estar durmiend. —caminó con rapidez hasta su lado sentándose en una pequeña banca de pies acolchada de color rojo, era su silla preferida para hablar con su padre desde pequeña, lo veía tan grande sentada desde ahí.

Le mencionó su preocupación de que Margot se fuese a América como deseaba Theodore, pero su padre sabía que su hija nunca dejaría a su familia, no partiría lejos. Le contó a Hannah que abriría una nueva joyería pero para eso deberían irse a Viena, un amigo suyo tenía una tienda que le vendía a muy buen precio. Claro en la de Berlín se quedarían Margot y Cecil, que ya habían aprendido todo para administrar, además son las diseñadoras, en Viena ocuparían los mismos diseños. Solo faltaba afinar solo unos pequeños detalles para que todo quedase bien. Pronto parte de la familia iría hasta Viena para expandir el negocio familiar. Todo iba muy bien para los Shwarts, pero la historia diría otra cosa, no solo para ellos.

Capítulo primero

1938, Viena

Hace ya un poco más de cuatro años que Hannah y sus padres vivían en Viena, sus hermanas habían quedado en Berlín con sus esposos, pero su padre ya estaba arrepentido de haberlos dejado allá. Habían sucedido muchos eventos que les hacían prever que algo malo ocurriría muy pronto.

El negocio de los Shwarts en Viena dio buenos frutos en poco tiempo, la calidad de sus joyas y lo bello de los diseños hizo que se posicionara como la mejor de toda la ciudad. Pero las noticias no eran buenas para ninguno de ellos en Alemania, habían comenzado los ataques contra los judíos, marcaban sus casas y sus negocios, alertando que eran judíos y ningún alemán podía entrar a comprar en esos lugares, eran arrestados por cualquier motivo, golpeados en las calles. Sus hermanas no podían salir de Berlín, por más que trataban de lograrlo, no podían.

Cecil se había casado dos años después de Margot, lo hizo con el hijo menor de los Stein, Adam, ellos tenían una fábrica de metal. Aunque los negocios ya no iban tan bien como antes, la familia se mantenía a flote, el padre de las hermanas Shwarts solo deseaba sacar a sus hijas de Alemania pero no lograba hacerlo, había contactado a un hombre que tenía un avión, que podía conseguir documentos falsos para sacarlos de Berlín, pero no lo lograron, sus casas eran marcadas con la estrella de David, y estaban siendo obligados a usar una estrella en su ropa, tenían prohibido entrar en lugares de alemanes.

Los rumores, de que algo más sucedería estaban presentes, los Shwarts estaban preocupados por sus hijas, ahora Hannah es una adorable y bella jovencita de diecinueve años, había heredado el bello cabello castaño de su abuela, además de unos bellos ojos grandes y hermosos de color negro, Hannah se convirtió en una joven fuerte, sabía por lo que escuchaba de sus padres que la vida de ellos tendría un cambio, su padre compró pasajes para que los tres partieran con destino a América, pero cuando se enteró por Charle Piaft el hombre que trataba de sacar a sus hijas de Alemania que era imposible localizarlas, el pánico entró en ellos. Charles era un comerciante británico –

francés que llevaba muchas cosas de contrabando siempre, tenía muchos recursos para salir de un país y entrar en otro.

—Hoy vendrá a cenar Elija Roth, con su mujer y su hijo, el joven alcanzó a terminar de estudiar antes que quemaran la universidad, es médico. —dijo su madre mirando a Hannah con una gran sonrisa.

—¿Que pretende mamá?, yo no voy a casarme, no lo haré, tenemos que tratar de encontrar a Margot y Cecil, eso es la prioridad ahora.

—Tus hermanas tienen esposos que cuidan de ella. —dijo nerviosa, parecía que no vivía la realidad en la que estaban, cada vez que su esposo hablaba de lo que sucedería, ella contaba algo banal, algo sin importancia, se rehusaba a dejar entrar el tema de una posible guerra en su casa.

—Hija debes preocuparte por ti también, Samuel es un joven educado, de buena familia, el te protegerá y proveerá de todo lo que necesites.

—Papá por favor… ¿puedo levantarme ahora?

—No has terminado de come. —dijo su madre mirando su plato tal cual como fue servido.

—Por favor, no tengo hambre.

—Claro, ve hija, ve.

Hannah estaba muy preocupada por el bienestar de sus hermanas, hace mucho que se venía oyendo que en Berlín y en Alemania en general se creó un odio contra los judíos, al año que dejaron Alemania, se había organizado un boicot contra todo negocio judío en Berlín, todos los alemanes tenían prohibido entrar a los establecimientos de los judíos, además fueron despedidos todos los que ocupaban puestos públicos. La vida se había vuelto muy complicada para todos, pero durante estos casi cinco años, siempre mantuvieron comunicación por carta o teléfono, pero durante los últimos meses, ya nada más se supo de Margot y Cecil.

***

—Todo saldrá bien, ya lo verás, aún podemos estar en nuestra casa, al menos eso podemos —decía. Margot mirando a su desesperado esposo.

—La fábrica de los Stein fue cerrada, los padres de Adam desaparecieron no los pueden encontrar.

—¿Mi hermana está bien?

—Si, Cecil esta con Adam, ellos están bien, está trabajando con unos amigos, verás que esto no es nada, prometo que nada te sucederá mi amor, solo unos alemanas nerviosos por la muerte de otros como ellos y buscan

culpables.

—Solo deseo ver a mi madre, yo quiero.

—Tu madre está bien, tranquila, iremos pronto a visitarla, solo que están algo complicados en las fronteras, pero iremos, lo prometo.

—Mi pobre hermanita, si algo sucede con mis padres ella estará sola.

—Nada les sucederá tranquila, todo esto son solo especulaciones.

Theodore abrazó a su mujer, tratando de consolarla, no sabía que se vendrían tiempos difíciles, nadie podía imaginar lo que sucedería en un tiempo más. La vida de Cecil no era distinta, sus suegros habían desaparecido, pero Adam tenía un buen trabajo con unos amigos y su estilo de vida no se había visto modificado, pero todos guardaban cierto recelo contra todos, además que no podían alejarse mucho. Estaban muy asustados. Ella esperaba un bebe y toda esta situación incierta era muy complicada para ellos.

***

Hannah caminaba por las bellas calles de Viena juntos a dos de sus amigas, decidieron pasar a un café. Las tres se conocieron por sus padres, cuando Hannah llegó a Viena. Emilie se casaría pronto con un Mayor del ejército austriaco, un hombre muy apuesto de nombre Klaus Meyer.

—Klaus dice que compró una bella casa para nosotros, pronto me llevará a conocerla.

—Eres muy afortunada Emilie —respondió Helen —tu prometido es un hombre apuesto, mi padre consiguió un hombre feo para mí, no puedo zafarme de este compromiso, hay un hombre muy apuesto sentado en la mesa de la esquina, con traje de seda gris, ¿lo ven? Con ese hombre estaría dispuesta a pasar toda mi vida, es muy apuesto —ambas mujeres miraron y vieron a un hombre de cabello dorado, mirada potente, mentón fuerte, sus ojos eran condenadamente azules, un hombre muy apuesto —no ha dejado de mirar para acá, no se ha cual de nosotras.

—No le des importancia a ningún hombre que veas en la calle Helen, no lo mires —respondió Hannah.

—¿Qué sucede contigo?, es un hombre muy apuesto. —continuó Helen.

—Permiso yo debo regresar a casa, nos vemos luego, permiso.

Una vez que llegó a su casa, sus padres no tenían una buena apariencia, junto a ellos los Roth que habían regresado hace poco de Alemania gracias a unos contactos que los ayudaron a ir y volver rápidamente.

Hannah se sentó junto a su madre, tomándole la mano, esta estaba húmeda

y tiritaba con fuerza. Escuchó atentamente lo que el señor Roth hablaba.

"Dicen que fue horrible, entraron en todas las tiendas de los judíos, robando lo de valor, rompiendo las ventanas, puertas, vitrinas, todo fue destruido, además marcaron con pintura cada negocio de judío, todos tienen prohibido comprarnos lo que sea, destruyeron nuestras sinagogas, algunas casas de judíos más acaudalados, lo más horrible fue que mataron a muchos, no hay un conteo hasta ahora…"

El padre de Hannah miraba con horror, se levantó de su silla, caminó dando vueltas por la sala, su hija menor lo miraba con miedo, ella sabía en lo que él pensaba, sus hermanas, sus hijas, solo deseaba que ellas estuviesen bien, nunca nadie podría olvidar ese día, en que todo esto ocurrió, nueve de noviembre, estamos en el año mil novecientos treinta y ocho, hace más de dos años que no veo a mis hermanas y ahora siento que no las veré nunca más, se dijo Hannah.

El señor Roth se puso de pie, junto a su padre, susurrando algo, no lograba escuchar, así que se levantó pidiendo ser incluida en la conversación —padre por favor, no podemos ayudarnos si nos ocultamos información, que más sucedió ese día. Su padre tomándola de los hombros la miró fijamente —hija se que eres una mujer fuerte, pero no puede. —soltándose de las manos de su padre, su mirada la dirigió a Samuel, —no hagas esto, no me ocultes cosas por favor, mis hermanas están all. —la madre de Samuel sonrió y levantándose le dijo a su amiga,— vamos Ruth preparemos café para ellos, les hace falt. —El padre de Hannah la sentó, tomando sus manos. —se habla de que muchos, miles de ellos fueron llevados a un lugar, para encerrarlos un lugar llamado Dachau y otro Sachsenhausen, eso es todo lo que sabemos.

Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Tenía miedo, si, mucho miedo.

Su padre y el señor Roth se encerraron en la biblioteca, Hannah miraba por la ventana de la sala. Samuel se acercó hasta ella. Tomó su mano llevándola a sus labios. El es un hombre muy guapo, había muchos judíos realmente guapos y Samuel era uno de ellos, en la sinagoga muchos padres lo querían para sus hijas, pero el ya había escogido, fue él quien le dijo a sus padres que si debía casarse, lo haría con la hija de los Shwarts, le parecía una joven muy linda.

—¿Qué sucederá con nosotros. —dijo ella mirándolo fijamente.

—No lo sé… se suponía que en estos días se anunciaría nuestro

compromiso, pero si deseas podemos casarnos, en secreto, huir de este lugar.

—No voy a dejar a mis padres.

—Tus padres no quieren que te quedes aquí… nos quieren lejos de todos esto.

—¿Te marcharías dejándolos atrás?... ¿lo harías Samuel? –preguntó mirándolo a los ojos.

—Mi padre quiere que sobreviva, soy su único hijo, soy su sangre, quiere que nuestro legado trascienda.

—Yo no puedo, no lo siento.

Samuel apoyando su frente en la cabeza de Hannah, respiró profundo, para luego tomar de ella un dulce beso, posando sus labios sobre los de ella, un beso suave, dulce, saboreando sus labios con cuidado. Hannah lo miró fijamente al terminar el beso —Nunca antes me habían besado— Samuel sonriendo feliz la volvió a besar y luego habló —Lo sé, deseaba ser el primero en tus labios, cada día que te veía en la sinagoga, deseaba acercarme a ti, eres muy hermosa, pero mi padre me pidió cautela, el arreglaría todo, yo había puesto mis ojos sobre ti, creo que te amo —Hannah sonrió, pero no sabía que decir, ella no lo conocía, y no sentía amor, sabía que es el hombre que su padre escogió para ella, y si su padre lo hizo, es porque debe ser un buen hombre, besó sus manos, agradeció sus palabras, pero ella no tenía las misma para decir —yo…yo… esto es muy… complicado para mí —Samuel la besó en la frente otra vez rodeándola con sus brazos —tranquila, nada sucederá aquí, nada.

Capítulo segundo

La mañana estaba fría, pero no fue eso lo que la despertó, sino el sonido de las balas y bombas, su padre fue hasta la habitación de su hija, sacó una maleta y comenzó a guardar su ropa, Hannah no entendía que sucedía, se levantó tomándolo de las manos le pidió calma, su padre estaba nervioso. Se sentaron en la cama, su padre le contó que estaban siendo invadidos por el ejército alemán, no sabían que sucedería con ellos.

—Conseguí papeles para ti, debes marchart. —dijo besándola en las mejillas, pero Hannah seguía sin entender que era lo que su padre decía..

—No, no, no, no, no por favor papá, no haga esto, no me aleje de su lado —suplicó, pero los ojos de su padre pedían que por favor hiciera lo que decía..

—Hija, ya es tarde para hacer algo por tus hermanas, puedo si hacer algo por ti, pagué mucho dinero por estos documentos, tu nombre sigue siendo Hannah, pero tu apellido es otro, debes sobrevivir, eres mi hija, mi legado.

—Papá no, Samuel dijo que nada sucederá, ya lo verás.

—Están acomodándose, los alemanes entraron ya en este país, no sé qué sucederá.

—Esperemos un poco, no me hagas partir antes de tiempo.

Hannah recibió un mensaje de Samuel quería verla, la citaba en un lugar alejado donde, una antigua escuela desocupada. Su padre le pidió que llevase los documentos nuevos, nadie sabía que sucedería ahora.

Caminó tranquilamente, vio pasar camiones llenos de soldados alemanes, sus manos comenzaron a tiritar, estaba nerviosa. Un auto se detuvo, rápidamente bajó un soldado, abriendo la puerta trasera. De la parte trasera del vehículo bajó otro hombre vestido de militar, pero este tenía más rango, Hannah no conoce los rangos de los soldados, no sabe cual el cual. El hombre se puso delante de ella para que no pudiese avanzar.

—¿Necesita mis papeles. —dijo ella nerviosa.

—No, eres la chica del otro día en el café, te recuerdo.

—Si Herr, disculpe no se dé rangos.

—Eres muy linda, ¿te lo han dicho?, yo creo que sí, yo puedo educarte, con mucho gusto, soy SS Oberstleutnant (teniente coronel) mi nombre es Stefan

Klausen.

—Yo, yo —titubeó—lo siento debo regresar a casa, me esperan.

—Claro, claro, espero poder verte por ahí, no me diste tu nombre.

—Hannah, Herr Oberstleutnant.

Caminó rápidamente por la calle, el hombre que había posado los ojos sobre ella hace unos días, es un teniente coronel de la SS, apuró su pasó sacó los papeles que su padre le dio, en este decía. que es ciudadana Austriaca, Hannah Fellner, no podía creer lo que había vivido, solo continuó su camino. Cuando llegó hasta la escuela, recorrió todos los espacios donde Samuel podría estar, pero no estaba, el temor se apoderó de ella. Al regresar, vio que varias calles estaba cerradas y casas de judíos con las ventanas rotas y sobre las veredas algunas de sus pertenecías.

Su calle parecía normal, cuando abrió la puerta su padre se acercó rápidamente, tomándola del brazo la llevó hasta la habitación. Hannah estaba asustada, no sabía que sucedía.

—Los alemanes estuvieron aquí hoy, se llevaron algunas pinturas, objetos de plata y joyas de tu madre, nos pidieron guardar nuestros objetos personales en una maleta. Debes partir, ahora, no puedes pasar la noche aquí.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó con su voz cargada de dolor y desesperanza, no había futuro posible donde ella pudiese dejar a sus padres solos.

—Quiero que te salves, quiero que vivas. —su voz estaba cargada de esperanza, por ella, su hija debía vivir.

—No por favor yo iré con ustedes.

—Hija, escúchame, eres mi luz, mi niña maravillosa, permíteme hacer algo por ti, ya que no pude hacer nada por tus hermanas.

—Padre no puedo.

—Tienes mucho por que vivir mi amor, mucho, vive hazlo, como sea, no importa lo que hagas para mantenerte viva, lo importante es lograrlo, llevas mi sangre y mientras tu vivas nuestro legado está a salvo.

—Papá, no me haga esto, por favor no puedo dejarlos.

Su padre le entregó una maleta, en media hora vendría un amigo de la familia, un químico Austriaco, que había salvado su negocio gracias al dinero que su padre le dio para que no perdiese todo. El agradecido prometió ayudar a su hija, la haría pasar por parte de su familia. Mientras ella metía en dos maletas su ropa, pertenencias personales, fotos de sus padres y hermanas,

ocultas entre las ropas, no dejaba de llorar, no podía despedirse de sus padres de esa manera. Su padre entró en la habitación otra vez, le entregó una caja de terciopelo negra, que contenía las joyas que habían sido de su madre, la abuela de Hannah, las logró esconder antes de que los soldados también las robasen. Le pasó un sobre con mucho dinero, la besó en la frente abrazándola con fuerza, para despedirse de su hija, mirándola a los ojos, su madre esperaba por ella en la sala, también la abrazó con fuerza, para luego pedirle que se cuidara y que siempre pensara en ellos.

—Papá, por favor no me haga esto, déjeme aquí con ustedes. —le rogó tomando sus manos.

—Nunca salgas de casa sin tus documentos, nunca, y no importa lo que hagas para mantenerte viva, te ordeno mantenerte viva, tú eres mi legado, eres mi inmortalidad. Yo te amo hija, por favor vive.

—Papá, por favor. —su voz estaba completamente quebrada por el dolor.

—Joseph, ¿todo bien? —preguntó Fremont amigo que venía por ella.

—Hija, vivirás en el edificio la siguiente calle de enfrente, junto a la hija de Fremont, estarás tranquila, ella no sabe que eres judía, cree que eres una hija de una prima de su padre que no conoce, debes decir que tu madre se llama Gretel por favor y que eres Austriaca, pero vivías en Alemania. Eso dicen tus papeles.

—Vamos Hannah ya es tarde, debemos aprovechar que no hay nadie fuera, no sabemos que puede suceder.

—Cuando esto termine papá, los buscaré, estaremos juntos otra vez.

—Lo sé hija, pero ahora por favor, sálvate.

Volvió a abrazar a sus padres entre sus sollozos, su corazón estaba partido, rápidamente dejaron el lugar para ir hasta el quinto piso del edificio, donde vive la hija de Fremont, ahora ella estaba en casa con ellos, pero regresaría en unos días.

Cuando entró en el departamento, Fremont sonrió con tristeza, trató de consolarla, le explicó que había de todo para comer, le sirvió un té, para luego salir de regreso a su propio hogar. Hannah miró por la ventana, a unos trescientos metros estaba su casa, en la misma altura, su padre apagó las luces, quizás para que ella pudiese estar tranquila, algo que no lograría. Esa noche durmió a saltos, tenía pesadillas. Por la mañana tomaba un café cuando sintió ruidos de camiones y también. Formaron filas con mesas y en estas colocaban timbres y papeles, frente a cada mesa una silla, se sentían los pitos donde

obligaban a los judíos registrados el día anterior a bajar y registrarse otra vez, sintió pasos fuertes de marcha en el edificio, se apegó en la puerta, con mucho miedo, pero su puerta no fue tocada. Se acercó a la ventana otra vez, sin abrir el visillo, vio como empujaban a los hombres, mujeres y niños a las filas.

Todos fueron registrados y les entregaron un parche que debían usar, para así ser identificados con facilidad en las calles, pudieron regresar por el momento a sus casas, pero nada se sabía con certeza. Esa tarde salió, debía averiguar que sucedió, pero sus amigas, no estaban, sus casas estaban desocupadas.

—Creo que el destino se empeña en reunirnos Froilán. —dijo la voz del teniente coronel que había visto el día anterior, tuvo miedo de girarse. Pero lo hizo.

—Buen día Herr. —no recordaba su nombre.

—Stefan. —dijo interrumpiéndol. —mi nombres es Stefan, me puedes llamar así.

—Claro, claro, yo —no dejaba de titubear producto de los nervio. —yo — estaba muy nerviosa.

—¿Sabes que es lo que más me gustó de ti?. —no esperó a que ella preguntase —lo nerviosa que te pone mi presencia.

—Lo siento yo.

—No lo sientas, no ¿vas a algún lugar ahora?

—No, solo caminaba un momento por la ciudad y…

—Bien, te acompaño.

Sin poder negarse, el se puso a su lado caminando por las calles invadidas de Viena. El preguntó por lo que ella hacía, su familia y donde vivió. Recordó rápidamente lo que su padre dijo, el pareció creer todo lo que Hannah le contaba.

Un automóvil negro los seguía, con el soldado que lo llevaba. La invitó a tomar un café en un lugar muy hermoso que conoció en el centro de Viena. Ella subió con él, dentro del vehículo, pero en ningún momento dejó de temblar de miedo, estaba sentada junto al enemigo, siguiendo las instrucciones de su padre, hacer de todo para sobrevivir. Entraron, el acomodó la silla para ella, le ordenó un pastel de chocolate para acompañar ese café, el pidió un pastel de vainilla con crema. Hannah no lo miraba a los ojos, mantenía su mirada baja, el temor la hacía dudar. El lugar estaba completamente lleno de soldados alemanes, y no lograba respirar tranquila.

—¿Qué sucede? ¿Por qué estas tan pálida? —le preguntó con evidente preocupación.

—Disculpe, podemos salir, el olor a cigarrillo me molesta yo, necesito, respirar.

—Claro vamos… —le ayudó con la silla, para luego salir del lugar.

Hannah comenzó a caminar de regreso hasta su hogar, la distancia era mucha, pero Stefan la siguió, pidiéndole que subiese al vehículo. Tomándola del brazo con fuerza, la hizo detenerse —vamos tranquila, ¿qué sucedió. —preguntó mirándola fijamente. —no me siento nada bien, ¿usted puede llevarme? yo puedo pagarle el traslado —. El sonrió a cada segundo esa jovencita le agradaba aun más. —será un placer para mi escoltarla a su hogar.

Al llegar hasta el edificio de Hannah, vio alemanes revisando a dos personas, ella los había visto muchas veces en la sinagoga, los soldados los empujaban, le botaron al suelo sus gorra y a uno de ellos le cortaron su cabello. Los hombres no se movían, estaban completamente quietos, claro que más podían hacer, cualquier movimiento les costaría inmediatamente la vida. Uno de ellos se agachó para recoger su gorra y le dispararon en su cabeza, la sangre saltó para todos lados y el hombre cayó al suelo, fue un espectáculo horrible, Hannah dio un grito, llevando sus manos a su rostro al ver esa escena, no pudo contenerlo, fue horroroso ver parte de su cuerpo desparramado por la fría acera, los soldados gritaban y apuraban al otro para que se fuese. El teniente que estaba con ella, vio en el rostro de Hannah el horror, acercándose a los soldados les gritó, llamándoles la atención, he hizo que sacasen el cuerpo del hombre de la vereda. Hannah solo abrió la puerta de su edificio y corrió por las escaleras, no podía quitar la imagen del hombre tirado en el suelo sin parte de su cabeza. Stefan corrió escaleras arriba, detrás de Hannah.

—Lo siento mucho, no es una grata imagen, lo siento.

—¿Grata? es horrorosa, ¿qué le hacían esas personas para que lo asesinaran así?, para que fuesen humillados así.

—Son judíos, no son personas. —su expresión mostraba lo extrañado que estaba de la preocupación de Hannah.

—Permiso Herr Oberstleutnant, es tarde para mi, adiós.

El se quedó mirando a esa joven, hasta que entró en su departamento, necesitaba saber más de ella, nunca antes le pidió sus papeles, quería saber su apellido, de donde venía, todo, está muy interesado en ella y no podía dejar

nada al azar.

De madrugada, cuando nadie estaba en las calles, se cubrió con un abrigo y un pañuelo, caminó hasta el edificio de sus padres, no había soldados esa noche, llamó a puerta, lo hizo tres veces pero recién a la cuarta esta se abrió, su madre estaba en la puerta, lucía pálida, al verla, Hannah se lanzó a sus brazos con fuerza, solo habían sido unos días en los que no se habían visto, pero fueron los suficientes para extrañarlos enormemente.

—Mamá ¿como esta?, luce cansada. —le dijo tomándola del brazo.

—Estoy bien cariño, vamos ven tu padre está en cama.

Al entrar en la habitación, vio a su padre con el rostro inflamado, un ojo cerrado producto de un golpe. Corrió hasta su lado, sentándose sobre la cama —¿qué fue lo que le sucedió papá? —el hombre ya cansado, le relató la historia, unos oficiales llegaron para inspeccionar todas las casas de judíos de ese edificio, buscaban las mejores para los altos mandos, no sabía desde cuándo pero ahora su casa pertenecía a un alto mando de la SS, no le dijeron cuando tomarían posesión, solo revisaban que fuese la adecuada. Sus padres se quedarían sin hogar, eso desesperaba a Hannah, ofreció que se fueran junto a ella, pero declinaron, ahora es una ciudadana alemana y no puede albergar a judíos, eso es castigado con cárcel incluso muerte. Estuvo hasta muy entrada la madrugada junto a ellos, le contó a su padre del teniente coronel alemán que la sigue, su padre lo vio como una oportunidad de sobrevivir, —eres Austriaca ahora, tu mejor oportunidad es casarte con un soldado alemán, contarás con su protección – como si tuviese un resorte saltó de la cama, caminó de un lado a otro, —¡no puede decir eso papá!, solo hoy vi como uno de ellos mató a un hombre en la calle, le voló la cabeza, dejando sus… el dejó… yo no puedo hacer algo as. —su padre trató de sentarse en la cama, pero el dolor de su cuerpo no se lo permitía, sonrió con ternura al mirarla a los ojos, —para mí, como padre, lo único que me dejará estar en paz, es saber que tu vives, yo no he podido ubicar a tus hermanas, he tratado pero ha sido imposible.

Hannah se acercó hasta la cama para abrazar a su padre, besándolo con suavidad en la frente, —encontraré a mis hermanas, lo prometo y las pondré a salvo, lo haré, haré lo que sea para que nuestra familia esté reunida otra vez, lo prometo padre, dejaré de tener miedo y yo haré esto. Su padre derramó lágrimas producto de la emoción, él sabía que su hija nunca podría salvarlos de todo lo que se avecinaba, pero con que ella viviese el estaba tranquilo.

Capítulo tercero

Dos días después de la visita a sus padres, el ejército llegó, todos los judíos fueron expulsados de sus casas, desde lejos de su ventana, observó como familias dejaban su hogar, desde el edificio donde sus padres vivían, salían de casa, con su equipaje y algunas cosas. Se vistió rápidamente, para ir hasta ellos, ver de cerca que sucedía. Caminando rápidamente hasta que llegó a la calle por donde transitaban todos los desalojados.

Los vio salir, llevaban una maleta cada uno, un soldado los empujó botando a su madre al suelo, no pudo contenerse, corriendo hasta ellos para ayudarlos, un soldado que llegó hasta ellas, las empujó pidiendo sus papeles de manera violenta. —¡Deja a esos judíos y muestra tus papeles! —el hombre miraba con odio, con solo sus ojos mostraba que él deseaba destrozarla, —¡soldado. —dijo una voz detrás de ellos, el hombre se cuadró rápidamente, cuando Hannah giró su cabeza vio a Stefan que se acercaba rápidamente.

—Mi Herr Oberstleutnant, esta mujer ayudaba a los judíos a ponerse de pie.

—El empujó a la señora con violencia, ella es una conocida de mi familia.

—Retírese soldado y continúe con su trabajo.

—Por favor, Hannah, venga conmigo este no es lugar para usted.

El la hizo subir a su vehículo, lo que la llenó de temor, a medida que este avanzaba, vio como sus padres caminaban junto a otros cientos de personas. Solo se calmó cuando Stefan pidió detener el auto en un café. Necesitaban hablar.

—Usted sería tan amable de mostrarme sus papele. —dijo con una mirada fría, Hannah sintió temor, si notaba que sus papeles eran falsos, nada resultaría, los sacó de su bolso entregándoselos, los examinó exhaustivamente. No la miraba, solo revisaba el papel y su tarjeta.

—¿Qué sucederá con todas esas personas despojadas de sus hogares? —preguntó con miedo, sabía que si hablaba mucho de su favor de los suyos sería descubierta, pero necesitaba saber que sucedería con sus padres.

—¿Hace cuanto vive en Viena. —dijo bajando los documentos para mirarla fijamente.

—Ya hace muchos años, deben ser unos cinco o seis, no recuerdo mucho.

—Pero es usted austriac. —dijo dándole una mirada inquisidora.

—Claro nací en Viena, pero luego viví en Alemania, en Berlín, regresamos ya hace unos años. ¿A qué se debe este interrogatorio?

—¿Qué relación tiene con esos judíos que ayudaba. —dijo mirándola fijamente, Hannah sintió temor, dijo que ya no lo tendría, pero su mirada gélida la hizo temer.

—Ellos fueron amigos de mis abuelos ya muertos, nos ayudaron a mi madre y a mí cuando quedamos solas, mi padre nos dejó, desapareció un día, y solo estábamos las dos, ellos nos protegieron.

—Su madre ¿dónde está?

—Murió hace dos años, estaba enferma.

—Siento mucho oír eso, ¿estás sola? Eres una mujer muy hermosa, no puedes estar sin protección.

—Un tío me ayuda, es primo de mi madre, vivo en casa de su hija, no estoy sola.

—Lo estás, si, lo estás. Yo voy, con tu permiso claro, a cortejarte, me gustas, eres una mujer muy hermosa y además tienes un corazón muy bueno, algo que ya no se ve en estos tiempos, yo voy a cuidarte.

—Yo… yo. —titubeó sin poder articular palabras.

—Hablaré con tu tío, haz los arreglos para que me reciba y poder pedir su consentimiento para que en este tiempo que este aquí, podamos vernos.

—Claro.

Quedaron de acuerdo de reunirse dentro de tres días, los Fremont estaban de acuerdo con la visita del Herr Oberstleutnant, organizaron una cena especial, con buen vino y un coñac. Los Fremont que estaban al tanto de la situación, veían como una salvación para Hannah, que este oficial de alto rango pusiese los ojos sobre ella. Era su oportunidad, nadie nunca pensaría que una judía estaba casada con un soldado alemán. Eso era impensable.

La señora Fremont le arregló un vestido de su hija, Hannah es mucho más delgada, llevaba a un vestido de color rojo, con manga tres cuartos, con escote cuadrado y un cinturón grueso en la cintura, el vestido era hasta la rodilla, con unos tacones en negros. Le puso un maquillaje suave. Cuando el oficial llegó hasta la casa, lo hizo a la hora en punto, las manos de Hannah tiritaban, el quitándose la gorra, entró, saludando al hombre de la casa, luego a su esposa y enseguida a Hannah, besó el dorso de su mano feliz de encontrarla otra vez.

La cena fue relajada, no se habló de temas violentos como la ocupación de

Alemania en Austria, nadie quería detalles, se centraron en la familia, los negocios, y la vida cotidiana. Luego de beber un licor después de cenar, el teniente pidió hablar a solas con el señor Fremont, para así pedir su permiso de visitar a Hannah, pero nunca estar en la misma habitación a solas, el respetaría eso, la invitaría a salir de casa para evitar malos comentarios. Fremont como ya había comentado con ella antes de que el oficial llegara, accedió, Hannah necesitaba contactos para localizar a sus padres y sobre todo a sus hermanas. Estaba todo dicho, sería cortejada por el teniente coronel en los momentos que el tuviese libre, como dejó claro, la ocupación y el asunto de los judíos le tomaba mucho tiempo.

Al despedirse se acercó hasta Hannah, tomando sus suaves manos entre las suyas. —Mañana no podré venir por ti para salir, no interrumpiré en tu casa nunca, puedo venir aquí o nos vemos en el café, pero mañana es un día ocupado. —Aun con un poco de miedo solo asintió con su cabeza, el se puso su gorra, hizo un sonido chocando sus botas —se acercó hasta la puerta, pero antes de abrir retrocedió unos pasos, quedando muy cerca, le habló bajo —los amigos de tu madre, que te ayudaron, están bien, y vivos, están en el gueto A —solo pudo asentir con su cabeza, mientras vio como él se retiraba de la casa. Al cerrar la puerta, ella cayó de rodillas al suelo, no podía estar junto a ese hombre que se encargaba de asesinar a las personas que conocía, a su pueblo, le producía dolor físico estar cerca. Ahora sabía que sus padres continuaban con vida, eso al menos era un regalo, la señora Fremont, la levantó del piso, abrazándola con cariño. La llevó hasta la habitación de huéspedes y en ese lugar al fin pudo dormir, tranquila.

Cuando abrió los ojos por la mañana, sintió ruidos de personas corriendo y algunos disparos, al mirar por la ventana, vio que unos soldados llevaban a unos judíos por la calle, a uno de ellos le dispararon en la cabeza más de cinco veces, las mujeres y los niños asustados gritaban, todos los apuraban y gritaban era muy desesperante.

Llevó sus manos a su boca, estaba muy preocupada por el futuro de todos ellos. La señora Fremont entró en la habitación, pidiéndole que no mirase más todo ese horror. —Ahora al menos, sabes que tus padres siguen con vida —Hannah solo sonrió con pesar, si, sus padres vivían, pero cuánto tiempo más.

***

Lejos de todo ese tumulto, Cecil y Margot junto a sus esposos estaban escondidos en un edificio abandonado, habían viajado hasta una ciudad

costera, y así facilitar su escape. Los padres de Theodore y de Adam fueron asesinados por soldados de la SS, ellos entre todo el tumulto del desalojo de sus casas, para ser llevados al Gueto, lograron escapar. Se mantenían gracias al dinero que lograron esconder y joyas que podían vender en el mercado negro, pero todo esto era cuestión de tiempo, los soldados no dejaban lugar sin revisar. Trataban de conseguir subir a uno de los barcos de carga que decía.n que escondían judíos para llevarlos hasta América donde tenían una opción de sobrevivir. Esa noche, Adam logró conseguir su cupo, les costó mucho pasar desapercibidos, en un momento unos soldados que hacían rondas, les pidieron sus documento, ellos asustados solo atinaron a correr lo más rápido que les fue posible, los soldados gritaban detrás, ordenándoles que se detuviesen y algunos civiles trataban de detenerlos tomándolos de los brazos y como ellos lograban zafarse, les gritaban: —Malditos judíos deben morir —Margot cayó al suelo pero rápidamente Theodore la ayudó a levantarse, comenzaron a correr por calles estrechas y oscuras, conocían muy bien cada rincón de la ciudad. Se ocultaron dentro de unos contenedores de basura, los soldados pasaron por ese lugar, sin percatarse de lo que sucedía. Esperaron un momento, cuando ya no hubo ruidos dejaron ese fétido escondite, el barco estaba próximo a salir y si ellos no lograban llegar perderían la oportunidad de escapar de todo lo que ocurría.

Corrieron lo más rápido que sus agostadas piernas les permitieron, al llegar al muelle, los tripulantes estaban soltando las amarras, Theodore pidió más tiempo, ellos no podían detenerse, sino los guardias que están en esos sectores se darían cuenta, así que no les quedó más que correr y saltar dentro de la embarcación, primero fue Theodore que recibió a Margot y luego a Cecil, cuando Adam saltó resbaló cayendo al agua, Cecil estaba nerviosa, muy asustada, Adam no sabía nadar, Theodore miraba las oscuras aguas sin verlo por ningún lugar, estaban muy nerviosos, el barco se alejada, pero luego de un instante Adam salió a flote, uno de los tripulantes le lanzó un salvavidas con una amarra, este se agarró de él, luego fue subido al barco, empapado, con mucho frío, pero vivo. Cecil miraba a su marido, estaba desesperada, todo esto había sido muy duro, pero ahora había una luz de esperanza. Estaba muy cansada, ya tenía tres meses de embarazo y toda esta carrera le provocó mucho dolor abdominal, el capitán los llevó hasta donde había una cabina donde ellos podrían dormir y descansar durante el viaje.

***

Hannah dio un salto en su cama, estaba asustada, había tenido una pesadilla con sus padres y hermanas, lo único que deseaba es que ellos estuviesen bien, que todo este horror terminase pronto para poder vivir juntos otra vez.

Hace tres días que ya no veía a Stefan y eso la tenía feliz, cada vez que lo veía su estómago le dolía y su corazón se aceleraba, producto del miedo. Salía en las tardes, caminando cerca de los Guetos para tratar de ver a sus padres, pero le era imposible. Estaba desesperada con toda esta situación. Al regresar, la señora Fremont no tenía buena cara, le preguntó que sucedía, pero ella solo le entregó un sobre, este contenía una invitación a una cena de gala del alto mando de la SS: —El soldado que la trajo, dijo que el Teniente coronel vendrá por ti a las siete —Hannah se sentó en un sillón, mirando el papel en sus manos —mi padre tenía clientes alemanes aquí, que hay si alguno de ellos es de la SS ahora o del partido Naz. —la señora Fremont se sentó a su lado, tomando su manos las acarició —hija estarás respalda por este hombre que se ha interesado en ti, ve, acompáñalo, sedúcelo y cásate con él, es la única manera que tienes para salvarte —Hannah la miró asustada, no podía hacer algo así, nunca —el puede enterarse de que no soy…y – tienes papeles que dicen que eres ciudadana Austriaca, estas junto a nosotros, nada sucederá, ven ahora buscaremos un lindo vestido para que uses esta noche.

Entró en la tina, se quedó un rato, relajándose en el agua tibia, cerró sus ojos recordando los bellos tiempos que vivió, cuando toda su familia estaba reunida, recordó a Samuel, no sabía nada de él, la última vez quedaron de encontrarse él no estaba en ese lugar, lo único que deseaba era que el también estuviese bien. Luego se vistió con un lindo vestido de color negro y blanco estilo tubo, abotonado atrás, que marcaba muy bien sus curvas, usó maquillaje suave y un rico perfume. Ahora solo debía esperar la llegada de Stefan.

Capítulo Cuarto

Llamaron a la puerta, el señor Fremont abrió, Stefan estaba con su uniforme de la SS de gala, lucía muy apuesto, pero no era lo que le importaba a Hannah, el problema es que estaría rodeada de soldados alemanes, ella, una judía, que tenía documentos falsos. La mirada de Stefan demostró lo maravillado que estaba con la mujer que lo acompañaría esa noche, estaba feliz, le adornaba una gran sonrisa, —luces maravillos. —dijo acercándose hasta Hannah, besándola en una de sus manos.

Tendió su brazo para ella, y dejaron el departamento de los Fremont, subió a su auto con chofer, el destino la biblioteca nacional, donde era la cena de gala, por el éxito de la invasión de Austria, el gran despeje de judíos de las calles.

Se dijo todo el camino que debía estar tranquila, que no podía estar nerviosa, sería muy obvio, pero su corazón latía desesperado y no era por la emoción, sino por el miedo. El auto se detuvo, el chofer bajó y abrió la puerta, descendió primero Stefan, tendiendo la mano para Hannah. Le sonrió con esa expresión fría que los alemanes suelen tener, sin expresión de cariño, solo una fría sonrisa. Subieron lentamente la escala que los llevaba hasta la amplia entrada de la biblioteca, todo custodiado por muchos soldados. Dentro en un escenario habían músicos, muchas mesas que formaban un semicírculo, en el centro ya habían parejas bailando. Stefan la condujo por la entrada hasta la mesa donde lo esperaban un general y un coronel como fueron presentados. Sentados a la mesa bebían champagne, se excusó de beber, no podía celebrar la matanza de cientos de personas, como ellos festinaban.

—Todos estos sucios judíos nunca debieron llegar a estas tierras, nunca debieron salir de la pocilga en la que fueron creados. —dijo una mujer que acompañaba al coronel Meyer que estaba ahí levantando su copa.

—Tranquila –respondió el—. Ya eliminamos muchos de ellos, los más viejos fueron enviados a un campo de concentración, pronto se encargaran de ellos, estamos probando una cámara de gas que los asfixia y luego para deshacernos de tanto cuerpo serán quemados en cámaras especiale. —dijo bebiendo de su copa —ha sido un gran problemas deshacerse de los cuerpos en todas las ciudades que hemos tomado, estos judíos son como las ratas,

estamos rodeados de ellas.

—Permis. —dijo Hannah— voy al tocador —su estómago se revolvía con todo lo que esas personas hablaban, entró en el baño respirando agitada, todo su cuerpo dolía, su cabeza daba vuelta, como podía ser posible tanta aberración, asfixiar personas para luego quemarlas. Se mojó el rostro, bebió agua necesitaba calmarse.

Al salir del baño se quedó de pie en un rincón, no lograba caminar para llegar hasta la mesa donde estaban todos esos malditos que se alegraban con la muerte de cientos de personas. Los meseros que pasaban con las bandejas de comida esa noche, todos tenían en su brazo derecho un parche con la estrella de David que los distinguía como judíos, miró si podía distinguir a alguno de ellos.

—Permiso señori. —dijo una voz que le parecía familiar, cuando levantó su rostro, su corazón se sintió vivo otra vez, respiró tranquila, era Samuel, atendiendo las mesas, tenía un golpe cerca de su sien derecha. —No me mires —le dijo él —revelarás que me conoces y es un delito para los alemanes conocer o mezclarse con judíos. —los ojos de Hannah se llenaron de lágrimas de felicidad, Samuel estaba vivo, sus padres y ahora él, eso le daba una paz que no tenía, hace mucho tiempo. El continuó con el servicio y Hannah regresó a su mesa.

—¿Estás bien? —preguntó Stefan, sus compañeros de mesa bailaban en la pista —mirándola fijamente.

—Claro, solo que no estoy acostumbrada a todo esto, siempre he sido muy tranquila y tanta gente como que me alborota.

—Bien estaremos solo un momento más, y luego nos vamos.

—No, no se preocupe, disfrute de su noche, todo esto es por usted, ¿no es así?... no fue usted quien lideró la invasión a Viena, toda esta matanza es gracias a usted.

—Son judíos, no son persona. —dijo algo molesto, bebiendo de su copa de licor. —Parece que estas molesta con todo lo que ha sucedió aquí.

—Aquí vivo, hace muy poco en paz, ahora todo es un caos, muchas gente que conocía está muerta o desaparecida en esos Guetos, esto no es algo que yo disfrute.

—Eres ciudadana Austriaca, tu partida de nacimiento lo dice, como puedes estar en contra de todo esto, estas personas como tú dices solo han traído caos y destrucción a la sociedad, no deben existir.

—Claro, como usted lo diga Herr Oberstleutnan. —bebió de una copa con agua —se acercó un garzón para servir los platos, este era Samuel, sintió tanto dolor al verlo tener que hacer eso, por supuesto, todos los alemanes declaraban no personas a los judíos, pero los usaban para todos los servicios personales, es algo que nunca nadie entendió. Mientras retiraba los platos desocupados, Stefan se levantó de la mesa para saludar a otro uniformado, momento aprovechado por ellos para saber que sucedía.

—Lo siento tanto Samuel, mi padre consiguió documentos falsos para que yo...

—Lo sé, yo los conseguí para ti, debía salvart. —dijo dándole una dulce mirada.

—Pero tú, porque no lo hiciste tú también, podríamos estar juntos ahora.

—No pude, todo se desbarató y no puede, pero verte a salvo me da paz, y así estás con un oficial nunca nadie dudará de ti, estás a salvo.

—Samuel, mis padres.

—Están en el gueto, tranquila, yo los cuido, nada saldrá mal, no te preocupes, adiós. —dijo rápidamente al ver que el oficial que la acompañaba se acercaba a la mesa otra vez.

Stefan, tomó su mano para llevarla al centro de la pista para bailar, la música era muy suave, al menos el oficial si sabía bailar y muy bien, ella solo escuchó la música dejándose llevar. Estaba cansada, pero el ver a Samuel, le dio otro aire a su vida, y sus padres estaban junto a él.

—Quiero pedirte que mañana me acompañes a un lugar, viviré cerca de ti, me entregaran una propiedad, ahora que estaré a cargo de la ciudad, me gustaría mucho que fueses junto a mí.

—Yo no lo sé, mañana tengo un día ocupado.

—Claro, disculpa no pensé en tus actividades, bien cuando este ya en posición del lugar.

—Está bien.

Durante el resto de la velada, Hannah buscó con la mirada a Samuel pero solo logró verlo al final de todo. Stefan la llevó de regresó a casa con la promesa de venir por ella para dar un paseo, ya que luego de la conversación de conocer su nueva casa, Hannah encontró la excusa perfecta, ella es un señorita de familia, soltera, no puede estar en un lugar de un hombre solo, su reputación se vería comprometida y eso Stefan no lo deseaba.

Llevaba una semana sin ver a Stefan algo que le parecía muy extraño, el

hombre vivía en casa de los Fremont. El problema se generó cuando el señor Fremont por su trabajo fue llamado a Alemania, un médico científico de alto rango lo necesitaba, el cómo científico igualmente tenía muchos conocimientos en diversas temáticas de la investigación, no le fue explicado nada, más solo que era imperativa su presencia en Berlín. Tendría un hogar al cual llegar con su familia.

Empacaban todo cuando Stephen apareció, traía un gran ramo de flores para Hannah, vio cajas y maletas por todo el lugar.

—¿Qué es lo que sucede aquí? —preguntó mirando a la señora Fremont

—Mi esposo, fue llamado a Berlín, para trabajar con el doctor Josef Mengele.

—Qué gran honor trabajar con él, eso es algo bueno.

—Claro estamos orgullosos, —respondió tratando de esconder su descontento —el ya viajó pero nos espera en Berlín, debemos ir todos.

—Claro, claro ¿Hannah irá también?

—Ella no puede quedarse aquí sola Herr Oberstleuntnant.

—Como el señor Fremont no está, y esto es algo importante, me gustaría pedir a usted el consentimiento para contraer matrimonio con Hannah —en ese momento a Hannah se le cayó la taza de té que bebía. No podía casarse con él, no sentía nada por aquel hombre, solo desprecio gran temor, por todos los soldados nazis que mataban y destruían todo lo que amó una vez. La señora Fremont vio en Hannah el descontento pero tomándola de la mano la sentó junto a ella.

—Comprenderá que para Hannah es poco el tiempo, ella —miró al oficial tratando de que no pensara mal—. Querida, el oficial es un buen hombre, un hombre guap. —dijo recibiendo una grata sonrisa de parte de Stefan. —Él te protegerá de todo, no es así Herr Oberstleutnant, el cuidará de ti siempre, tu sabes que hay atracción entre ustedes y eso es un gran paso, luego de la atracción viene el amor, puede darse muy fácil.

¿Atracción? Pensó Hannah, ella no sentía nada por ese hombre, solo un gran temor. Es un soldado Nazi que estaba destrozando todo. Claro, la señora Fremont lo hacía solo para ayudarla, no podía dejarla desprotegida, Hannah había dejado expuesto muchas veces, que no quería dejar Viena sin sus padres.

Esa noche Stefan se quedó a cenar, en dos días se casarían en la dirección civil, para dar paso así, a su vida como casados.

Hannah estaba desesperada, pero era algo que debía hacer, por su vida, si

lograba que Stefan cambiase, que él no actuara como todos los soldados que había visto, quizás podría salvar a sus padres.

Al día siguiente fue con la señora Fremont para buscar un lindo vestido que le sirviese para la ceremonia.

—Debes tratar de cambiar tu disposición hacia él, será tu esposo.

—Él, él un día me vio en la calle, cuando sacaban a mis padres de su hogar, unos soldados los golpearon y traté de ayudarlos, el justo llegó para detener al soldado que quería atacarme por ayudarlos, molesto me preguntó quienes eran, le inventé una historia, que ellos habían ayudado a mi madre cuando nos quedamos solas, que nos daban dinero y provisiones, que fueron unos salvadores…

—¿En serio? Dios mío ¿y qué fue lo que él hizo?

—Unos días después dijo que mis padres estaban bien y en el gueto, que no había permitido que lo subieran al camión que se llevaba a los mayores.

—Entonces, el no es malo querida, solo hace su trabajo, quédate con ese hombre, hazlo cambiar, salva a tu familia, verás que él puede ayudarte con eso, lo verás, demostró que no es como los demás, algo de humanidad hay en él.

La mujer de la tienda miró con mala cara a Hannah, al parecer la recordaba de algunas veces que ella y su madre compraron ahí algún vestido. Con gran desprecio se acercó a ellas diciendo que llamaría a los soldados para sacarla si no se iban, la señora Fremont se plantó delante de ella, mirándola con desprecio —ella es la sobrina de mi esposo, viene de Berlín, usted la confunde y eso no lo toleraré, como se atreve a tratarnos de esa manera —la mujer las miró con desconfianza, mandó a una de las empleadas para que las atendiera, pero cuando escuchó que el vestido era para que se casara con Herr Oberstleuntnant Stefan Klausen, su rostro cambió, claro un alto mando de la SS nunca se casaría con una judía, eso no era posible, así que ella debía estar confundiéndola y todo quedó arreglado. Le escogieron un vestido maravilloso en color perla, con una pequeña chaquetita, luciría muy bella, después fueron por los zapatos y todo quedó listo.

Stefan se había ausentado unos días, porque debía solicitar el permiso de matrimonio, estaban en periodo de guerra y un hombre con sus habilidades e inteligencia era muy necesario para el gobierno alemán. Luego de conseguir la autorización, pero no para ausentarse unos días, sino solo para casarse, regresó a Viena por su futura esposa, el sería derivado al campo de

concentración de Sachsenhausen, donde se dispondrá de una acogedora casa para él y su mujer, lejos de las instalaciones. Para que su vida fuese más cómoda, nadie quiere tener su hogar rodeados de judíos, fue lo que su general le dijo.

Capítulo Quinto

Sus manos tiritaban, su corazón parecía que estallaría dentro de su pecho en cualquier momento, no podía contener más las lágrimas, sabía que ahora estaba todo perdido, no había un paso atrás, su identidad, todo cambiaba, sería ahora una mujer alemana, legalmente, esposa de un alto mando de las SS. No estaba feliz ni emocionada por esta unión, como cualquier novia debía estarlo, se sentía perdida, completamente desolada, pensaba en su padre y su madre, en sus hermanas, que sería de ellas ahora, nada de lo que habían planeado se cumpliría, todo estaba solo en el momento, poder mantenerse vivos para así en algún futuro cuando toda esta absurda situación terminase, puedan estar juntos todos otra vez.

Antes de entrar en el edificio respiró, la señora Fremont estaba a su lado, tomándola del brazo entraron juntas, dentro ya estaba Stefan muy bien uniformado, junto a otros oficiales que reían a carcajadas, al verla se quedó en silencio, sus ojos brillaron y por primera vez desde que lo conocía, Hannah pudo ver algo de dulzura en los ojos de ese hombre, caminó hasta ella, tomando su mano, la besó en el dorso, —luces precios. —dijo sonriendo, Hannah solo bajó la mirada y caminó junto a él. Los oficiales amigos de Stefan sonrieron complacidos— tenías razón amigo, es una bella mujer, muy bella — el algo molesto de cómo miraban a su futura esposa, pidió que comenzara la ceremonia.

Hannah no escuchó una palabra de la que el hombre que ofició la ceremonia dijo, recordaba un día de campo con sus padres y su hermanas, ella solo tenía unos doce años, estaban celebrando lo bien que iban sus negocios, además del futuro prometedor que sus hijas tendrían, Margot la mayor ya estaba prometida a Theodore, un hombre que sería un gran abogado, prestigioso y respetado, Cecil estaba bella como siempre, sonriendo leía un libro de poemas para Hannah. Luego todo se volvió oscuro y su recuerdo desapareció, la señora Fremont le pedía que dijera que aceptaba, estaba como perdida, todos bromearon con que estaba tan absorta con la unión, que no lograba articular palabras producto de la emoción. Ambos firmaron el acta, el colocó en el dedo de Hannah un maravilloso anillo con un bello diamante. Miró su dedo, sonrió y el acercó sus labios para posarlos sobre los de su

ahora esposa.

Fueron hasta un bello restaurant para celebrar, donde los acompañaron los oficiales que estaban en la ceremonia y la señora Fremont, un almuerzo delicioso, del cual ella no probó ni un bocado. Al finalizar, la llevó con él hasta el lugar donde él se quedaba, que impactantemente es el mismo edificio donde sus padres vivían, cuando entraron temía que fuese el mismo departamento, así no podría soportarlo. Pero no, era un piso más arriba donde vivieron los Hirsh, con sus dos pequeños hijos Sasha de diez y Ezra de ocho, miró el lugar, ya no estaban las fotos de los pequeños, ni la típica risa del señor Hirsh que inundaba todo el lugar, no había ese olor delicioso a té que siempre tenía ella, solo los muebles y algunas cosas que adornaban las paredes, pinturas, más que nada, todas las pinturas de artistas famosos, caminó recordando las veces que estuvo ahí, que hizo clases a los pequeños, las veces que con su madre tomaron el té junto a la señora Helen, ahora ya nada de eso había, estaba desolada, sus ojos se llenaron de dolor igual que su pecho, limpió sus lagrimas, el se acercó hasta ella rodeándola con sus brazos por la cintura, rápidamente Hannah limpió sus lágrimas. Stefan la giró para mirarla al ver sus ojos enrojecidos productos del dolor, se preocupó, preguntando qué sucedía.

—¿Qué es lo que sucede? Tus lágrimas no son de emoción, eso lo dicen tus ojos, es pena, ¿Por qué una recién casada tendría pena. —dijo mirándola fijamente.

—Aquí vivían unas personas que yo conocía.

—Unos judíos, querrás decir —la corrió algo molesto separándose de ella.

—Unas personas sí, yo soy Austriaca, pero no soy como usted, no puedo tener ese pensar frío y destructor, a ellos los conocía, fueron buenos conmigo, sus hijos muy tiernos y bien educados, yo les di clases también, de ellos ahora no sé nada, de nadie de los que conocía.

—¿Conocías solo judíos? ¿Qué clase de educación te dio tu madre? —se quitó la chaqueta dejándola sobre una silla.

—La mejor, me enseñó respeto, empatía, compasión, ser agradecida con los demás, eso me enseñó mi madre. Yo no soy como usted.

—¿Cómo usted? soy tu esposo, mi nombre es Stefan, me gustaría oírlo de tu boca ahora.

—Yo, yo no, esto es muy extraño, nunca antes estuve a solas con un

hombre en una habitación, yo.

—Lo sé, tranquila, no te haré daño, no lo haré, tu eres muy importante para mí, creo que tu corazón bondadoso y compasivo fue lo que más me gustó de ti, ese lado que ninguno de nosotros tiene, pero que a ti te sobra.

—Usted puede ser distinto, usted puede marcar una diferencia entre todo esto horrible que sucede.

—Yo soy un soldado, soy un teniente coronel de la SS, mi trabajo es contener a los judíos, no protegerlos ni liberarlos.

—Usted ya hizo algo con esas personas que...

—Solo evité que murieran ahora, les di más tiempo, solo fue eso, un poco más de tiempo. Por consideración a lo que hicieron por ti, nada más.

—Permiso yo, necesito quitarme esta ropa me incomoda y no puedo tenerla más tiempo.

—Tu equipaje llegará mañana por la mañana, la señora Fremont lo preparará y mis soldados irán por él, mañana estará aquí.

—Está bien.

El caminó hasta un mueble donde había tres botellas con licor, tomó una y sirvió un vaso pequeño, bebiéndola toda de un solo trago. Hannah miraba la habitación de los niños que estaba aun con sus camas, miró todo y se agachó mirando debajo de la cama, recordando cuando jugaba con ellos a las escondidas, pero no los encontró ahí, solo un oso de peluche que Sasha siempre traía con ella, la pequeña lo había dejado seguro sin querer en ese lugar, tomándolo entre sus manos, lo guardó donde Stefan no pudiese verlo, todo lo demás estaba completamente vacío, nada de los recuerdos personales, nada de lo que una vez ellos fueron, nada quedaba, solo vacío y dolor.

Pensaba, que al menos alguien de los que quedaban en ese edificio la reconocerían y sería su fin, no todos eran judíos, no podría salir del edificio, no podría moverse de ahí nunca, la reconocerían y sería su fin.

Miró la habitación matrimonial, se sentó en la cama, respirando profundo, sabía que sucedería, Margot y Cecil lo hablaron con ella una vez, pero ellas amaban a los hombres con los que estuvieron, Hannah no sentía nada por el hombre que es su esposo. Se quitó su calzado, sus pies dolían horrores, sintió la puerta, golearon con mucha fuerza, su corazón se paralizó otra vez, una voz, alguien hablaba con Stefan, los pasos fueron en dirección a la habitación.

—Algo ha sucedido, debo irme, lo siento, pero te compensaré por todo esto, nos vemos. —dijo dándole un suave beso en los labios.

Hannah respiró profundo y aliviada, se quitó el vestido, abrió la cama se acostó solo con la enagua y al colocar su cabeza sobre la suave almohada, durmió, profundo y reparador.

Cuando abrió los ojos por la mañana, sintió sirenas y mucho ruido, abrió la cortina, lo primero que vio fue humo en una parte de la ciudad, mucho humo, gritos de desesperación, no sabía que sucedía, ya hace más de cuatro meses que había sido invadida Viena, cuatro meses desde que no había visto a sus padres, el humo venía del Gueto, de ese lugar sacaban judíos y luego ponían mas, había oído que trasladaban algunos hasta los campos de concentración ubicados llamados Daclau, Sachsenhausen, Buchenwald y Mathausen.

A cada segundo todo empeoraba aún más, había rumores de que países como Estados Unidos e Inglaterra comenzarían una batalla contra Alemania, por no estar de acuerdo con todas las invasiones y matanzas realizadas. Si eso sucedía, ahora sí que sería el fin para todos, con tanta amenaza por todos lados.

Estaba solo con su enagua, cuando la puerta sonó con fuerza, tomó una manta que estaba sobre la cama envolviendo en ella, abrió asomando solo su cabeza, un soldado que se cuadro ante ella dijo —su equipaje Frau Klausen — Hannah asintió abriendo un poco la puerta, entró el soldado dejando las dos pequeñas maletas con sus pertenencias. El hombre saludó otra vez y se retiró, rápidamente Hannah tomando su equipaje, lo llevó hasta la habitación, lo abrió con rapidez sacó todo lo personal que tenía, respiró levantando el doble fondo, donde escondía las fotografías de sus padres y sus hermanas, estaban ahí, a salvo aún, al menos entre sus manos ellos eran libres. Los besó y volvió a guardar donde nadie pudiese hacerles daño. Tomando sus cosas personales y fue hasta el baño, se dio una ducha, lavó sus dientes y se puso ropa, no sabía qué hacer, al menos ordenó la cama, luego buscó cosas con las que asear y se dedicó todo el día a limpiar el lugar, la casa olía divinamente a limpio. Limpió ventanas, tapices, los pisos, muebles, todo estaba perfecto.

Tarde se dio cuenta que no había comido nada, su estómago dolía de hambre, buscó en la cocina que preparar, pero solo quedaban alguna cosas dejadas por la familia, y todo estaba en mal estado, así que botó todo, no había nada que comer en esa casa. Se dio un baño para quitarse la mugre del día y ordenó su cabello, cuando cerca de las ocho se abrió la puerta y vio entrar a Stefan, miró el lugar, y vio todo ordenado y limpio —hiciste un gran trabajo, este lugar quedó fantástico, pero lamento decirte que nos vamos, tengo que

hacerme cargo de Sachsenhausen, partimos ahora, ve por tus cosas.

Hannah sin preguntar guardó todo lo poco que tenía en su maleta, para luego salir de ese lugar del brazo de su esposo. Subieron a un vehículo que esperaba por ellos y emprendieron el viaje hasta Sachsenhausen, ubicado en Oranienburg, en Brandeburgo. Esta sería la nueva casa de Hannah mientras estuviese casada. El viaje fue largo, paraban en ocasiones para comer algo y descansar, pero luego continuaban con ese viaje, los seguían camiones con soldados.

Al llegar, una edificación blanca de dos pisos estaba ante ellos, pasaron a través de una gran reja que se abrió para ellos, entraron a través de ella, y dentro se veían grandes barracones de madera, además de galpones grandes, y en fondo un lugar de cemento con grandes chimeneas. El auto se detuvo, Stefan tomó las manos de su mujer entre las suyas, ella lucía muy cansada, le pidió al chofer que la llevase directo a la casa, un lugar a un kilometro más o menos de distancia de todo ese lugar, una casa, muy linda y grande, con un jardín muy bien cuidado. Entró en el lugar, caminó por las baldosas negras y blancas del piso interior, estaba muy helado, subiendo las escalera, seguida por un soldado que llevaba sus maletas, encontró la habitación principal, le pidió que dejase las maletas y que se retirara, se recostó sobre la cama, sin saber nada más de todo el mundo.

Sintió una suave caricia en su brazo, una cálida caricia, se acomodó un poco más, estaba cansada, unos labios la besaron en la mejilla. Pero otra vez la suave caricia sobre su brazo, la hizo despertar.

—Lamento despertarte querida, pero tenemos invitados a cena. —dijo Stefan con una sonrisa –

—Pero yo no he preparado nada, ¿qué hora es. —dijo muy asustada.

—Tranquila, es en un par de horas más, traje una mujer que te ayudará en la cocina, mientras veo una cocinera de la ciudad.

—No, yo sé cocinar, yo puedo hacerlo, no hay problema.

—Bien. Volveré con los invitados dentro de un rato, traje licor y vino, no hay problema con eso, además los soldados trajeron todo los suministros necesarios, cualquier cosa que falte me avisas.

—Bien ¿Dónde te avis. —dijo no sabía dónde ubicarlo ni cómo hacerlo.

—En la sala hay un teléfono al levantarlo la operadora te comunicará conmigo, nos vemos luego —la besó en los labios con suavidad retirándose del lugar.

Capítulo Sexto

Cuando entró en la cocina vio a una mujer, un poco mayor que ella, al verla ella agachó su cabeza colocando sus manos delante, Hannah la miró y vio que su ropa constaba de un vestido abotonado a rayas, y un pañuelo sobre su cabeza.

—Señora, Herr Oberstleutnant, me envió para ayudarla a preparar una cena para hoy, soy cocinera y puedo serle útil.

—Claro, es un gusto conocerte, mi nombre es Hannah. —dijo estirando su mano para saludarla, la mujer algo temerosa, no sabía qué hacer, Hannah se acercó hasta ella y tomó su man. —¿tu nombre?

—Rebecca, Señora.

—Bien, ¿qué debemos preparar? ¿Qué trajeron?

—Codornices señora, eso y papás y algunas verduras.

—Bien, las prepararemos juntas, vamos solo tenemos una hora, tu prepara las codornices y yo haré un postre rápido que me enseñó mi madre.

—Si señora.

Rápidamente ambas mujeres comenzaron a preparar todo, no eran muchas solo cuatro invitados y ellos, estaba nerviosa, estaría rodeada por soldados de la SS, los más sanguinarios asesinos de judíos de toda la historia, junto con los agentes de la Gestapo. Cuando ya todo estuvo a punto fue hasta su habitación, debía cambiarse de ropa, se puso una falda negra y una blusa blanca, algo simple, se hizo un peinado, un moño muy señorial, se puso el collar de perlas que su madre le dio, luego bajo al salón donde ya estaba su esposo con sus invitados.

—Querida, qué bueno que estas aquí, deja que te presente a nuestros invitados. —Puso su mano en la cintura de su esposa, acercándola para que los invitados viesen a su hermosa espos. —Coronel Weber, Capitán Fischer y el mayor Müller. —todos ellos juntaban sus tacos haciéndolos sonar y luego estiraban su mano para saludar a su anfitriona.

Stefan sirvió un licor para su esposa, licor que ella no bebió, nunca bebía con él, ni con nadie, se decía. que debía estar alerta a todo. Luego fue hasta la cocina para saber si todo estaba bien, había un hombre que se encargaría de servir todos los platos, cuando Hannah lo vio quiso correr a sus bazos pero el

hizo una seña, no debía ponerse en evidencia.

—Por favor Rebecca, puede ir hasta la alacena y traer otro vino para la cena, no quiero que falte y demoremos mucho en servirlo.

—Si señora. —dijo esta y fue hasta el fondo donde estaba la bodega.

Acercándose hasta Samuel lo abrazó con fuerza, mirándolo fijamente a los ojos sonrió de verlo vivo, estaba mucho más delgado pero estaba bien.

—¿Mis padres? ¿Los viste?, por favor.

—Ellos están aquí también, en este lugar, trabajando en la producción de armas, como tu padre trabajaba con joyas conocía máquinas y metales, recibió una recomendación de un oficial mayor y fue designado trabajador esencial es por eso que está aquí, además como fabrican joyas con lo que nos quitan, los alemanes se las llevaban para las amantes que consiguen por ahí. Tu madre trabaja en la fabricación de municiones, ellos son personas jóvenes aun y muy activas, mientras sirvan estarán bien.

—Yo lo siento, tú, ustedes y yo aquí, les enviaré comida hay forma de llevarla.

—No lo sé, no sé si me revisarán al salir, ellos desconfían de nosotros, dicen que somos ladrones.

—Voy a ayudarlos, lo haré, lo prometo. —dijo tomando sus manos pero soltándolas luego ya que sintió pisadas de botas.

—Estas… ¿todo bien aquí…? ¿Tu quién eres. —dijo mirando de mala manera a Samuel.

—Herr Oberstlenutnant, fui enviado para servir en su cena hoy. —dijo con la mirada baja, por ningún motivo podían mirarlo a la cara.

—Hannah, debes estar con nosotros, no en la cocina, tu lugar es junto a mí, deja a estos hacer su trabajo.

—Solo estoy revisando que todo esté bien para servir, voy enseguida.

—Vienes conmigo, ahora. —dijo tomándola del codo para sacarla de la cocina.

Todos pasaron a la mesa, ella sentada a la derecha de su marido como el mismo lo pidió. Samuel entró con los platos servidos, todo muy diligentemente, los platos presentados a la perfección. Sirvió las copas de vino a todos y agua Hannah, como sabía que ella prefería. Hablaron de cómo funcionaba el lugar, la cantidad de judíos que trabajaban en las barracas de fabricación, hablaban de lo mucho que los detestaban, que todos eran unos ladrones, aprovechadores y sucios, Hannah no levantó su mirada durante la

cena, no podía mirar a la cara a esos hombres. Al finalizar todo, ellos se despidieron de Hannah para luego retirarse.

—¿Por qué ese judío sabía que no bebías vino?, ¿también lo conocías a él?, es así, ¿lo conocías? —fue lo primero que dijo cuando los invitados dejaron la casa. Sus ojos reflejaban su desconfianza, estaba molesto.

—En la cocina le dije, mientras organizaba todo, solo eso.

—No me gustó la manera en que te miraba.

—No había ninguna manera especial.

—Es tarde, vamos arriba. —su voz fue más a una orden que una petición.

Hannah miraba por la ventana, el se desvestía, había sido un día muy largo. Vio en los ojos de su esposa durante toda la cena la disconformidad con todo, con los invitados, lo que se habló, incluso veía que no lo miraba como una esposa mira a su marido.

Sabía que sería un largo camino para llegar al corazón de su mujer, sabía que solo se casó con él porque así lo dijeron los Fremont, el podía protegerla, fue lo que dijeron, los oyó, ¿pero de qué?, si bien es una mujer sola, sin nadie de su familia, es austriaca y nadie le haría daño. Se acercó hasta ella, colocando sus manos sobre sus hombros, fue innato en Hannah encogerse al sentir las manos del enemigo sobre ella, algo que descolocó a Stefan

—¡Qué sucede mujer!, soy tu esposo, porque rehúyes de mi, tengo todo el derecho como tu hombre de tocarte, te he dado tiempo, pero ya fue suficiente. Rápidamente la dio vuelta besándola, pero sin recibir el beso de vuelta, le quitó la blusa y la falda, estaba solo con su enagua, de raso color perla, la dejó sobre la cama y comenzó a desnudarse, sin ver en ella el más mínimo ápice de interés, se colocó sobre ella en la cama, recorriendo sus piernas, para llegar luego a su vientre y sus pechos, Hannah solo cerró los ojos. Tenía miedo, el es su esposo, estaba en su derecho, pero no lo deseaba, no así. Stefan se detuvo, la miró fijamente, para luego ponerse de pie tomando su pantalón y camisa, para salir de la habitación. Hannah se colocó en posición fetal sobre la cama, sintiéndose aliviada, pero muy preocupada por lo que vendría después de todo esto.

Cuando bajó por la mañana, ya eran las siete, el no había dormido junto a ella, fue hasta el comedor, estaba la mesa servida solo para ella.

—¿Dónde está Herr Oberstleutnant? —le preguntó a Rebecca que le servía el té.

—Su esposo salió temprano, Frau Klausen.

—Por favor mi nombre es Hanna. —dijo mirándola pero vio el miedo en el rostro de la mujer que solo negó con la cabeza.

—¿Desea algo más? —preguntó Rebecca con su cabeza gacha.

—No gracias.

—Herr Oberstleutnant enviará personal para limpiar la casa, cuando ellos terminen regresaran a sus labores. —agregó Rebecca

—Gracias, prepárales algo de comer, algo que no vean los soldados por favor, pero que coman algo.

—Si Frau Klausen.

Hannah salió después de tomar el desayuno, necesitaba conocer el lugar, donde es que estaba realmente, la casa estaba en un sitio apartado de toda la edificación por la que entraron, la rodeaba una gran reja metálica doble con electrificación y alambres de púas que la cubrían, en medio un camino y luego otra reja igual que la de fuera. Había soldados en diferente puntos, se acercó un poco más y vio a los judíos que tenían retenidos ahí todos vestían ropa a rayas, algunos sus mismas ropas todas andrajosas, ya comenzaba a hacer frío y ellos estaban muy desabrigados, los vio que cargaban carretillas con fierros, otros con grandes piedras. Otros grupos solo marchaban seguidos por soldados. Caminó acercándose más, hasta que oyó una voz familiar —¡Hannah! ¿Qué haces aquí? —al girar vio a su esposo mirándola con mucha preocupación.

—¿Qué lugar es este? ¿Es una cárcel para judíos?

—Esto es un campo de concentración Hannah, aquí traen a los judíos que son sacados de las ciudades, aquí se les clasifica y se ven sus funciones.

—¿Los clasifican?, ellos son personas no cosas. ¿Eso lo haces tú? clasificar personas, quienes viven y quiénes no.

—No comencemos otra vez con esto ¿si…? vamos a la casa, ahora.

—¿Qué puedo hacer ahí?, ¿esperar por ti?

—Eres mi esposa, claro que sí. Vamos ya pedí que enviaran judíos que te ayudaran con la mantención de la casa, debes dirigirlos, enseñarles como te gusta que todo este. Vamos, voy a la casa por unos documentos, te llevo, vamos.

La condujo a su auto que estaba más allá, ella subió sin dejar de mirar a cada segundo para atrás. Una vez en la casa, el fue hasta su oficina buscó una carpeta y luego le pidió que entrara un momento.

Se quitó la gorra y pasó su manos por su rostro, estaba nervioso lo notaba.

—Yo solo quiero pedirte perdón, por lo de anoche no debí actuar así, lo sient. —Hannah impresionada de oír esas palabras no supo que decir, el dio unos pasos hasta ella y Hannah no retrocedió como acostumbraba a hacer, el acarició su rostro. —¿puedo darle comida a las personas que trabajarán aquí hoy?, estarán parte del día aquí y no sé si al regresar les darán algo. —el suspiró, entendía el corazón grande de su mujer, pero al hacerlo lo ponía en riesgo.

—Yo te permito que lo hagas, pero debemos tener cuidado, si nos sorprende un soldado puede que lo cuente a un oficial mayor y tendré problemas serios y tu también. Debes tener cuidado, entiendo tu preocupación, pero por favor.

—Tendré cuidado. Tranquilo, gracias —respondió tomando sus manos con cariño, al parecer su esposo no es un hombre de mal corazón.

—Bien, ahora debo irme y no regresaré temprano, hay soldados resguardando la casa, darán rondas, hay una sorpresa para ti, se que te gustará cuando la veas. Nos vemos. —dijo dándole un suave beso en los labios.

Hannah caminó hasta la cocina donde estaba su madre entre las personas que ayudarían a limpiar la casa, ambas se miraron con desesperación, ambas querían correr a los brazos de la otra, pero no podían ponerse en evidencia.

—Señora, aquí están las mujeres que ayudarán en la casa hoy, las envió su esposo.

—Bien, pueden empezar por aquí, la sala usted y usted Rebecca puede, por favor. —indicó con sus manos un gesto para que ella les mostrara el lugar.

—Si, señora, yo les indicaré.

—Gracias, muchas gracias, usted puede ir conmigo al segundo piso para arreglar algunas de mis cosa. —dijo dirigiéndose a su madre que asintió limpiando sus lágrimas.

Al llegar hasta la habitación, se fundieron en un gran abrazo, ambas lloraban, su madre le tomaba la cara como si fuese la primera vez que la veía, sonreía y la besaba en la frente y las mejillas volviendo a abrazarse otra vez, ambas estaban muy felices.

—Mamá, mamá yo, la he extrañado tanto, lamento todo esto, pero...

—¿El oficial es tu esposo?, el que ordenó que yo viniese hasta aquí.

—Si, le dije que ustedes fueron maravillosos conmigo y mi madre cuando quedamos solas y que gracias a ustedes yo estaba viva.

—Es un buen hombre, se le ve, estas hermosa pero delgada. ¿Por qué no te

alimentas?

—No puedo comer si ustedes no están bien mamá, no puedo.

—Estamos bien, lo estamos, cuando Samuel nos dijo que estabas aquí no lo podíamos creer. Estas hermosas

—Mamá te amo, te amo y no puedo sacarte de ese horrible lugar por favor perdóname, perdóname mamá no puedo.

—Hija estoy aquí ahora contigo, eso es lo que me importa, solo eso, tranquila lo hicimos por ti.

—Mamá, mamá, dile a papá que lo amo y lo extraño que haré lo posible porque estén bien, y…

—Hija, tranquila sí. Vamos ordenemos esto o esa mujer que está abajo se dará cuenta, ella es una policía judía, como es cocinera tuvo la suerte de salir del campo aquí.

—Hablaré con Stefan para que la saque mamá y podamos estar tranquilas.

—Bien, bien hagamos las cosas, vamos.

Capítulo Séptimo

Luego de ordenar entre las dos las cosas, hablar todo lo que no hablaron durante mucho tiempo además de Margot y Cecil que nadie sabía nada de ellas, bajaron, los demás aun limpiaban la gran casa en la que ahora ella vivía. Rebecca cocinaba el almuerzo del teniente coronel y su mujer, las personas que estaban ahí se veían hambrientas, así que Hannah entró en la cocina para preparar sándwiches para todos, Rebecca solo la observaba con mirada fija, ella le ponía carne y verduras a cada pan, los puso en platos, repartiendo uno para cada uno de ellos, los llamó hasta la cocina para que comieran, ellos miraban el plato y no lo comían. —vamos coman, han trabajado duro aquí, merecen una meriend. —Frau Klausen al oficial no les gustará saber que ellos comen aquí —intervino Rebecca, Hannah ya molesta por su presencia la miró fijamente —tu también comes aquí, sentada a esa mesa todos los días, yo te he visto, nadie te dijo que podías hacerlo y lo haces, que dirá el oficial con respecto a eso —la mujer bajó su cabeza y continuó con lo que hacía. Las mujeres comenzaron a comer, cada una mascaba y disfrutaba de cada bocado, también bebieron un poco de leche. Luego de terminar con sus labores, un camión vino por ellas.

***

Stefan estaba en su oficina, revisando papeles, tenían que entregar muchas armas y municiones, la guerra ya estaba declarada, era un hecho, estaba a la vuelta de la esquina, el ejército aliado se enfrentaba a ellos. Fue hasta el hangar donde se hacían las armas, verificando que cada uno de los que ahí trabajaba cumpliese con su labor, el que estaba a cargo de la fabricación era un judío que trabajó en eso con anterioridad, en unos días llegaría un general a verificar que todo funcionaba como el Führer lo esperaba y debía ser perfecto, se probaban las armas. El continuó con su revisión mientras el hombre hablaba y hablaba de todo, cuando vio en un rincón que varios soldados apuntaban a la cabeza de judíos que estaban de pie frente a ellos, unas armas funcionaban y otras no, todo era una especie de ruleta. Stefan caminó rápidamente hasta ellos —¡Que es lo que sucede aquí! —preguntó molesto —unos de ellos respondió —probamos las armas que estos judíos arman señor, revisamos que todo funcione bien— el miró el suelo con más de diez hombres muertos con tiros en

sus cabezas y otro cinco esperando su turno. Stefan les quitó las armas y las apuntó contra ellos, los soldados miraron horrorizados, —ahora sienten lo que ellos, ustedes no son nadie para decidir quién vive y quién no. Cada uno de esos hombres muertos cumplía una función aquí, se les había enseñado un oficio, ahora ese lugar lo ocuparán ustedes, y serán examinados de la misma manera, al finalizar la jordana revisaré si lo que hicieron está bien o mal — todos miraban asombrados, ninguno fue capaz de refutar lo que su teniente coronel había dicho.

Stefan dejó ese hangar viendo pasar a mujeres y hombres, todos apurados por los soldados, él entendía que su régimen quería lograr la perfección, la pureza, vivir solo los hombres que fuesen dignos de estar en el país, no judíos que llegaban a manchar todo con su avaricia y usura, quitando negocios de las manos de familias alemanas por años, dejándolos en la miseria, ahora el estaba ahí para cumplir esa orden, pero no estaba de acuerdo con la matanza injustificada. Al llegar a su oficina recibió un recado, el general Schwerin iría a visitarlo dentro de tres días, acompañado de otros oficiales y de Himmler director general de las SS. Debía comunicarle a su esposa que preparase los cuartos, se quedarían un día, ya que continuarían inspeccionando los otros campos. Al llegar a casa para almorzar, Hannah lo esperaba con una gran sonrisa, estaba en la habitación. —gracias por lo que hizo, eso fue muy importante para m. —el caminó hasta ella, sonrió complacido al ver la honesta gratitud de su mujer. —me alegra haberla hecho feliz, quiero informar que en dos días llegaran unos huéspedes, solo estarán una noche, debe preparar dos habitaciones, deben estar perfectas, el general Schwerin y Reichführer Himmler vendrán a cenar y pasar la noche aquí. De solo oír los nombres su piel se erizó, asintió para hacerle saber que se encargaría de todo. — acompáñame vamos a almorzar junto. —Sentados a la mesa, Rebecca sirvió los platos, Hannah no le dirigió la mirada, sabía que a pesar de ser una judía, Rebecca trabajaba para el ejército nazi, algo que no toleraba, no la quería cerca de ella, no más. En cuanto ella dejó el comedor le hizo saber a su esposo su indisposición con ella, la que el atendió rápidamente, diciéndole que al día siguiente enviaría a otra mujer de entre las judías que trabajaban en las barracas, alguna sabría cocinar para ese tipo de eventos.

Cuando el finalizó su comida, se puso de pie, vio que esta vez ella si había probado un poco, le preocupaba que no se alimentara bien, Hannah se levantó de su silla para acercarse hasta el, —quiero agradecer otra vez lo que hizo,

fue muy importante para mí, yo necesitaba saber que todos ellos estaban bien —Stefan sonrió, la acarició en la mejilla, para luego darle un beso en la frente. —no entiendo todo ese cariño por los judíos, pero si ellos no te desampararon cuando los demás que debieron estar junto a ti lo hicieron, ellos no corren peligro, yo te lo prometo, estoy a cargo de este lugar, ellos no serán tocados y el que lo haga, lo pagará con su vida —Hannah se abrazó con fuerza del cuerpo de su esposo, el quería mucho quedarse con ella ahí, detener el tiempo, en ese momento donde ella le demostraba amor, pero no podía, su responsabilidad lo llamaba, la besó, pero esta vez fue un beso distinto, un beso que ella recibió, un beso, dulce, suave, tierno, saboreó sus labios, con dulzura, ella solo dejó que aquel hombre que le prometía que sus padres estarían bien, tomara de ella lo que merecía, si, merecía su cariño y su agradecimiento, estaba feliz, al finalizar ese dulce beso, ella sonrió, sonrojada, había sido el más dulce y bello beso que había recibido, estaba feliz.

Dos noches durmió sola, el no fue hasta la casa, avisándole que había problemas y que debía permanecer en el campo, hubo intentos de fugas, murieron al menos ochenta judíos que trataron de escapar, los soldados disparaban contra todo lo que se movía, Stefan estaba furioso con lo que sucedía, pero a la vez preocupado por el destino que pudieron tener los judíos que tanto quería su mujer, el día que recibiría las visitas, hizo una revisión de todos los que quedaban, la mayoría de los muertos fueron hombres y mujeres jóvenes que organizaron la fuga, pero ninguno pudo pasar más allá de la segunda alambrada. Muriendo entre las puntas de los alambres, fue un espectáculo horrendo, que los mismos judíos que sobrevivieron tuvieron que ayudar a limpiar.

Fueron contados y revisadas las listas, respiró tranquilo cuando vio que los adultos que su mujer quería proteger estaban bien, pero no así Samuel, por ayudar a unos que quedaban atascados entre los alambres de púas fue acribillado, los padres de Hannah lo vieron muerto en el piso, fue horrendo para ellos, ahora cuando tuviesen la oportunidad tendrían que decirle a Hannah. Luego de que los cuerpos de los muertos fueron llevados a la cremación, todos debían volver a sus puestos de trabajo.

***

Hannah estaba en su jardín, sacando unas rosas para colocar dentro de la casa, cuando vio que algo blanco caía del cielo, nieve no podía ser, no hacía

tanto frío para que estuviese nevando. Se levantó del suelo, recibiendo en sus manos lo que caía del cielo, al tocarlos con sus dedos se pulverizaba, miró para todos lados, no sabía que sucedía, entró en la casa, vio que ese día no había personas limpiando, estaba sola, solo estaba con ella la mujer que cocinaba que llagaba muy temprano, ella bajaba la cabeza al verla, Hannah salió por la cocina , aún caía eso del cielo, miró para todos lados avanzó un poco y vio la chimenea desde lejos, era ceniza, un soldado que hacía su ronda, la miró al verla observar la chimenea —es un espectáculo maravilloso, ver como arden estos malditos judíos, ¿no es así. —el hombre sonrió y continuó caminando, ella no podía reaccionar a lo que él había dicho, ¿la cenizas que caían eran personas?, eso pasó por su mente una y otra vez, al entrar en razón, se sacudió desesperada, sacándose toda la ceniza del cuerpo, gritó asustada entrando en la casa. Fue directo a su habitación, sacudiendo todo de ella, se desnudó y no pudo más, se metió en la ducha, llorando producto de la desesperación.

Se quedó sentada sobre la cama, la hora de almuerzo llegó, solo estaba con la toalla en su cuerpo, Stefan subió hasta la habitación, llevándose un susto al verla así, ella no reaccionaba a sus palabras, lentamente se acercó hasta ella, que sentada sobre la cama, miraba por la ventana en dirección a la chimenea que aún humeaba. La tocó en el hombro hablando con suavidad —¿Hannah estás bien? —Ella se corrió y mirándolo con miedo solo balbuceaba —eran personas, eran personas y estaban todas sobre mi —él se sentó a su lado, trató de tocarla otra vez pero ella no respondía, solo se arrinconaba más sobre la cama. —¿Que fue lo que sucedió Hannah?, vamos por favor dime —ella limpió su rostro, sus ojos estaban rojos e hinchados productos de las lágrimas, luego le dio una mirada cargada de rabia.

—Todas las personas que quemaste hoy, estaban sobre mi cuando yo estaba en el jardín, caían como si estuviese nevando, todos ellos, desparramados sobre las flores y sobre mí.

—Lamento que tuvieses que presenciar eso, pero hubo un intento de fuga y la orden es disparar en esos casos. No podemos acumular cuerpos.

—¿Acumular? tienes una cuota de muertos que suplir de manera diaria. —la mirada de odio y desprecio que recibió de su mujer lo descolocó, pero también lo enfureció.

—¡Basta con esto!, es mi trabajo, debo hacerlo, si estas preocupada por los judíos que conoces, ellos están a salvo, no cometieron la estupidez de

intentar escapar. Hubo muchos muertos hoy, pero no por mi culpa, sino por la de ellos mismos, ¿quién cree que podrá pasar una doble barrera de alambrada?, ¡¡son unos estúpidos!. —dijo pateando una silla que estaba en la habitación —hoy tenemos invitados y como mi mujer estarás junto a mí para recibirlos, tu dolor lo guardas y lo sacas después de que ellos se hayan ido, permiso ya no puedo seguir aquí. —dijo dando media vuelta para salir de la habitación y luego de la casa.

Hannah se quedó sentada sobre la cama, parte de ella tranquila porque sus padres estaban bien. Pero nada sabía de Samuel. Sentándose frente a su maquillador, se miró al espejo, como se odiaba por estar ahí, protegida en ese lugar y todos los demás viviendo en el mismo infierno, cada día.

Se había puesto un vestido que su esposo mandó a dejar para ella, estaba sobre la cama cuando salió de la ducha, un vestido de color bordo, de costura simple, pero que le lucía muy bien. Terminó de maquillarse cuando bajó, su esposo venía entrando con sus invitados. Todos hombres que con solo mirarlos infundían el más profundo temor.

—General, Reichsführer les presentó a mi esposa, Hannah Klausen.

—Heil Hitler —dijeron ambos con mirada fría.

—Buenas noches general, Herr Reichsführer, sean bienvenidos.

Stefan los hizo pasar a una sala donde fumaron unos puros y bebieron un licor, los tres reían a carcajadas, mientras Hannah junto a la cocinera daban los últimos toques a la cena. Le llamó la atención que no fuese Samuel el que entró esa noche para servir la mesa, era otro joven. Cuando la cena fue servida, ellos pasaron a la mesa. Hablaban de los lugares que visitaron, como funcionaban y los avances en las invasiones, todo marchaba perfectamente.

—Auschwitz ha funcionado a la perfección, los judíos trabajan, los más viejos son enviados a las cámaras de gas, solo dejamos a los que puedan servir. Los demás son inmediatamente eliminados —habló el general. A lo que asintió Himmler, sonriendo.

—De manera muy eficaz y rápida nos hemos ido encargando de toda la basura judía, —Hannah no levantó su cabeza, no podía mirarlos, —hemos tenido que deshacernos de los viejos y los enfermos, el régimen no puede cargar con ciudadanos que no pueden aportar, no podemos tener lastre, no se puede gastar en ellos, todo lo que hacemos es para el futuro de nuestra nación, limpia de contaminación.

—Por supuesto —aseveró el general Schweri. —sin olvidar a los niños

enfermos, en ellos no podemos hacer nada, son muy pequeños para devolver la inversión al gobierno, además enfermos no son aporte, así que gracias a la participación de un médico austriaco, que aporta con nosotros, Fremont, usamos una inyecciones de fenol que se colocan en el corazón y ellos mueren en el sueño, algo bueno ¿no. —dijo sonriendo junto a Himmler, Hannah miró a su esposo que ocultó su boca tras la copa de vino.

Hannah no logró tragar bocado esa noche, escuchando tanta barbaridad tomada con tanta liviandad, era horrible escucharlos hablar, no podía con todo esto, solo deseaba que se fueran lo antes posible de la casa y no tener que ver más sus caras. Al finalizar la cena, pasaron al despacho de Stefan tenían que hablar con él un tema importante. Hannah se fue hasta su habitación, ya estaba harta de todo.

Capítulo Octavo

Cuando despertó por la mañana, estaba sola en la habitación, los huéspedes también se habían marchado, estaba su madre en la casa limpiando la sala y el comedor, otra mujer limpiaba las otras salas. Fue a la cocina para desayunar, no quería molestar a su madre, cuando la cocinera salió para buscar de la huerta unas verduras, su madre se acercó, ambas se fundieron un maravilloso abrazo, lleno de cariño. –Temí tanto por ustedes —fueron sus palabras, pero su madre la calmó diciendo que todo estaba bien, Hannah preguntó por Samuel, su madre dijo que lo habían llevado a otro lugar, en realidad no quería contarle lo sucedido. Le dio algo de comer a su madre y fue con ella hasta la habitación donde conversaron y pudieron estar más tranquilas.

Al terminar las labores, las mujeres regresaron al campo, escondido le dio pan y algo de carne para que comiera después, estaba preocupada su madre estaba muy delgada. Stefan entró en la casa, como de costumbre para cenar. Hannah no lo miró, solo salió del comedor, no podía compartir la mesa con él, sabía que no debía actuar así pero su conciencia no le permitía estar con ese hombre, recordaba las palabras de la señora Fremont, donde decía. que creía que él era un buen hombre, que pensaría de su marido, si supiese lo que estaba haciendo, él y todos incluidos Stefan, eran todos iguales, al ver a Hannah dejarlo solo, se levantó de la mesa para ir tras ella, entró en la habitación, muy molesto, solo quería pasar tiempo con su esposa, Hannah era lo único que lo distraía del horror que significaba cumplir con su deber.

—¿Qué sucede ahora?

—Me pregunta en serio Herr Oberstleutnant… ¿en serio?

—No juegues, conmigo ya estoy harto de todo esto.

—Permitirías que un hijo tuyo recibiese el trato que ellos les dan a los hijos de los otros.

—No será nuestro problema, tú eres una mujer sana y yo también.

—Muchos de ellos tienen padres sanos, permitirás que un hijo tuyo sufra lo que ellos deciden hacer con los niños enfermos. Todo esto es asqueroso, no puedo tolerar más aquí, cada día escucho o veo algo que me hace odiar todo esto, aún más.

—¿Me odias? ¿Eso quieres decir?, que me odias, por cumplir con mi deber, ¿es así?, después de sacarte de una ciudad en guerra, proteger a los judíos que estimas, aún así ¿me odias?

—Lo que hacen aquí, no hace ver mucho peor una estadía en Viena. Esto es terrible.

—Crees que no lo sé, para mí también lo fue, pero debo hacerlo. Vengo de una familia de oficiales, de una familia condecorada por sus servicios a Alemania, mi padre me hizo entrar en esto cuando yo solo quería ser cualquier otra cosa, pero no un hombre de guerra, muy joven fui condecorado por mis servicios, hacía todo lo que me pedían porque creía que si avanzaba rápido podría dejar todo atrás, pero no fue así, ahora es peor, estoy lleno de obligaciones, ahora ya no soy un teniente coronel, fui ascendido, ahora soy un coronel, a cargo de todo esto, puedo ir a Alemania y tomar posición en otro campo más grande y de mayor envergadura, fui catalogado como el mejor gracias a mi dirección en Viena, todo va perfecto para mi, cuando no lo quise así, si no hago todo esto, la reputación de mi familia quedará manchada y no soy capaz de hacer eso.

—Son miles de personas inocentes que asesinan a diario, ¿estás feliz con eso en tu conciencia? ¿Lo estás?

—Es mi deber y debo cumplirlo, no traicionaré a mi país ni mi juramento por lo que tú deseas que haga.

—Claro yo no soy nada, mi amor y mi respeto no valen para ti, seguro deben venir por añadidura al matrimonio ¿no?, pero no es así, eso se gana con el día a día, y tu día a día es solo matar y quemar personas inocentes.

—¿Crees que esto es fácil para mí. —dijo avanzando hacia ella con mucha rabia —en Alemania tuve que matar yo mismo a dos hombres que conocía, fueron mis amigos cuando estaba en la escuela, mi padre no sabía que los conocía, lo hubiese prohibido, pero ellos fueron mis amigos y me ayudaron mucho, pero tuve que matarlos, no dormí durante días, era su vida o la mía, a manos de los de la SS, por dejar vivo a judíos. Nada es fácil Hannah, ni para ti ni para nadie, algunos debemos cumplir con nuestro deber, aunque este sea el más horrendo de todos.

—No puedo estar de acuerdo con todo esto, lo siento, pero nunca podré.

—Yo necesito de ti, necesito de tu compañía y tu apoyo, solo tú me puedes ayudar a superar el día, no puedo seguir si tú no estás conmigo, se mi mujer, se mi esposa y mi compañera, yo te necesito para poder continuar, todo lo que

viene es tremendo pero debo hacerlo, no puedo negarme, si lo hago ahora seré considerado un traidor, me enjuiciarán y asesinarán, y tu quedarás sola, sin protección y no deseo eso para ti Hannah, prometí cuidarte. Debo cumplir con mi deber, para protegerte.

—Yo no puedo confiar en un hombre como tú, no sé si podré amarte, no lo sé, porque lo que tienes que hacer no es algo que yo… lo siento no puedo seguir aquí, yo necesito salir.

Stefan vio salir a su mujer, la única que podía sacarlo del abismo de oscuridad y de horror en el que vivía a diario, pero no sería fácil para él, debía continuar cometiendo los mismos hechos y barbaridades por las que su mujer lo despreciaba, nada sería fácil entre ellos.

Por la noche, Hannah estaba sentada en el salón, tenía un libro en sus manos, un libro que estaba en la biblioteca de la casa, todos los libros eran de ideología nazi, un libro que enseñaba a odiar, a despreciar, algo horrible, lo dejó sobre la mesa, cuando lo sintió llegar. La mesa estaba puesta solo para uno, Hannah había dejado de comer. No podía tragar nada, su garganta se cerraba y su estómago se apretaba.

***

Stefan comenzó a llegar todas las noches con un teniente que trabajaba directo con él, un hombre petulante y muy déspota. Hannah los vio entrar en al salón comedor, un joven algo temeroso estaba sirviendo la cena, se veía muy cansado y fatigado, —¿cenarás con nosotros hoy? —preguntó sin darle una sola mirada a su esposa, sus ojos estaban fijos en su copa de vino, cuando el joven pasó al otro lado para servir el plato al teniente, la copa de vino se cayó al pasarla a llevar, desparramando vino por el mantel y salpicando las botas de aquel despreciable hombre, que se puso de pie y comenzó a golpearlo con un palo y luego le dio patadas, el hombre pedía clemencia, rogaba por favor que se detuviese, pero al parecer esto lo instaba aún más a golpearlo. Aunque Stefan le ordenó al hombre que se detuviese este continuó dándole unos golpes más, Hannah gritaba asustada que se detuviese, entró en el salón tomando al hombre del brazo, —¡¡qué cree que está haciendo!! ¡¡Suéltelo!! Stefan lo tomó del brazo empujándolo lejos, el hombre en el suelo no podía moverse, sangraba por todos lados, Hannah quiso ayudarlo, se puso de rodillas frente a él, fue a tocarlo pero Stefan rápidamente la levantó afirmando sus brazos para sacarla del salón. —Quédate aqu. —dijo cerrando la puerta del salón. Ella caminaba de un lado a otro, pasando sus manos por su rostro. Sintió ruidos de

un camión, vio como cargaba el cuerpo del hombre, seguro estaba muerto o moriría por la falta de atención.

Pasada la media noche, sintió ruidos en el primer piso, como no lograba dormir fue hasta ese lugar para ver y escuchar que sucedía.

Esa noche había llegado a una inspección un alto mando de la SS, hubo una gran discusión por lo sucedido, el teniente habló para informar la actitud de la esposa del Coronel, protegiendo a un judío que había cometido una falta.

—Es mi esposa, —exclamó nervioso y preocupad. —no puede interrogarla, ella solo estaba asustada, el teniente actuó deliberadamente, Herr Standartenführer. Ella no está acostumbrada a ver estas cosas, la mantengo lejos de todo, solo fue una reacción innata, al ver el castigo exagerado del teniente.

—Eduque a su esposa, debe estar al tanto de lo que sucede, los judíos no son personas, no se les debe consideración ni trato, edúquela, dígale que sucede con los protectores de judíos.

—Claro señor, yo le diré señor.

—Atenderé su petición de cambiar al teniente, pasado mañana llegará otro para ayudarlo en todo lo que debe.

—Gracias señor.

Hannah se escondió entre las sombras cuando vio salir al Standartenführer de la casa, estaba nerviosa. Stefan al salir del salón la vio de pie en la escala.

—No vuelvas a hacer algo como lo de hoy, ellos querían llevarte para interrogarte, eres la esposa de un Kommandant alemán, no puedes defender a los judíos que son atacados.

—Ese hombre se comportó como un animal con un hombre enfermo y desarmado, un hombre que no podía defenderse.

—Este lugar está bajo mi dirección, todo lo que suceda bueno o malo será mi responsabilidad, ¡quedó claro para ti! —Hannah dio un salto en su misma posición producto del grito que su esposo le había dado, nunca le habló así antes.

—Quedó muy claro, permiso.

Por la mañana, Stefan dejó la casa más temprano de lo acostumbrado, Hannah bajó en su pijama al salón comedor donde aún estaban las manchas de sangre, vino una mujer joven para ayudar a limpiar lo que había sucedido, Hannah lloraba al ver la sangre sobre el piso. —el hombre herido anoche aquí, ¿sabes que le sucedió? —preguntó, pero la mujer negó con su cabeza, al

retroceder para salir del salón comedor, chocó con un cuerpo, un uniforme, un hombre de mirada furiosa, el teniente de la noche anterior, estaba ahí, mirándola con desprecio, la tomó desde los brazos para así estrellarla contra la pared. Hannah dio un grito pero nadie podía hacer nada, en la casa solo había tres mujeres judías trabajando, que nunca alzarían una mano contra un soldado alemán. —¡Maldita amante de judíos. —dijo dándole un gran golpe con su mano en la mejill. —por tu causa tengo un mal reporte en mi expediente y seré enviado lejos de todo est. —eres un asesino, solo recibes lo que mereces —respondió Hannah sacando ese valor que llevaba muy escondido. El teniente sonrió con malicia, —sabía que solo eres una mojigata —tomándola del cabello la lanzó al piso, una de las mujeres que trabajaba ahí se lanzó contra el golpeándolo con un jarrón en la cabeza provocando que el teniente cayese de inmediato al suelo. Hannah miró a la mujer que la ayudaba, ella asintió y se acercó hasta ella ayudándola ponerse de pie —¿está bien señora? —Hannah respiró profundo, con lágrimas en sus ojos producto del miedo del momento, miró a su salvadora, solo era una niña de unos quince años que estaba trabajando ahí. Hannah la abrazó y agradeció su ayuda. Se puso de pie para ir hasta el teléfono que nunca usó, pidió hablar con su marido, unos minutos después el contestó. —Por favor, te necesito, por favor necesito que vengas ahora, es algo urgente —el no dijo nada solo cortó la llamada, Hannah no sabía qué hacer ahora, el teniente despertaría en cualquier momento y las atacaría otra vez,

solo quedaba esperar que Stefan no demorase. Sentada en el primer peldaño de la escalera, miró su reflejo en la ventana, su labio tenía sangre, y su mejilla estaba roja. La puerta de entrada se abrió con violencia, vio que su esposo entraba en la casa, al ver al teniente en el suelo, la miró, no lograba entender que era lo que él hacía ahí, si debió viajar hace muchas horas. Al ver el rostro de su mujer golpeado, sintió una rabia que nunca antes lo había invadido, colocándose de rodillas frente a ella limpió la sangre de su labio y acarició con delicadeza su rostro.

—¿El te hizo esto? —su mandíbula se apretó, con su voz envuelta en rabia que tuvo que contener.

—Me llamó, maldita amante de judíos y me golpeó, si no hubiese sido por aquella joven, el me hubiese matado, se acercó a mí para volver a atacarme cuando ella lo derribo. —Stefan giró su cabeza viendo a una muchacha de pie, con una expresión de miedo, el se puso de pie caminando hacia ella —muchas

gracias muchacha por defender a mi esposa, lo agradezco —la joven asintió, Stefan le pidió que continuara con sus quehaceres. Mandó por hombres para llevar al teniente al campo donde se le daría un escarmiento por atacar a la esposa de un superior.

Capítulo Noveno

Luego de darle una paliza al teniente por tocar a su mujer, este fue encarcelado, para ser enviado a su juicio en Berlín. Hannah esperó esa noche a Stefan, llegó muy tarde por todo lo que tuvo que arreglar. Entró en la casa dejando su gorra sobre una mesa, la vio sentada en el pie de la escala, ella caminó hasta el, acariciándolo en el rostro, sabía que junto a él, nadie nunca podría hacerle daño, tomó sus manos y las vio heridas, todos los nudillos rotos, supo entonces que el mismo se había encargado de castigar a su agresor.
—Venga, limpiaré sus heridas —fue hasta la cocina junto a él, puso agua tibia en un pocillo de vidrio colocando sus manos en el, colocó algunas hierbas que le enseñaron servían para desinflamar y curar. Le dejó las manos en el agua un rato, para luego colocar en ellas una pomada que le ayudaría a cicatrizar pronto.

—Gracias por lo que hizo hoy.

—Ya lo dije eres mi esposa y voy a cuidarte y resguardarte siempre.

Subieron hasta la habitación, el se quitó su uniforme, acostándose junto a su mujer, ella apoyó su cabeza en el pecho de su esposo, esta era la primera vez que tenían un contacto en mucho tiempo, ella siempre huía y luego Stefan dejó de perseguir una oportunidad. La abrazó su pecho con fuerza y durmió esa noche, por primera vez en mucho tiempo tuvo paz, sintiendo el dulce aroma del cuerpo de su mujer, descansó, por primera vez.

Cuando abrió los ojos por la mañana, estaba sola, Stefan ya había dejado la casa, después de darse una ducha, fue hasta la cocina donde su madre estaba junto a otra mujer limpiando y preparándole el desayuno.

—Buen dí. —dijo Hannah, acercándose hasta su madre abrazándola con fuera —me da gusto verla— dijo sin poder evitar esa muestra de cariño.

—Ella es hija de una familia amiga en Austria, la concomemos de pequeña, es por eso el trato. —se excusó su madre.

—Ella es como mi madr. —dijo Hannah —volviendo a abrazarla. —hola como está uste. —dijo mirando a la mujer que estaba con ella.

—Bien, gracias, mi hija agradece a su esposo que la sacaran de trabajos en la barraca para traerla aquí.

—¿La joven de ayer es su hija? —preguntó Hannah.

—Sí, mi hija.

—Estoy en deuda con ella, me ayudó, ella salvó mi vida.

—Usted la de ella, se la iban a llevar lejos a otro lugar, pero su esposo la dejó aquí, para que trabaje en casa y esté junto a usted.

—Eso es bueno.

—Ese hombre que te atacó ayer te hizo esto, Hannah. —preguntó su madre tocando su rostro.

—Si, fue el, pero mi esposo ya se encargó de él, podemos estar tranquilos de que ese animal nazi ya no estará cerca de nosotros.

Entrada la noche, Stefan entró en la casa, se quedó en medio mirando fijamente, ella no estaba ahí, la llamó y buscó hasta cuando desde la ventana de la habitación, vio que estaba en el jardín sentada junto a las rosas, caminó hasta ella, Hannah al verlo se levantó del césped, mirándolo fijamente, acariciando su rostro le sonrió con dulzura, ella no se movió, no quitó su mano ni nada, le permitió acariciarla, deseaba sentirlo, luego bajó su mano al cuello, donde él se acercó para besarla, primero posó sus labios sobre los suyos suavemente, separándose un poco la miró a los ojos, ambos sonrieron, la rodeó con sus brazos por la cintura para acercarla más a su cuerpo, dándole un gran beso, en ese momento comenzó a llover. La lluvia cubría sus cuerpos, ella sonrió al separarse de su esposo —siempre soñé con un beso bajo la lluvia —le dijo, mirándolo con los ojos cargados de amor y sobre todo de esperanza. —Bien cariño, que no sea por mí, que tu sueño no se cumpl. —tomándola del rostro con sus fuertes manos la besó, con gran deseo, un beso envolvente, dulce, sus labios se unían, sus lenguas se encontraban, todo era absolutamente perfecto. Levantándola desde la cintura giró con ella, eran una pareja de enamorados bajo la lluvia. Tomándola entre sus brazos entró en la casa, subió de a dos los peldaños de la escala, sin dejar de besarla, hasta llegar a la habitación.

Bajándola la observó detenidamente, ella se quitó su vestido, quedando en la enagua que se pegaba a su cuerpo, se acercó hasta su esposo, desatando los botones de su chaqueta, luego de su camisa, soltó su pantalón, Stefan se quitó las botas y su pantalón. Hannah lo observó, su torso fuerte, su figura era tan imponente así como con uniforme, se quitó su empapada enagua, mirándolo fijamente, el respiraba agitado, su pecho se inflaba con cada bocanada de aire, Hannah tomó una mano de Stefan para besarla y luego llevarla a su piel, a uno de sus pechos, deseaba sentirlo, deseaba con locura sentir su piel con la suya,

el cerró sus ojos al contacto con la piel de su esposa. Dio unos pasos para estar aún más cerca, rodeándola con sus brazos volvió a besarla, como adoraba sus labios, el sabor dulce de su boca, Hannah también lo rodeó con su brazos, respiraban cada vez más rápido, ella cayó sobre la cama y el sobre ella. Con su fuerte mano, recorrió la blanca piel de la pierna de su esposa, una piel suave, delicada, que se erizaba al contacto de su cálido contacto. Subió por su vientre hasta llegar a sus pechos, ella cerró sus ojos dejándose llevar por la suave caricia, Stefan besó sus labios, los deseaba, su dulce y deliciosa boca, la besó una y otra vez, dejándose seducir por el delicioso sabor de su mujer, al separar su boca de la suya sonrió feliz, adoraba tenerla así, como lo había deseado durante todo este tiempo. –ahora, soy tu esposa y voy a estar a tu lado, por todo el tiempo que lo desees —evidentemente emocionado por las palabras de su mujer, Stefan sonri. —tenemos la eternidad para estar junto. —colocándose suavemente sobre su mujer, se abrió paso entre sus piernas, Hannah arqueó su espalda al sentir a su esposo entrar en ella, Stefan cerró sus ojos al contacto cálido y húmedo del cuerpo de su esposa, sonrió, feliz al mirarla, ese mínimo contacto, los había elevado hasta lo más maravilloso de la vida, estaban unidos, el comenzó su movimiento pélvico, sin dejar de besar a su esposa, sin dejar de recorrerla con la mirada y con sus deseosas manos, ambos respiraban agitados, Hannah se afirmaba del edredón con fuerza, tratando de soltar toda la pasión que la envolvía en ese momento, gemidos de satisfacción abandonaban su garganta, también los oía de él, que movía sus caderas con potencia, con deseo, pero aun mucho mejor con un absoluto, devoto y perfecto amor. Ambos alcanzaron la plenitud de su encuentro, ambos sintieron al mismo tiempo la maravilla de la entrega de los cuerpos, ambos soltaron un gran gemido de plena satisfacción, ambos estaban completamente entregados ahora. Ninguno podría vivir ya sin el otro.

Cuando la luz del día dio en su rostro, Hannah sintió los brazos de Stefan que la rodeaban con fuerza, el calor de su cuerpo junto al de suyo. Sonrió feliz, lo tenía a su lado.

—Buen día… cariñ. —dijo la voz varonil de Stefan en su oído.

—Quisiera quedarme aquí, todo el día junto a ti. ¿Podemos?

—Lamento decepcionarte pero no puedo, yo tengo obligaciones que. —fue interrumpido por Hannah.

—Lo sé, lo sé.

—Enviaré como siempre a la señora que tu quieres, la traeré para que te

acompañe, ¿sí?

—Gracias por eso, de verdad gracias.

La besó, con amor, esa mañana, quiso quedarse junto a ella y hacerle el amor otra vez, la rodeó con sus brazos, estrechándola a su pecho, besó su frente, para luego dejar la cama y comenzar con su actividad.

Cuando bajó de su vehículo en el campo, Stefan recibió la noticia de que llegaba un tren lleno de judíos a su campo y que venía el médico de la SS para buscar personas para experimentos, viejos y algunos niños, además de que separarían los que estaban en condiciones de continuar con el trabajo con los que no, ese sería un día largo y tortuoso. Rápidamente buscó a la mujer que su esposa necesitaba. La vio junto a un hombre que debía ser su esposo, estaban separando hombres de mujeres además de los niños eran llevados a otro lugar.

—Usted, debe ir como cada día a mi casa.

—Si Herr Kommandant —ella miró a su esposo con dolor, estaba asustada por lo general estas cosas separaban familias destruyéndolas para siempre.

—¿Es su esposo. —dijo sin mirarla.

—Si Herr Kommandant.

—Vayan los dos. Ahora hay mucho trabajo allá y mi esposa no puede con todo sola. Serán escoltados por los guardias, encárguense de que lleguen a mi cas. —dijo mirando a sus soldados.

—Si Herr Kommandant.

El tren llegó, de ellos bajaron cientos y cientos de judíos, los soldados gritaban y empujaban a todos los que ahí estaban, vio que venía el médico con un general, el ya no podía hacer nada por nadie, dispararon a todo judío que se quedó atrás al que se veía enfermo el que estaba muy viejo. Era un espectáculo horroroso. En ese momento, Stefan decidió enviar a su mujer a Alemania, lejos de todo esto, no podía mantenerla viviendo en algo así de horrible para ella, que incluso lo era también para él.

Hannah desde la casa sentía el ruido y disparos, estaba nerviosa, pero cuando sus padres entraron por la cocina ella respiró aliviada, corrió hasta su padre, hace tanto que no lo veía, ambos solo lloraron abrazados, felices de verse después de tanto tiempo.

—¡Papá! ¿Está usted bien?, ¿está usted bien. —dijo tomando el cansado rostro de su padre entre sus manos —vengan siéntense y coman algo deben tener hambre.

—Los soldados pueden venir, y nos encontrará. —interrumpió su padre —

no podemos hija.

—Siento muchos disparos, seguro ya están ocupados lo suficiente ¿no?,

—Llegó un tren lleno de personas, están separándolos por…

—Yo creo que nuestra hija no necesita saber más, por favor.

—Tu marido nos envió aquí, creo que él sabe algo. —dijo su padre.

—No, solo lo que yo le dije, nada más, el es un buen hombre, no es como los demás.

Después de darles desayuno uno muy contundente, ellos debieron empezar con su quehacer, los soldados fueron hasta la casa, para buscar judíos que faltaban, pero ella no permitió que se los llevasen, su esposo los había enviado para limpiar y cuidar de la casa. Los soldados no dijeron nada solo se retiraron.

Era de noche y aun se escuchaban disparos, Stefan llegó pasada la media noche, acompañado por el médico y el general, luego de conversar un rato en su despacho, fueron a dormir, pero Stefan se quedó un momento más, Hannah no había podido dormir. Bajó hasta el despacho, donde Stefan había comenzado a guardar documentos en una caja. Hannah se acercó hasta donde él estaba. Fumaba, hace mucho que no lo veía haciéndolo.

—¿Qué sucede? —le preguntó, pero el continuó guardando documentos en la caja —Stefan por favor, ¿sucedió algo? Dime.

—Yo… hoy fue, no quiero hablar si, iré a darme un baño estoy cansado.

—¿Tienes hambre? —preguntó al verlo subir.

—No nada. Solo me bañaré.

Hannah fue tras él, lo vio entrar en el baño, se quedó ahí por un largo rato. Cuando terminó su ducha, salió desnudo, solo caminó hasta Hannah rodeándola con sus brazos con fuerza y dándole un apasionado beso. Caminó con ella, hasta la cama donde le quitó su camisola poseyendo su cuerpo con gran pasión, sin dejar lugar del cuerpo de su mujer por recorrer, saboreó y disfrutó de ella, tenerla así es lo único que lo hacía despejar su mente del horror vivido el día de hoy, tenerla entre sus brazos, bajo su cuerpo lo aliviaba, así poder pensar que el mundo no era toda la mierda que lo rodeaba sino que había un maravilloso lugar donde cobijarse y sentir el calor del amor. Hannah.

Capítulo Décimo

Cuando miró por la ventana, todo estaba cubierto por la misma capa de cenizas de la vez anterior, es por eso que su esposo había regresado tan mal la noche anterior. Cerró sus ojos viendo ese horrible espectáculo, donde para ella, la ceniza reflejaba los restos de cientos de personas desparramadas por todo el jardín. Llevando sus manos a su boca, solo lloró, no podía con todo eso que sucedía en su casa.

Esa tarde, llegó un auto negro con chofer en la parte trasera venía una mujer, Hannah se acercó a la puerta, para su asombro vio que la mujer que descendía del vehículo era Emilie, rápidamente abrió la puerta, Hannah vio en el rostro de su amiga lo asombrada que estaba al verla. Entraron en la casa y el abrazo no tardó en llegar y se volvió a repetir.

—¿Cómo es posible que estés aquí? Tú, es una grata sorpresa ver que estas bien, yo temí tanto por ti cuando todo esto sucedió.

—Emilie, yo tuve que mentir y conseguir papeles falsos para sobrevivir, yo tuve que…

—Tranquila, yo tuve que hacer lo mismo, mi novio era un soldado del ejército austriaco, que fue derrotado con facilidad, fue detenido y ejecutado, para poder sobrevivir acepté casarme con Helmont Brandt un médico que trabaja para la SS, el está aquí ahora, en el campo, desde ayer, viajé porque me lo pidió, se quedará unos días aquí.

—Si me enteré de eso, vamos entra tu equipaje, te llevaré a la habitación que el ocupó anoche y podrás descansar.

—No nada de descansar, tenemos mucho de qué hablar.

Entraron en la sala, bebiendo té y comiendo unos pastelillos, Emilie le contó lo que sucedió con su prometido, un hombre que ella adoraba, pero tuvo que pensar en su bienestar, todo se estaba derrumbando, los bombardeos, todas las muertes, muchos de sus amigos en común eran judíos, a Emilie nunca le importó, Hannah la puso al día con todo lo que había sucedido, lo de sus padres, el hombre con quien se casó y todo lo que habían vivido juntos. Hablaban tranquilamente, cuando Hannah sintió ruidos tras la puerta, su corazón se paralizó, se acercó hasta esta, al abrir vio a su esposo, su mirada era seria, luego la cambió, sonrió al ver a Emilie sentada en la sala.

—Veo que ya se conocieron, que buen. —dijo el médico esposo de Emilie apareciendo detrás.

—Si, conozco a Hannah desde Viena, somos amigas.

—Bien, nosotros señoras debemos resolver algo, permiso —habló Stefan conduciendo a los demás a su despacho.

Ambas fueron hasta la cocina, ese día por todo lo que ocurría en el campo, no habían enviado a nadie para trabajar en la cocina, juntas fueron a preparar algo para que los hombres comieran.

Luego de cenar, todos fueron a descansar, el día había sido largo para ellos, Hannah miraba por la ventana mientras su esposo estaba sentado sobre la cama con expresión de incertidumbre.

—Qué bueno que la esposa de Brandt es tu amiga.

—Hace mucho que no veía a Emilie, fue una grata sorpresa, no pensé que estuviese viva con todo lo que ocurrió en Viena.

—Así como ella no pensó que tú lo estabas, su sorpresa fue máxima… ¿Por qué estaba tan preocupada, si eres una ciudadana Austriaca? No veo el problema en eso.

—¿Escuchabas detrás de la puerta? —preguntó con evidente miedo en su rostro.

—Es mi casa, puedo estar donde yo desee, parecía muy preocupada por ti, aunque eres austriaca.

—.No, no está preocupada, ella… ella solo, todo lo que ocurrió en Viena.

—Todo lo que ocurrió en Viena fue solo para los judíos, nadie más. ¿Por qué tendrías que temer? ¿Hay algo que me ocultas Hannah?

—No, nada, no hay nada.

Stefan se puso de pie, se había quitado sus botas y la chaqueta, caminó hasta su esposa que seguía de pie junto a la ventana. Sin tocarla la miró fijamente, tratando de buscar la verdad detrás de sus ojos, el amor que ya sentía profundamente por ella le nublaba el juicio. Hannah acarició con ternura el rostro de su esposo, para dar unos pasos y besarlo, había deseado tener ese contacto todo el día. Cruzó sus brazos por su cuello fuerte, para atraerlo a ella, lo necesitaba, lo deseaba esa noche, había estado durante todo el día pensando en el, de pasar tiempo juntos, pero nunca era posible, solo por las noches. Su corazón palpitaba con fuerza cuando la figura fuerte e imponente de su esposo estaba cerca, sentía que nada ni nadie podría dañarla estando a su lado, no quería sentir amor, no podía, sabía que en algún momento todo lo que tenían se

destruiría por su pasado, así que no se permitía amar, sus frentes estaban juntas, ambos respiraban rápidamente, deseaban sentirse, lo habían anhelado y esperando. —No me engañes, no me mientas —fueron las suplicas de Stefan, antes de enredarse en el más íntimo y profundo beso. Para luego caer entre las redes de sus sábanas blancas, entregándose a la profunda pasión que los envolvía.

Cuando abrió los ojos esa mañana, sintió gritos desde lejos, disparos, el tren llegando otra vez. Se dio un baño, se vistió, necesitaba saber que sucedía, cuando llegó a la planta baja, vio que soldados entraban cajas en su despacho, Emilie estaba en el comedor tomando desayuno, estaba algo pálida.

—¿Qué es lo que sucede aquí?, ¿por qué hay tanto movimiento?

—No querrás saber nada de esto Hannah, Helmont no se guarda nada, desearía a veces que se callara y no fuera tan efusivo al hablar de su trabajo, algo que adora. Lo mejor es no saber.

—He escuchado muchos disparos, ¿llegó alguien del campo a trabajar en la casa? —le preguntó Hannah

—No hay nadie, solo nosotras, no enviaran a nadie. Lo siento.

Los gritos ahogados de los judíos del campo se sentían en la casa, el viento se los llevaba, era horrible el sentimiento de angustia que provocaba en ellas, no podían pensar en otra cosa ya que eso las distraía.

—Señora, Herr Kommandant pidió que guardaran estos documentos, en su habitació. —dijo un soldado entregando una pequeña caja cerrada.

—Claro yo la guardo.

Hannah se sentó junto a Emilie, comenzó a llorar sin poder controlarse, su amiga muy angustiada corrió la silla para acercarse —¿qué sucede? —le pregunto mirándola. Limpió su rostro de las lágrimas. Cerró la puerta del comedor, sentándose otra vez junto a su amiga.

—Mis padres están aquí, ellos han venido hasta la casa, yo le dije a mi esposo que fueron parte importante de mi vida, que cuando mi madre quedó sola, ellos nos cobijaron y protegieron, el no sabe nada de mi vida, tengo miedo ahora que lo descubra, y mis padres no han venido y están matando y quemando gente, y yo aquí sin saber que sucede, sin saber qué pasa con ellos. Mi prometido también estaba aquí, Samuel, pero no lo vi mas, no sé qué pasó, yo tengo tanto miedo.

—Tranquila, vamos debes estar calmada, si estas preocupada solo te delatarás.

—Yo no puedo, que hará él cuando sepa que soy judía, que todo este tiempo solo le mentí, me casé con él para poder vivir, mis padres me lo pidieron, solo deseaban que yo viviese, no sabemos nada de mis hermanas.

—Margot y Cecil están bien, tomaron un barco para ir hasta América, ellas estarán a salvo.

—¡¿Cómo!? ¿Cómo lo sabes?, ¿cómo puede ser posible?

—Hans, mi hermano consiguió un barco, el me contó que llevaba judíos en el, para salvar, que el marido de tu hermana compró cuatro pases, ellos están bien.

—No puedo creerlo, yo ¡están bien! —Estaba muy feliz, llevó sus manos a su rostro para ocultar su risa —esto es maravilloso, debo decirles a mis padres, ellos deben saber.

La puerta se abrió un poco, Hannah se levantó de la silla y fue a mirar, pero no había nadie, continuó su charla, ahora estaba más tranquila, al menos sus hermanas tuvieron la oportunidad de salir de todo este horror y no ver todo lo que sucedía con ellos.

Luego de terminar la conversación, Hannah subió hasta su habitación, para dejar la caja que su esposo había enviado. Cuando la dejó sobre la cama, la puerta se cerró de golpe y apoyado en ella estaba su marido, sus ojos estaban coléricos, su mirada vacía la llenó de temor.

—¿Son tus padres…? yo no quería, yo me negué a pensar otra cosa, nunca pensé que me mentirías con algo así.

—Stefan, no sabía que estabas ya en casa, —tratando de disimular, pero él la detuvo.

—No te acerques a mí, no lo hagas ¡¡eran tus malditos padres!! —decía. sin comprender como ella pudo engañarlo —eres una judía. Eso eres, todo este tiempo te has estado riendo en mi cara.

—¿Eran? ¿Eran? ¿Qué sucedió con ellos. —dijo llevando su mano derecha a su pecho.

—¡Te casaste conmigo por esto! para ocultarte y proteger a tu familia, ¡¡me usaste!. —dijo dando un golpe con su puño en la puerta.

—Me casé contigo porque me lo pediste – Hannah solo deseaba poder calmarlo, si el ya había descubierto todo, era cosa de minutos que la entregara al ejército. —¿qué pasó con ellos? Dime, por favor.

—No tienes derecho a pedirme nada.

—Por favor, ¿qué sucedió con ellos. —dijo arrodillándose delante de su

esposo, estaba completamente desesperada.

—Tu madre tenía una foto de tu familia, todos reunidos, tu entre ellos, con tus hermanas supongo, mentiste todo este tiempo descaradamente, me mentiste, solo para salvar tu vida, ¿Cómo tenías papeles de identificación?

—¿Ellos murieron. —preguntó evidenciando un profundo dolor —yo, yo, —respiró profundo —no puede ser, esto es muy doloros. —dijo soltando un llanto bajo, no quería hacer ruido y que fuese descubierta antes. Stefan caminó hasta donde ella dejó la caja, abriéndola sacó de dentro una cadena con una estrella de David y la fotografía manchada de sangre, tirándola al piso donde ella estaba, Hannah sostuvo la fotografía entre sus manos, llorando, la sangre comprobaba que estaban muertos. El dolor fue horrible, como mil puñaladas en su corazón. Llevó la fotografía a su pecho deseando morir en ese instante. —No, no, no, no —repetía entre lloros lastimosos.

—Ellos vendrán por ti, van por todos, te encontrarán, ellos te descubrirán, como yo lo hice, pensaste que estarías para siempre así, todo se sabe al fin y al cabo. ¿Hannah es tu nombre? O ¿también mentiste en eso?

—Mis padres, ellos me pidiero. —limpió sus lágrimas y se puso de pie —me pidieron vivir, no sabíamos nada de mis hermanas, mi padre pensó que las habían asesinado y me ordenó vivir a cualquier precio.

—Y te casaste conmigo ¡¡me usaste!! ¡Solo fue una escapatoria para ti! ¡¡Solo me usaste!! –gritó remeciéndola desde los hombros.

—Yo no quería y tu seguías apareciendo, imponiendo tu presencia, casi me ordenaste que me casara contigo, yo no quería morir, se los prometí. Me usé a mi misma para poder sobrevivir.

—Todo este tiempo, todo esto ha sido mentira, todo.

—En un principio, solo me casé contigo, pero cuando hicimos el amor, ya sentía.

—No quiero oírte, ¡¡basta!!... vendrán los soldados y te llevarán al campo, no sé qué sucederá contigo, no quiero saberlo.

—Por favor. —suplicó

—Pretendes que traicione a mi país, mi juramento, por ti.

—No esperaba nada de ti, hasta de que tu y yo, pero.

—Vete, vete de aquí ahora, huye, si es que no han llegado aun, vete ahora, ¡Hazlo!

—No, no lo haré. Si debes entregarme hazlo, moriré aquí junto a mis padres… puedes entregarme ahora. —ella limpió su rostro, levantó su cabeza

para mirarlo. Pero no encontró los ojos de su esposo, fue ahí que sintió el dolor de perder todo, ella no es tan importante para el cómo lo pensó. Guardó la ensangrentada fotografía en su bolsillo al igual que la cadena de su madre. Caminó hasta la puerta, la abrió para salir, el seguía dándole la espalda. Dejó la habitación, sus piernas no resistían el dolor, tiritaban, al igual que todo su cuerpo. Había dos soldados esperando al pie de la escala, de seguro que era por ella. Bajó los peldaños y al verla caminaron hasta ella, tomándola con fuerza del brazo la sacaron de la casa, para llevarla hasta un vehículo que esperaba por ellos, Hannah no lograba respirar bien, su corazón latía a mil, sus manos parecían gelatina, su cuerpo no reaccionaba a todo lo que sucedía, la había entregado al ejército, todo estaba perdido para ella ahora.

Capítulo Décimo primero

Emilie observaba como su amiga era metida en un camión, sacada de su vida, ya no era la esposa del Kommandant, sino una judía más, no sería tratada con respeto, no, eso no se aplica a judíos, no son personas, era lo que repetían y se les enseñaba a cada uno de los alemanes en el colegio, los judíos intentan quitarnos nuestro país, el judío es una cucaracha aprovechadora.

Se quedó de pie en la puerta viendo como el camión se alejaba cada vez más iba directo al campo, sería horrible para Hannah. Levantó la mirada y vio a Stefan que pasaba sus manos por su rostro, luego se puso su gorra, para bajar la escala, le dio una mirada gélida a Emilie, continuó con su camino, encerrándose en su despacho. Sobre la mesa, una carta enviada desde Berlín, escrita por Helen Dreidich esposa de un alto mando de la Gestapo, había visto a Hannah casarse con un oficial alemán, investigado y descubierto que adquirió documentos falsos hablando con las personas adecuadas, algo que ella no podía dejar pasar como miembro del partido nazi, " es por este motivo, mi querido Kommandant Klausen que le comunicó que usted está casado con una judía, que tiene papeles falsos, no se deje engañar" decía. parte de la carta, que adjuntaba una foto de ellas tres, Emilie, Helen y Hannah cuyo apellido original no era Fellner sino Shwarts. Dejó caer su derrotado cuerpo sobre la silla que estaba en su oficina, estaba desesperado, sabía que sucedería con ella en el campo, sabía que hacían con los judíos con papeles falsos pretendiendo ser algo que no eran, los torturaban para saber el nombre y ubicación del que les vendía la documentación, si resistían la tortura los asesinaban al finalizar.

Bebió y bebió hasta que se hizo de noche, no podía con la culpa, se repetía una y otra vez que había sido un maldito imbécil, como pudo entregar a su esposa, mujer que prometió proteger y cuidar, a los soldados que sabía que la destrozarían en la primera oportunidad.

Cuando llegó al campo, fue llevada hasta una barraca, donde tenían a muchos hombres y mujeres atados a mesas, donde realizaban experimentos con ellos, los gritos de dolor eran intolerables, Hannah lloraba en silencio, al ver ese desesperante espectáculo. —así que eres tú, la que se creyó más inteligentes que nosotros, una judía viviendo como una alemana, no eres nadie,

siempre los descubrimos, eso es siempre, ahora deberás pagar por la osadía de engañarnos a todos —le habló el médico esposo de Emilie. Ordenó que la sentaran en la nueva máquina que habían creado para aplicar golpes de corriente. —Veremos cuanto es capaz de soportar —la llevaron hasta una silla, donde fue atada de manos, tobillos y cabeza, miraba todo lo que sucedía a su alrededor —quizás mueras con la primera dosis, luego arderás como todos los judío.

Sintió algo que la paralizó, un golpe en todo su cuerpo, sus manos y pies estaban tensos, no podía reaccionar ni respirar, su pecho parecía explotar, al igual que sus ojos, la sensación fue aberrante, solo deseaba que todo acabara pronto, hasta que así fue, —eres fuerte, soportaste la primera, ahora dime ¿quién es el que vende los documentos falsos? es un traidor y merece la muerte —sus ojos estaban borrosos no lograba distinguir con claridad, vio que alguien se acercó rápidamente hasta ellos, luego el sonido de dos cuerpo cayendo al suelo. Unas manos la desataron, luego la tomaron en brazos. Después no recordó más.

***

Cuando abrió los ojos lentamente, sintió la suavidad de unas sabanas, la comodidad de un colchón. Luego una mano la acarició, vio un rostro acercándose y saltó en la cama hasta quedar sentada tratando de defenderse de las manos que la tocaban.

—Soy yo, tranquila, soy yo —hablaba con calma la voz de Stefan que le afirmaba las manos mientras aleteaba para defenderse.

—¿Qué hiciste? me sacaste de ese lugar, ahora irán por ti.

—No, todo fue oculto, nadie me vio, yo estaba en la casa, te di algo para que durmieras, dormiste todo un día y una noche. Para poder organizar todo, Emilie ella corroboró que yo estaba en la casa. Un auto te trajo hasta aquí, no pueden con la vergüenza de que una judía se les haya escapado, dijeron que te habían incinerado después de la tortura.

—¿Te dijeron eso a ti? —sintió horror de las palabras incineración y tortura.

—Lo hicieron, pero todo eso ya pasó.

—¿Dónde estoy. —dijo mirando la habitación en la que estaba.

—Es una casa que estaba desocupada, vendré por ti mañana. —dijo mirándola fijamente.

—Yo lamento todo esto, no quise engañarte.

—¡No! todo esto es mi culpa, yo fui un imbécil nunca debí entregarte, yo voy a protegerte, lo haré, no permitiré que nadie te dañe, voy a protegerte, eres mi esposa y yo, yo te…yo.

—Lo sé, lo sé y estaremos bien, así será.

Stefan recibió una llamada, debía regresar a Berlín, lo necesitaban. Fue la oportunidad perfecta para escapar junto a Hannah, empacó todas sus cosas, encontró la maleta con el doble fondo, donde guardaba las fotografías de su familia y también el cofre con joyas, lamentaba tanto que los hubiese perdido. Guardó la ropa que ella mantenía que no era mucha, pensó en comprarle lindos vestidos una vez que llegasen a Berlín. Sabía que todo lo que se proponía saldría bien, la amaba, aunque no fue capaz de decirlo a viva voz. El viajó primero, debía ir solo ya que los que sabían que había sucedido que solo eran cuatro personas no podían verlo salir de ahí con ella. Al llegar a Berlín, envió un auto particular por ella, le envió ropa y solo debía esperar que trajeran de regreso a su esposa.

***

Lejos de todos ellos, Margot, Cecil y sus respectivos esposos pudieron pisar suelo americano, estaban felices, vivos, con una promesa de vida, con una oportunidad, aunque lamentaban enormemente dejar a sus padres y su hermana allá, viviendo todos esos horrores. Theodore tenía un contacto que les permitió desembarcar en suelo americano, porque muchos otros no tuvieron esa suerte, los barcos fueron devueltos, y sus ocupantes sin un destino aparente, porque ninguno de ellos deseaba regresar al horror de vivir en Alemania. Un hombre de bigote de unos cuarenta años los esperaba, tenía trabajo para ambos, y un hogar provisorio para los cuatro, estarían juntos, sin miedo, era lo que habían deseado para sus vidas. Margot y Cecil se miraron sonriendo de felicidad, toda la pesadilla había terminado, al menos para ellos, se fundieron en un abrazo fuerte y fraternal, ambas lloraban de felicidad y pena, aunque viviendo en paz, lejos de toda esa guerra, solo podían pensar en el resto de su familia. Sus esposos llegaron hasta ellas, debían subir a un auto que los llevaría a la embajada y luego hasta su nuevo hogar, una nueva vida comenzaba.

***

Hannah bajaba del vehículo que la había sacado desde donde se escondía. Stefan no estaba en casa, todos estos días había estado en reuniones, todo suponía la unión de más países para atacar a Alemania, detener su avance en

la conquista, pero no estaban dispuestos a dejar todo, atacarían con todo. Pasaba todo el día en reuniones de planeamiento militar. Cuando Hannah llegó, el ama de llaves, la señora Müller, abrió la puerta llevándola hasta su habitación, cuando entró en esta, dio una mirada por todo el lugar, todo lo que había, un bello tocador con una linda silla en color blanco y rojo. Una gran cajonera y sobre esta la foto de su familia en un lindo marco de plata. Lo tomó entre sus manos y solo pudo llorar, sus padres habían muerto, Samuel estaba muerto y no sabía nada de sus hermanas. Este era un gran gesto de parte de su esposo.

—Es bueno tenerte en casa otra v. —dijo la voz de su esposo desde la puerta.

—Esto es un gesto maravilloso, gracia. —dejó el retrato sobre el mueble. Feliz se giró para mirarlo y darle una gran sonrisa, el caminó rápidamente hasta ella, abrazándola con fuerza, sosteniéndola entre sus brazos como si ella fuese a desaparecer.

—Espero que puedas perdonarm. —acarició su rostro sacando un mechón de cabello que caía sobre su mejilla, mirándola fijamente, como si estudiara cada detalle de su rostro.

—No tengo nada que perdonar, estoy aquí junto a ti.

—Cada segundo que estuviste lejos de mí, fue una eternidad, me odié por dejarte a merced de esos carniceros, estaba ciego por la rabia, yo me sentí utilizado, pero…

—Pero estoy aquí, ahora, junto a ti.

Los ojos de Stefan estaban cargados de el más profundo y sincero amor, acarició la suave piel del rostro de su mujer mirándola detenidamente, como había deseado tenerla a su lado, como había anhelado cada día tener para él sus dulces labios otra vez, dando unos pasos se acercó hasta poder sentir su aliento, sentir el dulce sabor de su boca, posar sus labios con los de ella, primero suavemente, para después consumirla en un deseoso beso. Estrechándola a su cuerpo con tanta fuerza, que juntos parecían uno solo. Sus respiraciones se agitaban cada vez más, ambos dejaron caer con suavidad sus cuerpos sobre aquella blanda cama, sus manos acariciaban sus piernas con delicadeza, sintiendo en sus palmas la suavidad de su piel, soltó cada botón del vestido de la mujer que amaba con lentitud, quería tomar su tiempo para recorrerla, para disfrutarla, para entregarle todo su amor. Sus pieles tibias una contra la otra, su manos entrelazadas, sus respiraciones agitadas, los suspiros,

la entrega total, sus cuerpos húmedos, todo envuelto en un sinfín de caricias y demostraciones de amor, no palabras, sino hechos, la manera de entregarse de conectarse uno con el otro, hasta conseguir llegar al cielo sintiendo sus cuerpos arder en el deseo y la pasión. Derribados sobre esa cama, completamente extasiados, completamente satisfechos, cargados de la inmensidad del amor que siente el uno por el otro.

Abrazados piel contra piel sobre la cama, ambos estaban en silencio, solo disfrutando de la compañía y la calidez del cuerpo del otro.

—¿Qué sucederá si ese médico llega aquí? —preguntó Hannah aterrizando en la realidad de la vida, apartando ya el mágico momento vivido.

—El no vendrá, y los soldados que te sacaron de casa tampoco lo harán.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello. —dijo enderezándose de su lado para mirarlo.

—Tú, mi querida Hannah solo debes vivir ahora, como lo prometiste a tus padres, vivir intensamente junto a mí, porque yo dedicaré mi vida a vivirla de la manera más íntegra, perfecta y entregada solo a ti, yo te cuidaré lo prometí, ya cometí el error una vez, nunca más permitiré que alguien se sienta con el derecho de dañarte, para eso estoy yo aquí.

—Stefan yo… yo quiero decir, yo…te.

—Lo sé, lo sé —las palabras estaban de más, con solo ver en sus ojos, Stefan podía ver el amor de su mujer, acarició su rostro para atraerla otra vez a su boca, la deseaba otra vez y a cada instante y no dejaría de hacerle el amor a la mujer que ama con desesperación. Continuaron esa noche juntos, cenaron en la habitación, ninguno deseaba dejarla, solo deseaban estar juntos.

Por la mañana luego de desayunar, le pidió que lo acompañara, tenía una grata sorpresa para ella. En los días que estuvo solo, tuvo contacto con la señora Fremont, así que la llevó hasta su casa, fue muy bueno para ambas verse, la señora Fremont necesitaba compañía y que mejor que Hannah, su hija se había marchado con un Francés, y no habían vuelto a saber de ella. Su esposo había actuado un tiempo muy extraño, cansado de cometer todos esas aberraciones a la que los médicos de la SS lo obligaban a cometer contra ciento de personas, no importando si son niños o adultos, se había enterada hace solo dos días que su esposo se había suicidado, inyectándose el mismo Fenol que le daban a los niños. La señora Fremont estaba destrozada y la compañía de Hannah sería de un gran consuelo y apoyo. Ahora estaban juntas otra vez en medio de toda esta desgracia. Una había conseguido una hija y la

otra una madre.

Capítulo Décimo Segundo

Meses después.

Durante todo este tiempo, el amor se consolidó aún más, se hizo fuerte, profundo y necesitado, pero de igual manera los problemas los seguían, sin dejar de lado lo mucho que Stefan ama a Hannah, sin importar el hecho de que es judía, el estaba a cargo del exterminio de cientos de personas que pertenecían a su pueblo, estuvo muchos meses en Berlín, organizando estrategias de combate e invasión. Además del envió de miles de judíos a los Guetos, donde muchos murieron de hambre y enfermedades por falta de condiciones salubres. Luego los que quedaban fueron llevados a diferentes campos de concentración. Hannah se quedaba en el pasillo oculta, escuchando todo lo que su esposo hablaba con los demás oficiales, horrorizada por todas las barbaries cometidas, sintiendo miedo por todos ellos, Stefan solo cumplía con su trabajo, un alemán desertor era tratado peor que un judío, en este punto proteger a su mujer, era lo vital.

—Lamento la hora cariño, esto que debía resolver me tomó más tiempo del esperado.

—Si tuviésemos un hijo, permitirías que se lo llevaran a un Gueto o un campo de concentración. —dijo cepillándose su cabello.

—Un hijo tuyo y mío será un ciudadano alemán.

—También soy alemana, nací aquí.

—Eres judía Hanna. —al terminar su frase se odió, no quería dañarla, pero debía exponer su punto, ella es judía, el un oficial de alto rango alemán.

—Ustedes, todos ustedes se creen superiores a todos, pero permíteme decirte que no lo son, matan niños, mujeres, ancianos, como si se tratase de cucarachas, eso no te hace mejor persona. A veces no sé si te amo o solo siento desprecio… de ti —se levantó de la silla, sin darse cuenta de que lo que había dicho se clavó en lo más profundo del corazón de su esposo

—¿No sabes si me amas o me desprecias? —avanzó hasta ella tomándola de su brazo para que lo mirase, necesitaba saber si lo que decía. lo sentía de verdad. —mírame y dime eso otra vez, es primera vez que mencionas la palabra amor entre nosotros y ¿es porque no sabes si lo sientes o me desprecias?

—Me salvaste, pero has dejado morir a miles… ¿cómo puedes amarme si odias a los demás? Soy parte de ellos también.

—No los odio, no son nada de mí, tú eres mi esposa, tú eres mi mujer, yo te escogí, fue mi voluntad.

—No puedo verte a los ojos y saber que has asesinado a tantas personas, que ninguna tuvo una oportunidad de salvarse.

—¿Crees que lo hago por gusto. —dijo soltándola del braz. —¿crees que disfruto todo esto? Hace unos días una mujer entró en un camión, cuando la vi subir, pensé que eras tú, mi corazón se paralizó, pensé que te habían descubierto, corrí para bajarte, todos me miraron asombrados, no pude hacer nada por ella, tenía la angustia latente de que eras tú, no puedo salvar a nadie, pero si te salvé a ti, y por cada vez que lo hago, me siento mejor, porque eres la mujer que necesito, no importa si eres judía o lo que seas, eres mía, yo soy tuyo.

—Stefan yo, no puedo con esto, es que no puedo ir contigo hasta donde te enviarán, no puedo participar de todo esto, ir junto a ti es avalar lo que haces y ya no más. Me has salvado y me mantienes con vida, pero no puedo ir contigo.

—No puedo dejarte aquí Hannah, fue una mujer que te conocía la que te delató, la que me envió una carta con la fotografía de Hannah la judía, ella está aquí en Berlín y si te ve, te entregará.

—¿Helen? ¿Fue Helen?

—Si, está casada con un alto mando de la Gestapo, si piensas que nosotros somos horribles, no querrás toparte con alguien de la Gestapo.

—No puedo ir contigo hasta ese campo de exterminio.

—Bien, no vivas ahí conmigo, pero te mudarás a la misma ciudad, no te dejaré aquí, es peligroso para ti.

— Stefan, yo no.

—¡Irás! ¡Si, aunque tenga que obligarte si es preciso! No te dejaré aquí, para que ellos te asesinen.

—¿Ellos? tú eres parte de ellos.

—¿Yo? ¿Eso dices? yo soy tu maldito esposo, yo te salvé de todo esto, no soy como ellos, si lo fuese de hubiese dejado en manos de esos hombres y permitido que te torturaran y luego metieran en la cámara de gas, eso hacen ellos, yo claro, no importo, yo solo te amo.

Al decir eso dejó la habitación, entrando en la de huéspedes, donde pasó la noche, Hannah no pudo dormir, paseó toda la noche por la casa, sintiéndose de lo peor por lo que sentía y decía. del hombre que la salvó, del hombre por

el que experimentaba sentimientos que nunca antes había tenido, parte de su corazón sentía que lo amaba, que estaba metido en su piel, pero la otra, la que le hacía razonar, le pedía alejarse del genocida que tenía por marido.

Por la mañana muy temprano lo sintió, luego de prepararse tomó su gorra para salir, Hannah estaba en la sala del recibidor, el se detuvo en la puerta, respiró profundo, pero no la miró, Hannah estaba de pie, deseando que solo le diese una mirada para encontrar aquel hombre maravilloso que se ocultaba detrás de ese horrible uniforme, llevó sus manos a su pecho, su corazón latía rápidamente, pero Stefan solo suspiró cansado, derrotado por no poder llegar al corazón de su esposa, era lo que más deseaba, ya nada tenía importancia si ella no lo amaba, solo el hecho de pensar que ella estaba a su lado amándolo, le permitía vivir el día a día. Bajó su mirada, puso su gorra, tomando el pomo de la puerta, cerró sus ojos y luego abrió, dejando la casa rápidamente, Hannah caminó hasta la puerta, viéndolo subir al auto. Stefan miró hacia la casa, viendo solo una visión borrosa de su mujer detrás de la ventana, deseó bajar y correr hasta ella, pero no lo hizo, solo le pidió al conductor que se pusiese en marcha, ya nada más había por hacer.

Después de verlo partir, fue hasta su habitación, sacando la maleta guardó lo principal en ese lugar, la fotografía de su familia, las joyas de su abuela y madre, ropa. Miró su mano izquierda con la sortija de su matrimonio, sacándolo de su dedo, lo dejó sobre la mesita de noche de Stefan. Se colocaba su abrigo cuando llamaron a su puerta, la ama de llaves le avisaba de una visita, pensó en la señora Fremont, pero no, no era ella.

—¡Emilie. —ambas se abrazaron con fuerza.

—Lo siento tanto, no puede ayudarte, ese día, no puede, deseaba tanto, pero yo.

—No te preocupes, todo está bien ahora ¿tu marido está aquí contigo? —preguntó preocupada, si era vista por ese hombre sería su fin.

—¿Mi marido? pero soy una viuda ahora, no te lo dijo tu esposo, el me liberó del calvario de vivir con ese maldito desgraciado.

—¿Cómo? ¿Stefan lo asesinó? —preguntó impresionada.

—Claro, como debía, el te torturó, luego de eso te metería en la cámara de gas, tu esposo le dio muerte a ese maldito y a los soldados que estaban con él, no podía dejar evidencia de lo que sucedió, y yo se lo agradezco.

—Yo no sabía nada de eso, el no me dijo…yo.

—Bien, yo vengo a despedirme, me iré de Alemania, mi novio me llevará

con él a Francia, aún podemos salir, consiguió una avioneta que nos llevará, no voy a quedarme aquí.

—¿Puedo ir contigo? ¿Crees que me permita ir?

—¿Por qué quieres dejar a tu esposo? después de todo lo que hizo por ti.

—No puedo explicarlo, pero es mejor que me vaya, no puedo seguir, yo.

—Bien, no creo que Philippe tenga problema, pero viajo ahora.

—Si, voy por mi maleta, la estaba preparando para salir de aquí.

Hannah fue hasta su habitación, miró todo el lugar, desvió la mirada hasta la sortija sobre la mesita, no lo pensó más y solo tomó su valija y salió por la puerta rápidamente, sería peligroso, lo sabía pero debía hacerlo, no podía estar más tiempo ahí.

Philippe llevaba cosas de contrabando al ejército alemán, por eso le es permitido viajar sin grandes problemas.

El ama de llaves se mantuvo oculta, escuchando todo, al salir Hannah, llamó por teléfono, pero Stefan no estaba en la oficina, solo restaba esperar que el llegase a casa para comunicarle que su esposa se había marchado.

Cuando llegaron a la pista de despegue, Hannah por fin sintió que sería libre, respiró profundo, en su pecho se clavó el dolor de dejar a Stefan, sentía que parte de ella se quedaba en ese lugar junto a él, si, ahora su corazón, su cuerpo, le decía.n que lo amaba mucho, pero no podía seguir viviendo junto al hombre que se encargaba de enviar a matar a todas esas personas. Además el estaba constantemente en la disyuntiva de cumplir su deber, seguir las órdenes dadas o hacerle caso a su corazón, toda su familia seguía una línea perfecta de oficiales, todos condecorados, todos cumplieron con las órdenes. Seguro que por ella, nunca dejaría de ser quien es.

Por la noche, Stefan entró en su casa, estaba derrotado, quería hablar con su mujer, estar enojados y lejos de ella era un dolor constante en su pecho, quitándose su gorra subió hasta la habitación, pero no había nadie ahí, y la casa estaba en absoluto silencio. —¿Hannah. —dijo en voz alta, la puerta de la habitación se abrió, el giro rápidamente, pero no era su esposa la que entraba sino la ama de llaves.

—Herr Kommandant, Frau Klausen se fue esta mañana, lo llamé por teléfono a su unidad, pero solo dijeron que no estaba ahí.

—¿Cómo que se fue?... ¿Dónde?

—Vino una joven, la escuché que la llamó Emilie, conversaron y luego se fueron juntas, Frau Klausen tomó su maleta dejando la casa.

—¿Dónde se fueron? ¿Cómo que se fue? —preguntaba sin poder moverse del lugar en el que estaba de pie, le costaba respirar, su pecho se apretó al punto de que le dificultaba la respiración.

—Escuché algo de Francia, la joven tiene un novio que maneja una avioneta, que las llevaría hasta allá.

—Gracias, déjeme ahora.

La mujer dejó la habitación, cerrando la puerta, Stefan caminó hasta las puertas del armario, faltaba mucha ropa de su esposa, no estaba la foto que le regaló de su familia, ni las joyas que tan celosamente protegía, miró todo el lugar hasta que sus ojos se quedaron sobre su mesita de noche, sintió la desolación, no solo escapaba de todo lo que ocurría en este lugar, no solo corría por su vida, sino también de él, la sortija de matrimonio estaba sobre esta, la tomó con sus dedos, mirándola fijamente, cerró sus ojos producto del dolor, se sentó en el borde de su cama, ya estaba cansado de decirle que solo hacía su trabajo, que nunca fue su intención dañar a todas esas personas, pero si no cumplía con las órdenes dadas, el sería fusilado y ella quedaría completamente desamparada, algo que no se podía permitir. Había hecho suya la obligación de protegerla de todo y de todos.

Hannah sentada en el asiento del avión, miraba su mano sin sortija, solo esperaba que Stefan no la odiase y entendiera, ahora sin ella cerca, el podría cumplir con sus obligaciones como soldado, sin temer dañarla, ahora solo quedaba que cada uno se mantuviese vivo, hasta el final de todo este horror. Al aterrizar en Paris, Emilie la llevó con ella, donde vive con Philippe su novio, un amor que mantuvo durante todo este tiempo, al morir su novio, ella se consoló con el amigo de él, poco a poco fueron enredándose en un romance, que los llevó ahora a vivirlo intensamente en parís.

Ahora comenzaba la aventura para Hannah, una que no sería muy grata.

Capítulo Décimo Tercero

Hannah hablaba a la perfección el francés, eso le sirvió para encontrar trabajo como profesora en una escuela de París y para dejar el pequeño departamento que compartía con Emilie y su novio, por la misma calle rentó un lugar, era muy pequeño, pero con el espacio justo para ella. Los días se volvieron muy difíciles, cuando comenzó a vivir sola, extrañaba mucho a Stefan, no sabía nada de él y no tenía derecho a preguntarse nada, lo había abandonado.

Los rumores de invasión se hacían cada vez más latentes, más hombres se unían a la guerra, más familias dejaban la ciudad, todos temían un ataque, lo maravilloso de estar ahí fue cuando el hermano de Emilie apareció, les volvió a ratificar que había dejado a las hermanas de Hannah en América, ellas y sus esposos estaban vivos y con un futuro por delante.

Estaba con sus niños en clase, todos cantaban alegres una canción que Hannah les había enseñado, gracias a sus documentos falsos ella pudo hacer clases, al ser una alemana que arrancaba del horror que cometían sus compatriotas se le abrieron las puertas, al contrario de lo que pensó, nunca mencionó ser judía, temía que alguien la odiara como los alemanes terminase en un lugar de esos horribles de los que tanto había escapado. Los niños estaban felices, coreaban, cuando una sirena inundó el lugar, se asomó al pasillo y los profesores pedían salir con los niños de la sala al sótano, la sirena avisaba un bombardeo. Ordenó a todos los niños de su clase que no tenían más de ocho años, juntos todos de la mano bajaban las escalas hasta los bunker de seguridad, pero la explosión cerca hizo temblar todo el edificio y que pedazos de este cayeran sobre algunos niños, Hannah se devolvió para ayudarlos, tomando a uno en sus brazos para poder continuar con su escape, dentro del oscuro lugar todos los niños gritaban y lloraban, todo era caos. El ruido de los aviones y los bombardeos no cesó por largas horas.

Luego de pasar un día encerrados en ese lugar, algunos de los profesores dejaron la escuela para ver que sucedía, si alguno podía, regresaría a su hogar, la escuela estaba la mitad en el suelo, y alrededor solo había destrucción, algunas casas ardían aún por el efecto de los bombardeos, gritos y personas heridas y muertas por todos lados. Hannah estaba herida, en su cabeza y su

brazo. Pero se levantó y ayudó a los niños a salir con la ayuda de otros profesores, como todo se había calmado en ese momento, aparecieron padres desesperados, gritaban los nombres de sus hijos, Hannah aún sostenía al niño herido, el pequeño solo llamaba buscado a su mamá. Hannah trató de tranquilizarlo, pero solo cuando vio a su madre el niño dejó de llorar, todas las personas a su alrededor estaban como ellos, todos cubiertos de tierra y sangre. Tenía miedo, el ejército Nazi se apoderaría de Paris, debía salir de ese lugar, la mayoría de los pequeños encontraron a sus padres, el resto fue derivado al hospital, que por suerte no recibió daños considerables.

Caminó entre los escombros, las personas muertas y heridas, desesperada solo pensaba en llegar a su casa. Al menos su barrio retirado de todo lo principal de Paris, no recibió un ataque tan severo, su edificio seguía en pie, entró para buscar su cartera, algo de dinero y ropa, no podía seguir en ese lugar, juntó lo que pudo y al bajar se encontró con Emilie y Philippe que venían por ella, tenían un vehículo donde escaparían ahora de Paris, no podían continuar ahí, los alemanes ya habían tomado París y era cosa de días que todo fuese arrasado. Cuando caminaban hasta el departamento de Emilie, se volvió a sentir la sirena que avisaba otro bombardeo, corrieron, necesitaban refugiarse en algún lugar, corrieron para bajar hasta el tren subterráneo, ahí había mucha gente cobijada, todos muertos de miedo, nada podían hacer, solo les restaba esperar lo peor, o que todo terminase pronto.

Cuando abrió sus ojos, vio parte del túnel caído, ella tenía sobre su cuerpo restos de concreto y mucha tierra, con su maleta se había protegido la cabeza, quizás como reacción innata al ataque, tomando su valija comenzó a buscar a su amig. —¿Emili. —dijo con un hilo de voz, las personas gritaban aterradas buscando a sus familias, el sonido del dolor estaba en todas partes. Como pudo se puso de pie, no lograba ver a su amiga y le costaba mucho respirar por toda la tierra que había en suspensión. —¡¡Emilie!! —gritó esta vez, pero no lograba verla ni oírla. Caminó un poco ayudando a los que estaban heridos, a ponerse de pie y simplemente a vendarle con parte de su vestido las heridas. Cuando se dirigía hacia la salida, la vio junto a Philippe, la protegía con su cuerpo, ambos sin vida, juntos, llevó sus manos a su boca, sin poder evitar llorar al ver esa triste y emotiva imagen de una pareja de enamorados protegiéndose, juntos hasta el final. Se acercó, no podía creer que ellos no lo habían logrado, pero ambos tenían graves heridas en sus cabezas, los dejó así como estaban juntos. Se levantó para dejar ese lugar en el que solo se

respiraba destrucción y desolación. Ya no tenía nada, había perdido todo, estaba sola otra vez, comenzó a caminar no sabía a dónde llegaría, solo seguía a la gran muchedumbre de personas que se alejaba lo más posible de Paris. Estaba oscuro, no sabía qué hora era, su estómago estaba apretado de hambre, continuó su caminata por un sendero solitario muchas personas habían tomado desvíos, ella no conocía Francia, solo llevaba un poco tiempo en Paris, no sabía dónde ir, vio una luz lejos, pensó que quizás había encontrado una casa, pero antes de poder acercarse más cayó al suelo producto de un desmayo, el cansancio pudo más con ella.

Vio a Stefan, le sonreía, no estaba molesto como ella pensó que estaría al encontrase otra vez, corrió hasta sus brazos, Stefan la sostenía con fuerza, la besaba con gran amor, como lo había extrañado y el a ella, habían sido meses de soledad, pero cuando le habló, él comenzó a desvanecerse entre sus brazos, intentó tomarlo con fuerza, pero era imposible, gritaba su nombre, pero luego ya no estaba más con ella. —Es aleman. —dijo una voz que escuchó a lo lejos, —¿nos atacará? —Era la voz de una mujer —no vez que está muy herida, no podría hacernos daños aunque así lo intentase —. Comenzó poco a poco a despertar, se asustó al sentir una cama blanda bajo suyo, sentándose de golpe se mareó, una voz masculina le pidió calm. —S'il vous plait calme, vous étes en sécurit. —recostándose otra vez, mirando a su alrededor, una joven, una niña y un hombre la acompañaban.

—¿Dónde estoy? —habló francés para impresión de sus protectores.

—Mi nombre es Marcel, ellas son mis hijas Sophie y Lara, está lejos de París, tranquila.

—¿Es un soldado alemán? —preguntó la más pequeña, Sophie.

—No lo soy —les hablaba en francés —sí, soy alemana pero no soy como ellos, estaba arrancando de todo esto. —¿mi maleta, la perdí?

—No tranquila, está aquí, Lara le curó los pies, estaban heridos quizás por lo mucho que caminó, le puso una pomada y los vendó, sanarán rápido, ya verá.

—Muchas gracia. —dijo dándole una sonrisa que la joven aceptó y devolvió.

—¿Tiene hambre?, tenemos un caldo que preparé, esta delicioso.

—Si, gracias, se los agradezco.

Cuando amaneció, el sol dio en sus ojos, se levantó con mucho dolor en todo su cuerpo, al levantarse sus pies dolieron y tuvo que sentarse otra vez.

Miró sus piernas, y estaban con grandes magullones, solo tenía puesta su enagua, recordó a Emilie y Philippe sin poder evitar derramar lágrimas de tristeza. Sería muy difícil borrar de sus recuerdos la imagen de los dos, juntos, abrazados, muertos entre todo esa tierra. Cerró sus ojos y solo pudo pensar en Stefan, lo extrañaba mucho. —Se ve usted trist. —dijo la pequeña Sophie, Hannah trató de sonreír, pero le fue muy difícil con todo el dolor que sentía en ese momento. —Solo estoy dolorida, es eso – la pequeña sonrió, dejó la habitación y luego volvió con una taza de leche caliente. —Gracia. —dijo Hannah dándole un beso en la mejilla.

Después de un momento, Lara entró para entregarle un vestido que había sido de su madre, además de agua para poder asearse, limpió sus brazos, y piernas de la tierra que tenía, luego se puso la ropa limpia que le brindaron. Con dificultad caminó hasta la cocina donde estaba Lara y su Padre, Marcel. Rápidamente Marcel como todo caballero, le acomodó una silla para que descansara, sabía que el dolor de sus pies era mucho.

—¿Tiene algún pariente aquí en Francia? …que pueda ayudarla —le preguntó Marcel, sirviéndole un trozo de pastel.

—No, no conozco a nadie…a penas me recupere yo…

—No lo digo por eso, no me mal entienda, por favor, solo por si hay alguien que este esperándola o preocupado por usted.

—No, no hay nadie, solo yo. —mintió, no se atrevía a decir que su esposo es un alto oficial alemán, que escapaba de todo lo que debía hacer por su afán de cumplir con su deber y seguir ordenes, por su país. País que estaba destruyendo a miles de personas.

—Aquí estará a salvo, si los alemanes se acercan tengo unos parientes que nos recibirán sin problemas en Bussi, no debe temer.

—Muchas gracias.

***

En plena cuidad de Paris, se libraba una gran batalla, muchas casas habían sido destruidas, hasta que después de días intensos de ataque, el gobierno se rindió ante los invasores. En un edificio estratégico estaban los altos mandos del ejército alemán que tomaron esa ciudad. Uno de ellos, el Kommandant Stefan Klaus, que había pedido un cambio, dejar los campos para organizar la invasión a los otros países, claro escogió Francia, con la idea de poder encontrar a su esposa, sabía que es un país muy grande, que sería muy difícil encontrarla, pero no perdía la esperanza de dar con ella. A pesar de ser

abandonado, no podía dejar de pensar en Hannah. Había investigado con quien dejó Alemania y obtuvo información sobre Philippe, tenía su dirección en Paris así que por ese lugar comenzaría.

Cuando tomó uno de los vehículo e hizo su excursión por lo que quedaba de la cuidad, llegó a la dirección que correspondía a un edificio, pero estaba completamente destruido, descendió de su vehículo rápidamente, para buscar entre los escombros, necesitaba saber si ella estaba ahí bajo todo eso, si era así la rescataría, no permitirá que estuviese aplastada por todo eso, pero le fue imposible, no podía mover esos grandes bloques de concreto, una voz lo alertó, una voz de una mujer mayor —sacaron los cuerpos de los muertos, solo era una mujer y su hijo, los demás alcanzaron a escapa. —cerró sus ojos aliviado de escuchar eso, asintió mirando a la mujer. —¿Busca a la mujer alemana que vivió aquí? —Impresionado de lo que oía, Stefan se acercó al vehículo sacando raciones de comida, luego se acercó a la mujer, entregándoselas todas. —¿Qué sabe de ella. —dijo mirándola fijamente —llegó una noche, con otra joven alemana que tenía un novio francés, ella vivió un tiempo aquí, pero luego se fue —Stefan no sabía si estar feliz o más preocupado, ya que si no estaba ahí, ¿dónde estaba? —la mujer era un joven muy simpática, hablaba muy bien francés, hacía clases en la escuela, pero la escuela fue bombardeada, pero yo la vi ir con Emilie, ellos dejaron la cuidad, y a pie no pudo ir muy lejos.

Nunca antes estuvo más feliz de encontrarse con una mujer de conventillo, odiaba a la gente que hablaba de más, pero esta vez, fue una gran ayuda. Si estaba sola y caminando, no pudo llegar muy lejos, sabía que la encontraría.

Ahora solo quedaba organizar una comitiva que revisara los caminos, tomando otras ciudades como excusa, pero debía llegar a ella, lo antes posible. En estos países también se tomaban judíos, siendo llevados a campos de concentración o asesinados inmediatamente.

Capítulo Décimo Cuarto

Pasó una semana, los pies de Hannah estaban recuperados gracias a la pomada milagrosa de Lara, comenzó a ayudar en las labores de la casa, cocinaba o aseaba. Debía agradecer de alguna manera el ser rescatada por Marcel, pudo morir en la calle sin ayuda alguna.

Mientras Stefan recorría cada lugar, cada rincón, toda mujer encontrada viva o muerta podía ser Hannah.

—Me pregunto, porque una mujer alemana escapa de su propio ejército, de su propio país.

—Marcel, se han cometido actos imperdonables por Alemania, no puedo estar de acuerdo con toda la matanza de esas personas, no puedo.

—Nosotros somos judíos, esperamos que no lleguen aquí, sabemos que al invadir un país, hacen un catastro de todos los habitantes judíos, no puedo permitir que le hagan daño a mis hijas, son lo único que tengo.

—Yo te ayudaré Marcel, además Sophie me dijo que tienes un escondite bajo la casa.

—Sí, yo haré todo por salvarlas.

—Eres un magnífico padre, mi padre era como tú, dio todo por mantenerme a salvo. Yo ahora estoy sola, mis hermanas lejos del país, mis padres ya no están.

Marcel tomó la mano de Hannah con cariño, sintiendo la soledad a través de sus palabras, de su mirada, le parecía una joven muy linda para vivir la vida de esa manera, corriendo, escapando. Las niñas rápidamente congeniaron y se encariñaron con Hannah que siempre fue muy dulce, a pesar de ser muy joven, la presencia de una mujer suplía la ausencia de la madre. Todas las mañanas le hacía diferentes peinados a la pequeña Sophie, quien feliz enseñaba a su padre los peinados maravillosos que Hannah le hacía.

Los bombardeos se sentían cada vez más cerca, Marcel estaba preocupado por los alimentos, fueron una mañana hasta el pueblo para poder abastecerse, debían estar preparados para cualquier ataque.

Compraron harina, suministros básicos, muchas cosas en conserva para poder pasar un tiempo. Hannah caminaba por la cuidad cuando vio que se acercaba una comitiva alemana, las personas comenzaron a correr por todos lados, los gritos de horror retumbaban entre las calles, rápidamente tomó a Sophie de la mano corriendo donde estaba Marcel junto a Lara. Los cuatro

fueron al pequeño camión que maneja Marcel, subieron todo para emprender el regreso, pero los soldados ya habían tomado todo el lugar, los reunieron a todos en la avenida principal ,todos temían lo peor, ser acribillados en ese mismo lugar.

Los alemanes hablaron, avisando que la ciudad estaba bajo su poder, ahora es su gobierno, ellos asumieron el control total, un soldado se acercó hasta el reloj de la plaza cambiando la hora, ahora vivían en tiempo alemán. Hannah mantuvo su cabeza gacha. Luego de dar las instrucciones respectiva sobre ellos y los que ocuparían las mejores casas para que sus oficiales vivieran mientras estaban tomando el control en la cuidad, todos pudieron todos regresar a sus hogares. Rápidamente subieron al pequeño camión para regresar, como su casa quedaba muy lejos de la ciudad, no eran considerados para que un oficial o un soldado viviesen ahí. Estaban a resguardo aun. Cuando llegaron Lara y Sophie limpiaron el escondite bajo la casa, guardaron algunas provisiones, y ropa de abrigo, además de una lámpara a gas y una cocinilla. Marcel bebía un vaso de vino sentado en el jardín junto a Hannah, cuando divisaron un auto que viajaba rápidamente en su dirección. Ambos se miraron con temor, no sabían que sucedería.

—Quizás nos descubrieron, somos judíos, quizás vienen por nosotros.

—Marcel, no lo permitiré, yo te ayudaré. Lo prometo.

Las niñas corriendo dentro de la casa, para esconderse, Hannah estaba nerviosa, sus mano tiritaban y su estómago dolía, sus manos se humedecía.n producto del miedo. El auto se detuvo y de este bajó el conductor, su corazón se paralizó, como era esto posible —¿creíste que podrías escapar de mi así, fácilmente. —Stefan estaba frente a ella, solo él estaba en el vehículo. Hannah retrocedió unos pasos y –Marcel la sostuvo desde el brazo.

—No permitiré que le haga daño a esta mujer, no lo haré.

—¿A él usas ahora para protegerte?, ¿es así como tus padres te enseñaron?, ser una ramera sin importar que, solo tu protección.

—No le hable así, no lo permito.

—Tú no eres nadie para permitirme o no hablarle a mi mujer, ella es mi esposa y vengo por ella.

—No iré, no puedo.

—¿Qué es lo que quieres de mi? ¡¡AH!! Vamos dilo… ¿qué más quieres de mi?

—Marcel por favor, nos permites, ve a las niñas deben estar preocupadas.

—¿Estarás bien?

—Por supuesto que estará bien, soy su maldito esposo.

—Ve tranquil. —dijo colocando su mano en el brazo de Marcel, causando una rabia y celos enormes en Stefan.

—¿Ahora él es tu amante?, ¿lo usas para salvarte?

—Por favor, esto es lo mejor, tu deseas cumplir tu deber, quieres ser fiel a tu país, a tu Reich, no puedo contra eso, yo solo soy una mujer —Stefan dio unos pasos para acerarse más a ella.

—No eres solo una mujer, eres mi mujer, la mujer que amo.

Los ojos de Hannah se llenaron de lágrimas de emoción, ella también lo amaba y lo había extrañado mucho, pero no podía estar a su lado si él estaba haciendo todo eso. Ella dio otro paso, quedando aún más cerca, con su mano derecha acarició el rostro de Stefan, sintiendo su piel, cálida, como lo había extrañado todo este tiempo.

—Yo te amo, de verdad, te amo.

—Regresa a mí, por favor, vive conmigo. Su rostro, sus ojos, todo demostraba el más profundo y sincero amor, la necesitaba en su vida tanto como el aire en sus pulmones, daría todo por ella, necesitaba que ella entendiera eso de una vez.

—No puedo, tu deber se contrapone a lo que soy, a lo que siento, y quiero, no puedo estar sin sentir nada, viendo que tu tomas las vidas de miles de persona inocentes, por la orden de un superior, que cree que es mucho mejor que todos nosotros, yo creo que nos teme, por eso nos elimina, tiene miedo, yo no puedo vivir junto a un hombre que asesina gente inocente.

—Yo no lo hago —trataba de excusarse para obtener su perdón de manera desesperada.

—Pero das la orden, o la transmites cuando viene de un superior, dijiste que no traicionarías a tu país, no por mi… entonces ¿qué voy a hacer?

—Hannah.

Vieron que se acercaba otro vehículo, un camión pequeño, claro uno nazi, Hannah miró con asombro a Stefan, el había enviado a sus soldados por ellos, todo esto era un trampa.

—¿Tú los enviaste aquí?... ¿para qué me lleven otra vez a ese horrible lugar…?

—No Hannah, yo vine solo, no sé qué sucede aquí, pero tranquila, todo saldrá bien.

—¿Cómo pudiste?, ¿cómo pudiste?

El vehículo se detuvo, bajaron cuatro soldados, le dijeron a Stefan que tenían información de que los que vivían en esta casa son judíos. Stefan les recibió la orden, claro salía el nombre de Marcel Fabreaux y su hijas, miró a los hombres —estas personas no son judías, yo las conozco —los soldados se miraron y no sabían que hacer —tenemos ordenes de llevarlos a todos, en el pueblo dicen que cobijan a una judía de Alemania también —eso lo hizo perder la paciencia, los miró fijamente pidiéndoles que se fueran del lugar, que ahí todo estaba bien, pero el sargento a cargo, intervino. —Herr Kommandant tenemos la orden de llevarnos a todo. —Stefan vio el horror en la mirada de su mujer, debía hacer algo para salvarla ahora o nunca más podría hacerlo, sacando rápidamente su arma, les disparó de muerte a todos, pero uno de ellos reaccionó dándole en el brazo. Stefan volvió a disparar y lo hirió de muerte. Hannah llevó sus manos a su boca, —ahora estas a salv. —dijo mirándola, —¿qué fue lo que hiciste. —lo miró con horror, el había sentenciado su vida con esta acción. Marcel apareció rápidamente, pesando que los habían atacado, pero vio que ellos estaban bien, dirigiéndose a Marcel dij. —empaquen y váyanse de aquí ahora. Lo más lejos que puedan. Tú vienes conmigo, yo arreglaré esto —Stefan le dio órdenes de ir lo más lejos posible, buscando caminos internos, que no fuesen encontrados por los soldados, el diría que fue un ataque de asaltantes, —váyanse ahora por favor, gracias por cuidar de Hannah, gracias

***

Cuando regresó a la ciudad, dejó a Hannah en un hotel, pidió una habitación para los dos, el hombre lleno de temor le entregó la mejor que poseía. Hannah abrió su ajada maleta, que aún tenía la foto de sus padres y las joyas, pero su ropa estaba muy a mal traer. Ella se dio un baño de tina que el mandó a preparar a la encargada del hotel, sumergida en el agua, llevó su mano derecha a su vientre, debía enfrentarlo y decirle que además de escaparse se había llevado con ella a su hijo, desde que se había ido de Alemania que su sangre no bajó otra vez, eso ya unos tres meses. Sintió ruidos en la sala, la puerta del baño se abrió, Stefan la miró dándole una tierna y feliz sonrisa. Ella solo miró su vientre, cargaba dentro de ella un hijo, no sabía si estar feliz o triste.

—¿Qué sucede? —preguntó acercándose, como había deseado ver su cuerpo, sentir su piel otra vez, rosándose con la suya, poder besarla o solo

sostenerla con fuerza entre sus brazos. —Estas como perdid. —dijo sentándose en una silla junto a la tina.

—Solo estoy preocupada por Marcel y sus hijas.

—Si van por caminos internos no les sucederá nada, tranquila.

—Ellos me ayudaron, me recogieron cuando estaba herida, en la calle.

—Le debo mucho, pero por ahora, mi mayor preocupación es cuidar de ti, protegerte y evitar que escapes otra vez de mí. —tomó su mano colocando en su dedo otra vez la sortija de matrimonio.

—No lo haré, lo prometo. —dijo mirando su mano ahora con su sortija en su lugar, sonrió feliz. —Stefan yo… debo decirte algo muy importante.

—Te buscaré un lugar donde puedas estar a salvo, no podré estar junto a ti un tiempo, debo resolver unos asuntos y yo…

—Estoy embarazada, si no me equivoco lo estoy, al menos unos meses.

—¿Estás segura? ¿Embarazada?...cuando me dejaste ¿ya lo sabías?

—No estaba segura.

—¿Y aún así me dejaste?, con mi hijo dentro de ti, ¿cómo pudiste ser tan irresponsable?, la única manera en la que puedo protegerte, es que te quedes a mi lado, sin importar que haga o suceda, tu padre me pidió mantenerte a salvo.

—¿Qué?... ¿mi padre? —sus ojos se llenaron del más profundo dolor.

—Estaba herido de gravedad, cuando me acerqué a todas las personas, tu madre sostenía la fotografía que tomé con cuidado, tu padre solo balbuceó que te cuidara, y es lo que haré, pero debes dejar de huir.

—Lo haré, lo prometo, lo haré.

Ella salió de la tina, envuelta por una toalla en los brazos de Stefan que solo deseaba con locura poder estar junto a ella. La secó con cuidado para luego dejarla sobre la cama, la miró recorriéndola completamente, como si fuese esta la primera vez que lo hacía. Quitándose su uniforme se recostó a su lado, acariciándola desde las piernas para detenerse en ese inexistente vientre, para besarlo con amor, apoyando su cabeza en el, apretando sus ojos, sintiéndose un esposo, un padre y hombre de familia, como lo había deseado hace mucho tiempo, todo esto era muy inefable para él, confuso todos los sentimientos que lo envolvían, pero estaba feliz de que así sucediera todo. Su pecho se llenaba de un sentimiento que se estaba haciendo muy común desde que había conocido a Hannah, y simplemente es amor, sus ojos se conectaron, sus perfectos ojos de color azul profundo con los avellana de Hannah, acercó su boca a la de su esposa, besándola con delicadeza, como tanteando todo,

hasta que el beso se profundizó, se hizo parte del deseo de ambos, poco a poco se acomodó sobre su mujer, acariciándola íntimamente como tanto lo había deseado, su sexo ya estaba húmedo y caliente esperando por él, —Te am. —dijo mirándola a los ojos —Hannah sonrió feliz, respondiendo de igual manera, —yo también te amo —ahora, con mucho cuidado pero sin menos ímpetu y deseo su miembro la penetraba, sintiendo todo ese maravilloso placer que el cuerpo de ambos se entregaban. Cerró sus ojos entrando en la cavidad de su mujer, sintiéndose cobijado y lleno de placer con tan solo este simple contacto, Hannah arqueó su cuerpo, soltando un gemido de placer, ella se abría poco a poco para él, dejándolo entrar completamente, acoplándose a su cuerpo, formando solo uno, cada embestida de Stefan les brindaba un inmenso placer, sus cuerpos se acoplaban mejor, se unían a la perfección, Estaban juntos otra vez. Amándose, como debió ser desde un principio.

Capítulo Décimo Quinto

Hannah no quería que ese día terminase, estaba rodeada por los brazos fuertes y protectores de su esposo, el hombre que ha dado todo por ella, se giró para poder mirarlo a los ojos, el lucía muy feliz, satisfecho, casi pletórico, sonrió besándola en la frente. —Todo será diferente ahora, ya verás, seremos felice. —Hannah sonrió, si Stefan lo decía., así debía ser, ya no dudaría más de él ni de su amor, estando juntos todo podía ser posible. Debía presentarse con sus hombres, debía continuar con el avance y revisión, le pidió que se quedara en la habitación, vería como escapar de todo eso y poder regresar otra vez a Berlín.

Cuando se presentó con sus soldados, todos murmuraban, no lograba entender que sucedía así que pidió ser informado.

—Herr Kommandant, ayer un grupo que fue por unos malditos judíos, pero fueron atacados tres están muertos y uno está gravemente herido, esperamos que despierte y nos diga quienes fueron, seño. —el solo asintió, si ese hombre despertaba y hablaba algo podía incriminarlo, aunque solo es un soldado y él un alto oficial, pero no podía correr el riesgo. No quiso preocupar innecesariamente a Hannah, pero debía estar al pendiente de lo que sucedía.

Decidió que lo mejor sería irse de ese lugar, como estaba a cargo, dejó en su puesto a otro oficial, subió a su esposa a un vehículo, para salir raudo de ese pueblo. Llamó a sus superiores, avisando que su esposa estaba embarazada y con complicaciones, que debía regresar, por su historial de medallas y condecoraciones, se le extendió un permiso de una semana, bajo estricta confidencia, ya que el Führer nunca hubiese permitido que un oficial dejase su puesto, esto solo quedaba entre su superior, amigo de la familia por años y el. Un avión los llevó hasta Alemania, el viaje fue muy complicado, pero lograron cruzar el espacio aéreo en combate. Llegaron hasta su casa en Berlín. Tomándola entre sus brazos subió la escala con ella, para dejarla sobre la cama, Hannah no se sentía muy bien. Stefan se quitó su chaqueta y vio la mancha de sangre en su camisa, la herida que había vendado estaba sangrando otra vez. Bajo hasta la cocina para buscar agua limpia y poder limpiar su herida. El ama de llaves entraba en ese momento con comida, le habían avisado que el regresaba ese día.

—Herr Kommandant, bienvenido a su hoga. —dijo saludando muy feliz de verlo, pero notó su brazo —¿está herido. —dijo al ver su camisa con sangre.

—Si, es algo superficial pero no deja de sangrar.

—Permítame que le atiendo su herida ¿y su esposa?

—Ella duerme arriba, no se siente muy bien, está embarazada.

—Felicidades señor. —dijo con un dejo de malestar, a ella no le agradaba para nada la señora de la casa, y si mucho Stefan, sabía que algo sucedía, que ella algo ocultaba y estaba empecinada en descubrir que es lo que esa mujercita, ocultaba.

—Estaré unos días aquí. Para que disponga de todo lo necesario.

—Si Herr Kommandant, por supuesto.

Luego de que vendó su herida, subió para ver a Hannah, que dormía plácidamente sobre la cama, la cubrió con otra manta ya que estaba haciendo frío. Ella se despertó al sentirlo andar en la habitación. —¿Qué hora es? —preguntó aún algo adormilada.

—Son las cinco de la tarde ¿tienes hambre?

—Si, un poco. En realidad mucha. —Sonrió un poco avergonzada.

—Vamos, bajemos —le diré a la Sra. Müller que prepare algo para ti.

—¿Puedo ver a la señora Fremont. —dijo levantándose de la cama con cautela.

—Sí, yo mismo te llevaré lo prometo. —acarició con ternura su rostro, tomando entre sus fuertes manos el ovalo de su rostro, estaba muy pálida, eso lo tenía muy preocupado. —pero ahora por favor necesito que descanses, comas algo y luego le diré al médico que venga a verte.

—¿Médico?... ¿Qué médico? —oír de médicos alemanes solo la llenaba de temor.

El teléfono de la casa sonó, la señora Müller subió para avisar que el doctor Klausen estaba al teléfono. La mirada de preocupación de su esposo, le dijo que algo no andaba bien, bajó rápidamente para atender la llamada, Hannah se levantó, fue tras él con mucho cuidado. Al verla le pidió que esperara un momento, a lo que Hannah atendió sentándose sobre la cama, esperando que su esposo se desocuparse. Luego de unos minutos, el regresó, su expresión no era la mejor.

—El doctor Klausen es mi tío, viene para acá, está en Berlín, están muy molestos porque me casé sin decirle a nadie.

—Eres un hombre, no un niño, ¿por qué tendrías que comunicar todos tus

movimientos?

—Mi familia, tenía una buena relación con otra, y mis padres esperaban que mi matrimonio fuese con su hija.

—Ah, y ahora tienes una esposa judía, que de seguro mandarán a la cámara de gas.

—Ellos no pueden saber esto, Hannah esto que me contaste, no se lo digas a nadie, mantenlo así, solo yo. Mi tío habló con mi padre que tiene grandes influencias y tengo un permiso para ausentarme un tiempo, por ti, por mi familia, mi padre no está muy bien.

—¿Qué harás?, ¿irás donde ellos. —dijo temiendo quedarse sola en ese lugar.

—Iremos, tu y yo, eres mi esposa, esperas a mi hijo, iremos juntos hasta Weimar, a la casa de mis padres.

—¿Conocer a tu familia?

—Es tu familia ahora, te querrán y aceptarán, lo sé.

—Solo hasta que sepan la verdad, luego…

—Ellos no sabrán nada, yo te protegeré, siempre.

Esa noche, llegó hasta la casa el doctor Klausen, un hombre de apariencia temible, mirada gélida, voz baja pero tenebrosa. Saludó de la mano a su sobrino y luego le dio una palmada en el brazo, le entregó su abrigo a la ama de llaves junto con su maleta. Pasaron a la sala para conversar, había mucho que decir, hace más de dos años que no se veían.

—Tu padre está enfermo su corazón no ha funcionado nada bien, tu madre está muy preocupada.

—Lamento no poder ir a visitarlo, pero todo esto se desató y estuve a cargo de unos campos y luego de estrategia en guerra. Ha sido muy complicado

—Pero si encontraste tiempo para casarte, tu madre estaba deshecha cuando se enteró de que eres un hombre casado ahora. Ella no está contenta.

—Mi madre no puede esperar que haga todo lo que ella quiere, ya seguí siempre las reglas de mi padre, he hecho todo lo que me ordenó hacer, ahora es mi tiempo, mi vida.

—La novia que tenían para ti es una mujer muy linda, la vi la última vez que los visité, no recuerdo su nombre.

—Kerstin… su nombre es Kerstin…tío.

—Espero que tenga tu esposa algo bueno para la cena.

—La señora Müller se encarga de la casa, Hannah esta delicada y necesito que repose, además solo llegamos hoy.

—¿De dónde?

—Ella visitaba a una familia que vivía en Francia, como fue tomado, ella se encontraba en Paris mientras fue el bombardeo.

—¿Por qué permitiste que tu esposa saliera del país en tiempo de invasión? no debiste dejarla ir.

—Eso es algo, bueno está embarazada y no está muy bien.

—Además te buscaste una mujer débil. Ahora sí que tu madre no estará nada feliz, ella te quiere en casa, debes ir como te dije por teléfono.

—Si tío, viajaremos.

—Bien si tú esposa no está bien, déjame revisarla, veremos si puede viajar contigo.

Luego de revisar exhaustivamente a Hannah, su tío dijo que debía mantener reposo al menos unas dos semanas antes de viajar, la encontró muy débil, y podía perder el hijo, su embarazo está un poco complicado. Su tío ordenó que el viajase primero, pero Stefan se negó, se quedaría cuidando de su mujer, al asegurarse de que todo estaba bien, ambos viajarían con destino Weimar.

Al terminar la cena, su tío se marchó, dejando más preocupada que tranquila a Hannah. Ahora se sentía temerosa de encontrarse en ese lugar con la mujer que la familia de Stefan deseó para él, la mujer de la sangre correcta. Se recostó en la cama mientras su marido se quitaba el uniforme, había comenzado a llover intensamente.

—¿Cuánto tiempo estarás de permiso?

—No lo sé, quizá un mes, mi tío consiguió liberarme, mi padre no estaba muy bien, te hará bien estar lejos de todo.

—Estaré rodeada de lo que más temo.

—¿Yo soy parte de lo temes?

—Tú eres la excepción a todos, el único soldado nazi que no es un animal.

—Todo saldrá bien, lo prometo, yo estaré ahí para ti, siempre, porque te amo.

—Esa mujer de la que tu tío habló. —dijo sin mirarlo al preguntar se delataba de haber escuchado la conversación.

—¿Escuchaste todo. —sin mirarla caminó hasta la ventana.

—Si, lo escuché, esa mujer estará allá.

—De seguro irá de visita en algunas ocasiones, su familia es amiga de la

mía. Pero quiero que entiendas solo una cosa, tu eres la mujer que yo escogí, yo te amo, y a pesar de saber todo de ti, nada de eso impide mi amor, nada de lo que nos podría separar lo hará, porque no me interesa, lo único que yo necesito es saber que tú me amas y que siempre estarás junto a mí, a pesar de todo.

—Para siempre, es mucho tiempo, no sabemos qué sucederá, pero yo te amo, a pesar de todo, te amo.

***

Unos días después, ahora que se sentía mucho mejor, Stefan la llevó hasta la casa de la señora Fremont, ambas al verse se estrecharon en un gran abrazo, ambas lloraron. La pobre se sentía muy sola, con su marido muerto y su hija que después de terminar con su novio, se había hecho parte del partido nacional socialista, vivía a la casa de Judíos, polacos, gitanos, enfermos, todo los que el régimen del Führer. Se había convertido en otra persona, una que ella no podía aceptar y solo discutían cuando rara vez la visitaba. Hannah le contó de su embarazo, de la triste noticia de sus padres, pero lo bueno fue que pudo compartir junto a ellos antes de que todo ese horror llegase a ellos. Se cobijó en su cálido pecho de madre, la señora Fremont la contuvo, la escuchó y ambas ahora se tenían una a la otra, parecían a simple vista madre e hija, ambas se querían y eso es muy importante para Hannah que se sentía sola en la vida, sola de familia, ahora solo contaba con el apoyo de su marido, siempre quiso vivir una vida con toda la familia reunida, todo en una mesa larga, sus padres, sus hermanas y sus cuñados, en un futuro sobrinos, sus propios hijos y su esposo, todos reunidos como una familia feliz, ahora claro a este sueño se unía la señora Fremont, como parte de su familia.

Con el bebe ya seguro dentro del vientre de Hannah, Stefan decidió viajar hasta Weimar, el viaje no fue muy alentador para Hannah, que en todo lugar se encontraba con las tropas alemanas y camiones cargados de prisioneros judíos en su mayoría, llevados a los campos de exterminio o de concentración, al ver el rostro de preocupación de su esposa Stefan rápidamente le instaba a hablar y no mirar por la ventana del automóvil o del tren.

Esperaban que en la estación de Weimar bajasen el vehículo del vagón de carga, cuando la lluvia comenzó a caer suavemente, Stefan hablaba con uno de los oficiales a cargo de esa estación, mientras Hannah se dejaba mojar por las suaves gotas de lluvia, adoraba la lluvia, recordaba cuando era solo una niña y su madre les ponía un abrigo y las dejaba salir a caminar bajo la lluvia, un

evento que ninguna se perdía. Con sus ojos cerrados y su cabeza hacia atrás dejaba caer las suaves gotas en su rostro. Sonrió feliz con los recuerdos que vinieron a su mente, en ese instante Stefan la vio y caminó hasta ella, rodándola con sus brazos por la cintura, la estrechó a su cuerpo —se que adoras la lluvi. —dijo el sonriendo— Nuestro primer beso fue bajo la lluvia —respondió Hannah con gran coquetería—, un beso bajo la lluvia que jamás olvidaré. —respondió, dándole un suave beso en los labios.

Luego de que los soldados bajaron el auto, ambos continuaron con su viaje, ya faltaba poco para llegar hasta la casa de los padres de Stefan.

Cuando tomaron el camino rural que los sacaba de la carretera, Stefan dijo —de aquí en adelante es de mis padres —Era un paisaje maravilloso, un campo vasto y verde, ya cerca de la casa una laguna con algunos patos blancos, que graznaron al sonido del vehículo. Hannah sonrió al verlos, dando una vuelta en el camino estaba antes ellos la gran casa de los Klausen, una casa en ladrillo, pintada de blanco, con el techo en gris, muchas ventanas, todas con persianas de madera por fuera en color azul. Una gran puerta de hoja doble en la entrada con unos escalones de piedra que llevaban hasta ella. Stefan detuvo el auto, bajó y le abrió la puerta a ella para ayudarla a bajar.

—Tranquila, todo va a estar bien.

—Tengo miedo, siento que en mi frente dice judía y que ellos lo notarán, puede haber problemas para nosotros.

—No tendremos problemas, nada malo sucederá, aquí estarás protegida de todo, lo prometo.

Capítulo Décimo Sexto

La gran puerta de la casa se abrió, apareció una mujer con delantal muy feliz de ver a Stefan, acercándose hasta ellos lo saludó acariciándole las mejillas, miró con indiferencia a la mujer que acompañaba a su querido Stefan, el se dio cuenta de esto y dijo —Helga, ella es Hannah mi esposa, debe ser atendida como lo haces conmigo —la mujer sonrió e hizo un movimiento de cabeza ante ella. Entraron en la casa, un joven se hizo cargo de las maletas, bajando la escala venía una mujer de moño elegante, de cabello claro y cano, vestida con una falda verde de lana y una blusa blanca con un lindo sweater de cachemir en color negro, con mirada fría, incluso para su hijo.

—Pensé que no vendrías nunca a ver a tus padres, ¿qué esperabas? —se quedó de pie mirándolo fijamente.

—Madre tengo un cargo de gran importancia en el régimen y estábamos planeando una invasión y ahora estamos en guerra, no puedo estar viviendo a visitarte todos los fines de semana, bien, quiero presentarte a mi esposa, ella es Hannah. —intentó saludarla estirando su mano, pero la mujer no le dio ni al chance para un saludo, ni siquiera una mirada.

—Eso es lo otro, me entero por tu tío que estas casado, ¿qué es lo que sucede contigo?

—Madre por favor, no seas grosera, esta no es la manera de recibirnos, es mi esposa, ella espera a tu nieto, tu primer y único nieto.

—Bien, clar. —dijo respirando profundo —mucho gusto en conocerte Hannah, espero que seas una mujer con la cabeza bien puesta, no como mi hijo.

—Es un gusto conocerla señora.

—Vamos pasen, Frederick llevará sus maletas a la habitación, ahora tú debes descansar del viaje, estas en cinta y tu ve a la habitación donde está tu padre, estará feliz de verte.

—Dejaré a Hannah en la habitación, luego iré hasta donde mi padre, permiso madre.

—Pediré que les preparen algo de comer, o esperamos a la cena solo faltan dos horas.

—Le puedes traer algo de fruta a Hannah, por favor madre.

—Claro, pediré que le lleven a la habitación.

Entraron en la que fue la habitación de Stefan cuando joven, pero tenía una

gran cama, una banqueta a los pies de esta en terciopelo azul y varios muebles, Hannah se acercó hasta la ventana, donde podía mirar la majestuosidad del lugar. Sonrió al pensar en su marido corriendo por los pasillos y en aquel gran jardín. Entró una empleada con un plato con manzana, uva y algunas frutillas. Sentándose sobre la cama, quitó sus zapatos, ya le dolían mucho los pies. Stefan colocándose a su lado tomó una de sus manos para llevarlas a sus labios, le dio una sonrisa cargada de amor, guiñando un ojo le dio todo su apoyo. Bien, ahora debía visitar a su padre, así que besando a su mujer en los labios antes de salir, se dirigió hasta donde su padre.

Hannah comió la fruta y luego durmió estaba muy cansada por todo el viaje.

Stefan conversó con su padre, este estaba feliz de los logros en el ejército, no veía con bueno ojos que se casara con una mujer que nadie conocía, ellos siempre pensaron que se casaría con la hija de los Von Goethe, Kerstin que visitaba asiduamente la casa esperando que Stefan llegase en algún momento, de seguro habría algún problema con ella y su nueva nuera. Le felicitó por sus avances en la invasión, sobre todo por la contención de la plaga que han sido todos los judíos, gitanos, enfermos y polacos. Cada vez que se refería a los judíos de esa manera tan despreciable, Stefan sentía que su pecho se apretaba, sentía deseos de gritarle y pedirle que no se refiriese a ellos de esa manera, Hannah es su esposa y es judía, eso no lo puede negar, pero nadie podía enterarse de eso. Luego de que Hannah despertó, se dio un baño y cambió su ropa, la cena era elegante, menos mal que tenía un vestido apropiado para ese evento, Stefan le prometió hablar con una costurera para que esta le hiciese unos vestidos para usar en los eventos que su madre suele organizar. Al menos esa noche pasó todo muy tranquilo, no había invitados y solo fueron los tres, su padre cenaba en la habitación, aún no estaba con el alta médica.

Cuando amaneció, Hannah estiró su brazo revisando la cama, pero estaba sola. Rápidamente se levantó de la cama buscándolo, pero Stefan no estaba en el baño, se acercó a la ventana de la habitación y lo vio con un hombre al parecer de su misma edad conversando en el jardín. Sintió un calofrío recorrer su espalda. No se sentía para nada segura en ese lugar, estaba rodeada del enemigo. Entró en la ducha y luego bajó hasta el salón, Helga apareció de pronto dándole una fría mirada de pies a cabeza —todos tomaron desayuno ya, aquí se levantan muy tempran. —dijo en tono brusco, Hannah solo la miró y trato de salir de ese lugar, pero la mujer continuó hablando de los horarios y

que ya no podían atenderla a esa hora, pero una voz salió al paso para ayudarla —creo que cuando llegué ayer fui muy claro Helga, es mi esposa con la que hablas y si ella quiere desayunar ahora, lo har. —la mujer solo agachó la cabeza, Stefan tomando a su mujer del brazo, no sin antes darle un tierno beso en la frente caminó con ella hasta la cocina. En esta trabajaban tres mujeres que saludaron al verlos entrar.

—Herr Kommandant sea usted bienvenido. —dijo una de las mujeres, saludándolo con mucha emoción.

—Amor, ella es Gretchen, ha trabajado aquí desde que soy pequeño.

—Es un gusto conocerla —saludó amablemente Hannah, la robusta mujer le dio una sonrisa cándida.

—¿Qué desea comer?, me imagino que tiene hambre.

—No tomó desayuno, estaba descansando, mi esposa está embarazada, seré padre en algunos meses, así que por favor cuídemela mucho.

—Claro que sí, eso haremos de inmediato.

La mujer muy diligentemente le sirvió un vaso de jugo de naranja, además de frutas. Luego de comer Stefan la tomó de la mano para llevarla hasta la habitación de su padre, el quería conocerse a la mujer de su hijo, la noche anterior estaba muy cansado y quería estar presentable para conocerla.

Cuando entraron en la habitación, se encontró con un hombre sentado sobre un gran sillón de color verde, un hombre con la mirada dura, fría, sus ojos son exactamente como los de Stefan. Le dio una mirada de pies a cabeza a Hannah. La saludó con frialdad y los invitó a sentarse.

—¿De qué parte de Alemania eres tú? —preguntó de manera inquisidora, mirándola fijamente.

—Hannah vivía en Austria padre, recuerda que te lo dije anoche.

—¿Austria?, estaba llena de judíos, ¿cómo fue que la encontraste? —su voz era a cada segundo más intimidante, Hannah sentía miedo de equivocarse en responder, no sabía que decir.

—La conocí en un café, la primera vez que la vi, estaba ella con sus amigas, luego…

—¿Un café? Esa no es la mejor manera de conocer a una mujer, lo mejor es una reunión familiar o de amigos.

—Así fue padre, en la casa de un médico amigo que trabaja con el doctor Mengele, ahí estaba Hannah.

—Bien, si conoce a esas personas está bien.

—¿Tus padres donde están?

—¿Mis padres…? ellos, ellos. —miró con temor a Stefan como decirle que su padres murieron en una campo de concentración, no podía mencionar eso.

—Los padres de Hannah murieron en un accidente padre —respondió ayudándola a salir de todo ese momento duro e incómodo.

—¿Y eso no lo puede decir ella?, ¿que eres su interlocutor. —dijo dándoles la peor mirada posible.

—Esto fue hace unos pocos meses, ella aún no supera este hecho.

—Yo no me siento muy bien Stefan, por favor, ¿puedo ir hasta la habitación?

—Claro querida, te acompaño.

—Ella sabe el camino, tú y yo debemos conversa. —dijo mirando a su hijo.

Solo acompañó a su mujer hasta la puerta, la besó en la frente y luego entró otra vez en la habitación con su padre. La conversación no fue grata, no le gustó la mujer de su hijo, dijo que al verla parecía una judía cualquiera, su aspecto su mirada. Le reclamó una y otra vez su actuar, como un oficial condecorado y de alto rango debía tomar mejor sus opciones y para el matrimonio siempre esta fue Kerstin Von Goethe. Durante más de media hora le habló de su error, un error que le costaría en su futuro, en su vida, Stefan solo deseaba callarlo de una buena vez y llevarse a Hannah de ese lugar, no permitiría que ella fuese tratada de esta forma nunca, pero no sabe porque no lo hizo. Su padre siempre fue una presencia de autoridad, soberanía y respeto, no podía decir algo a todo lo que habló de su decisión y de su mujer. Lo peor fue que Hannah se quedó detrás de la puerta oyendo absolutamente todo lo que su ahora suegro decía., el silencio absoluto de su esposo fue terrible para ella, como podía protegerla si no fue capaz de alzar la voz para defenderla de algo tan simple como palabras.

***

Estaba sentada sobre una piedra grande del jardín trasero, miraba lo majestuoso del lugar, de seguro si su madre viviese le encantaría estar en un lugar así, se le vino a la mente sus hermanas, solo quería poder abrazarlas, solo deseaba un instante antes de que algo malo sucediera con ellas otra vez, verlas bien y sobre todo felices.

Recordaba aquel día en que a Margot le presentaron a Theodore le pareció

un hombre simple y sin gracia, además el todo compuesto, no podía creer que su padre pensara en que se casaría con ese hombre sin ningún atractivo además de su rostro.

Luego de unas cuantas citas, Margot ya no dejaba de hablar de aquel hombre tan maravilloso que es Theodore Silver, el hombre más apuesto, galante, perfecto de todo el mundo. Cecil y ella reían al ver a su hermana tan entregada, después de que juró ante Ha Shenm, que nunca miraría con otros ojos a ese hombre que no despertaba en ella ni el más mínimo interés. Como añoraba aquellos días, donde lo único que realmente les preocupaba era si estaría lindo el día o no para usar un vestido sin mangas. Cerró sus ojos derramando algunas lágrimas como extrañaba a sus hermanas, a Cecil con su singular risa, con su amor profundo y honesto por Adam Stein, solo deseaba sentir el calor del abrazo fraternal, estaba desesperada ya sin poder saber nada, además rodeada por el enemigo que la quería ver quemada o asfixiada en una cámara de gas. Limpió su rostro de las lágrimas, pero un pañuelo apareció ante ella.

—Bien dicen que las mujeres se ponen más sensibles con el embarazo —la voz era masculina y no la conocía, levantó su cabeza, para ver quien le tendía tan amablemente el pañuelo, vio que era el mismo hombre que hablaba temprano con Stefan en el jardín. —No hemos sido presentado formalmente, mi nombre es Bruno Wagne. —dijo estirando su mano para saludarla— Amigo de Stefan.

—Mucho gusto, mi nombre es Hannah, yo lo vi temprano conversando en el jardín junto a Stefan.

—Me enteré anoche que estaban aquí y vine a saludar, estaba dando una vuelta a caballo, adoro montar.

—Aquí hay mucho espacio para eso. —respondió dando una mirada a lo vasto de todo ese lugar.

—Yo vivo en la siguiente propiedad, vivo solo y es por eso que paso mucho tiempo aquí, visitando a los padres de Stefan, están solos la mayor parte del tiempo.

—¿Y sus padres...? —preguntó con algo de temor.

—Ellos murieron, hace unos años, soy un soltero.

—Lo lamento mucho, disculpe yo voy a regresar ya, quiero tomar un té, tengo un poco de frío.

—Claro, vamos la acompaño.

Capítulo Décimo Séptimo

A medida que se acercaban a la casa, Hannah vio a su esposo, pero no estaba solo, había una mujer de cabellos dorados, joven con él, lo sostenía del brazo, sonriendo feliz, le coqueteaba descaradamente mientras caminaban por el jardín. Cuando Stefan vio que su esposa se acercaba junto a Bruno Wagner no le pareció muy bien, desde donde venían juntos. La mirada de Hannah no fue menos decidora al verlo junto a esa mujer, que ya suponía quien era.

—Hannah veo que ya conociste a Bruno.

—Si, ya nos conocimo. —dijo dándole una mirada fija a la mujer que acompañaba a su marido.

—Ella es Kerstin Von Goethe, es amiga de la familia.

—Claro ya había oído de ti, un gusto.

—Qué bien que ya sabías de mí, eso quiere decir que Stefan no me olvido como yo pensé.

—Cuando hablamos, no me contaste que tu esposa es una mujer tan bella, eso te lo reservaste Stefan. —intervino Bruno.

—Hannah vamos dentro esta helado y tú estás sin sweater, vamos.

—Vamos todos, tomemos un trago vamos. Este reencuentro hay que celebrarlo.

Si Kerstin estaba molesta por el matrimonio de Stefan con Hannah, lo disimulaba muy bien y eso la llenó de temor, una mujer capaz de esconder todos sus sentimientos, es muy peligrosa. Una vez dentro de la casa, Hannah miró a su esposo para decirle que iría hasta la habitación, no estaba de ánimos para compartir con esa mujer. Stefan se disculpó con sus amigos para subir junto a su esposa un momento.

—Pero que sucede, vamos será entretenido

—Compartir junto a la mujer que tu padre quiso siempre para ti, la mujer correcta, no haré eso Stefan. Tu padre dijo que solo parezco una judía, eso fue lo que dijo, y él sabe perfectamente, ¿no? Cuando sepa la verdad, me enviará al campo de exterminio para borrar cualquier rastro de mí

—No digas eso, aquí nadie sabe nada y así se mantendrá, yo dije que te protegería siempre, yo te amo, no me importa lo que…

—Si te importa, te importa, te quedaste callado como un niño, durante todo

el tiempo que tu padre recriminó nuestro matrimonio, no soy nada para él.

—Hannah, nos iremos mañana, lo prometo.

—No prometas nada, porque sé que no harás nada de lo que digas desde ahora, quiero estar sola por favor, ve con tus amigos.

—Hannah.

—Herr Kommandant, usted no puede perder su tiempo por una judía, vamos, no los haga esperar.

Stefan se quedó un momento a poyado en la puerta, mirando a su esposa, haber venido hasta este lugar, al parecer había sido un completo error, no quería perderla, a pesar de las grandes diferencias entre ellos, Stefan se había enamorado profundamente de Hannah no le importaba su condición de judía, solo le importaba que es la mujer que ama y que haría todo por mantenerla a salvo, como lo había dicho ya en contadas ocasiones.

Cuando bajó a la sala, junto a Bruno y Kerstin estaba también su madre, que estaba feliz con las visitas. No preguntó por Hannah, no hizo ningún comentario de que su nuera no estaba presente, Stefan no estuvo cómodo durante las horas que ellos estuvieron ahí, bebieron Jägermeister, luego fueron invitados a cenar. Stefan fue por su mujer a la habitación, Hannah no deseaba compartir con nadie de esa casa, pero por Stefan, que le rogó que no lo dejase solo, aceptó.

—Nos contó Stefan que estas embarazada, no tienes nada de vientre, debes tener muy poco tiemp. —Habló Kerstin mirándola.

—Si, solo son tres meses, casi cuatro.

—Mi tío la revisó en Berlín y dijo que debe tener cuidados ha pasado por mucho estrés. —respondió Stefan tomando la mano de su mujer para llevarla hasta sus labios, gesto que fue seguido minuciosamente por Kerstin, que ya mostraba poco a poco el desagrado de tener que compartir el mismo lugar junto a la esposa del hombre que siempre deseó, porque no es amor, sino deseo.

—Lástima, que estés delicada, así podrías acompañarnos a montar, Stefan es un gran jinete, solíamos dar paseos por todo el lugar, todos los días, claro antes de que ustedes se casaran.

—Claro me imagino, por mí no se preocupen si desean salir, no me molesta.

—Eso es genial, seremos grandes amigas —respondió Kerstin, mientras Stefan la miraba sin poder dar crédito a sus palabras, de seguro algo estaba

tramando su esposa, porque de otra forma no podía aceptar que ellos dos saliesen a pasear juntos.

—Creo que no saldré a cabalgar, vine hasta aquí para poder estar tranquilo unos días, y sobre todo poder pasar tiempo con mi esposa Kerstin, luego debo retomar mis deberes militares y me ausentaré por un tiempo.

—Oh, claro, yo lo entiendo, lo lamento mucho, pero lo entiendo.

—Pero puedes venir a visitarnos cuanto quieras querida, —remató la madre de Stefan con una gran sonrisa, mirando a Kerstin, ella tenía todo su apoyo.

—Gracias señora Klausen, ¿por qué el señor Klausen no ha bajado a cenar?

—Mi esposo ha estado delicado de salud, esta con reposo unos días.

—Si me permite, lo visitaré mañana temprano.

—Claro mi querida, el estará feliz de verte, tu sabes que siempre te ha querido mucho, él quería mucho que tú y mi Stefan contrajeran matrimonio.

—¡Madre por favor! —Exclamó molesto golpeando la mesa. —esto ya no es grato, creo que fue un gran error venir hasta aquí.

—Hijo, como puedes hablarme así, tu sabes que…

—Madre, se muchas cosas, pero no las digo abiertamente, permiso, vamos Hannah, no estaremos un momento más en este lugar.

—Si necesitas algo por favor, cuenta conmig. —dijo Bruno pero dirigiéndose a Hannah.

—Mi esposa está bien Bruno, yo me encargaré de ella si necesita algo. Vamos cariño.

—Si… vamos.

Una vez dentro de la habitación, Stefan daba vueltas como un león enjaulado, estaba fúrico, bebió del licor que estaba en la mesita, pero al terminar su copa, lanzó esta contra la pared, provocando en Hannah el miedo, no lo había visto así de molesto.

—Ellos no te harán daño, no los dejaré, lamento que tuvieses que pasar por esto hoy, perdónam. —dijo apoyando su cabeza con la de su mujer.

—Te amo Stefan, quiero que lo sepas de verdad te amo y yo…

—Yo lo sé, yo también te amo, empaca, nos vamos de aquí.

Hannah ordenaba sus cosas cuando la puerta de la habitación se abrió repentinamente, Bruno entraba para avisar que su padre había sufrido un ataque al corazón y que estaba muy mal, que lo preparaban para llevar al

hospital. Stefan dejó todo lo que hacía, para salir con ellos, Hannah solo lo vio irse. Al rato que todos habían salido al hospital, Kerstin entró en la habitación, Hannah continuaba guardando sus ropas en las maletas.

—No guardes, no se irán, su padre está enfermo y no lo dejará aquí solo por ti, por mucho que lo creas.

—Quizás no lo haga ahora, pero lo hará de igual manera, porque él es mi esposo, quiere mi bienestar y sabe que aquí no lo tendré, y recuérdalo, es mi esposo, yo fui su opción, el me escogió, no fui algo que todos querían imponerle como tú, deberás vivir con eso, ahora sal de la habitación.

—Tienes garras, bien ahora que demuestras quien eres, te enfrentarás a mí, nos vemos.

Hannah continuó guardando todo, pero las horas pasaban y Stefan no regresaba. Se recostó sobre la cama tapándose con un chal para descansar, el cansancio pudo más con ella, entregándose al más profundo sueño, pero no uno reparador, uno horrible donde vio a su madre y su padre muertos en el piso, a Samuel de pie dándole la espalda, con voz susurrante reclamaba su elección, un nazi que había sido el culpable de la muerte de sus padres, un nazi que en la primera oportunidad la había entregado a los soldados para castigarla por lo que él sentía por ella, no la castigaba por ser judía, sino porque él la amaba y ella es judía, un hombre del que nunca podría confiar, un hombre con el que nunca estaría a salvo. Hannah acercándose más a él, lo hizo girar para mirarlo, vio en él un disparo en su frente, la sangre corría por su rostro, Hannah lo acarició en la mejilla, Samuel la acarició y ella sintió lo frío de su piel, le dolía enormemente todo lo que él había vivido. —Debes tener cuidado, el peligro se acerca a ti, no estás segura, yo te amo y te amaré a través del tiempo, cuídate, no estás segura ahí, debes huir, lo antes posibl. —Hannah intentó abrazarlo en su sueño, pero él se desvaneció. Despertó dando un gran salto, estaba agitada, rápidamente a su lado llegó Stefan que había regresado del hospital.

—Estas bien, tuviste una pesadill. —dijo limpiando la lágrimas que corrían por las mejilla de su esposa.

—Vi a mis padres, muertos, ellos… luego a Samuel… él, el.

—¿Quién es Samue. —dijo mirándola fijamente, algo molesto.

—¿Qué...? yo… ¿tu padre cómo está?

—Quedó en el hospital, está muy mal y mi madre no quiere que la deje, no sabe qué hacer, ella esta…

—Claro… ya lo dijo Kerstin, ella te conoce mejor que yo al parecer.

—¿Qué fue lo que dijo ella ahora?

—Que no hiciera mis maletas, que no saldrías de aquí, que no los dejarías.

—Mi padre está muriendo, no puedo dejar a mi madre ahora… yo…

—Tu padre dijo que no fui una buena opción para ti, que él desea a esa rubia que solo me desprecia con la mirada y en todo momento me humilla, no soy nada para ellos, incluso cargando en mi vientre a tu hijo, con ellos vas a quedarte.

—Aquí nos quedaremos hasta que el mejore, mi tío viene en viaje, el ayudará a su recuperación y luego nos marcharemos.

—Yo regreso hoy a casa, si es que le puedo llamar casa a un lugar dominado por una mujer que pertenece al partido nazi, una mujer que en su primera oportunidad me entregará a tu ejército para ser exterminada.

—No saldrás de aquí sola, es una orden.

—Eres mi esposo, no mi dueño, no me ordenarás nada.

—Si pones un solo pie fuera de esta casa con mi hijo dentro de ti, yo mismo te llevaré al campo de concentración más cercano.

—Así que este eres tú, Herr Kommandant, gracias por demostrármelo, yo pensaba que solo eres un hombre atrapado en tu uniforme, un hombre obligado a todo, pero veo que solo es tu careta, una que has usado muy bien junto a mí.

—No hagas esto, por favor, yo te necesito junto a mí —dio unos pasos para acercarse a su esposa, suavizó su mirada, demostraba amor y preocupación, pero en ella solo vio rechazo.

—¿Que soy para ti?, ¿es que soy la expiación de tus pecados? ¿Eso soy?... ¿crees que protegiéndome, tu conciencia y tu alma están a salvo de todos los horrores que has y han cometido?

—Tu eres mi esposa, tú fuiste mi opción en primer lugar por deseo, eras una mujer muy distinta a todas, tus ojos tu mirada sumisa y temerosa, solo me instaba a poseerte, pero luego, solo quería amarte y que me amaras, protegerte de todo, que más debo hacer para que entiendas que lo que me mueve, es mi amor por ti.

—Sácame de este lugar, ahora, no puedo permitir que mi hijo nazca rodeado de alemanes asesinos, no puedo permitir eso.

_Cada vez que hablas de alemanes asesinos hablas de mí, soy un alemán, tú naciste en Alemania, lo eres también, mis padres lo son.

—Yo soy Judía, nunca fui considerada una alemana por tu gente, nunca, tú

mismo dijiste muchas veces que no somos personas, ¿qué puedo esperar de ti?

—Entonces, ¿por qué te casaste conmigo…? ¿Por qué lo hiciste?... si soy tan horrendo.

—Porque cuando te vi tenías pegado en tu frente el símbolo de la SS, porque la señora Fremont me dijo que sería la única manera que tendría de salvarme, casándome con un alemán con poder, sería la única manera de estar a salvo de todos ustede. —dijo acercándose a él mirándolo fijamente, ahora sus bellos ojos avellanas solo demostraban ira, desprecio, ya no había amor en ellos, nada de amor, ni un ápice.

—Me odias, es eso, ¿cómo puedes entregarte a mi por las noches con tanta pasión, si me odias?, ¿cómo pueden tus labios pronunciar el te amo con tanta verdad si me odias de esa manera?, eres una mujer que no conozco, no eres nada de lo que pensé que eras, me has tenido engañado todo este tiempo con el dulzor de tu rostro, el amor en tus palabras y el calor de tu piel, pero ya no más, eso no será más. —dio media vuelta para salir de la habitación, dejando a Hannah más desolada de lo que nunca antes había estado, su desesperación había hablado, temía por su vida a cada segundo estando en ese lugar, a pesar de amarlo, a pesar de que se había negado a sentir amor por él, lo sentía, el más profundo y verdadero amor, pero entendía que ya no había nada entre ellos, nada que los uniera, nada.

Capítulo Décimo Octavo

Se auto confinó a la habitación, no salía por ningún motivo, todas sus comidas eran llevabas hasta allá, no quería ver el rostro de ningún residente de esa casa. Durante toda esa semana, Stefan no dormía a su lado, entraba por ropa, pero no se acostaba junto a su mujer, ni miradas le daba, algo que a Hannah comenzó a atormentarla, Stefan dormía en otra habitación.

Una mañana se detuvo un auto fuera de la casa, bajó de este un hombre vestido de pantalón oscuro y chaqueta de cuero negra, sostenía un cigarrillo entre sus labios, miró por todo el jardín, lanzó al suelo su cigarro para entrar. La puerta se abrió.

—Señora Hannah, le traje galletas y leche, pasa muchas horas sin probar bocado, en su estado debe alimentarse bien. Le voy a conseguir frutas. —Gretchen como todos los días le proveía de ricos manjares, cuidando que no dejase de comer, se había vuelto una gran compañera ahora que estaba sola todo el tiempo.

—Gracias Gretchen eres muy dulce… ¿Quién es el hombre que acaba de llegar?

—Ah él es el primo de Herr Kommandant, hijo de la hermana de la señora Klausen, se llama Günther Shäfer, es un soltero codiciado, pero es un mujeriego, es la vergüenza de su familia, creo que ha estado envuelto en muchos escándalos.

—Quien se lo hubiese imaginado en esta respetable y honorable familia ¿no Gretchen. —su tono sarcástico sacó una risa de la mujer.

—Claro —sonrió junto a Hannah.

—¡Gretchen por favor déjenos solos! —la voz de Stefan las sacó de su contertulia. Ambas lo miraron asombradas, rápidamente la mujer dejó la habitación, y Hannah se dirigió hasta la mesita donde estaba el vaso con la leche.

—¿Seguirás encerrada aquí…. —preguntó sin mirarla, sin siquiera dirigirle una mirada.

—Estoy en el lugar más cómodo y seguro de toda esta casa, no tengo a que aparecer, Kerstin decide hasta que se cena en esta casa, no me necesitan para nada.

—Tú no has querido tomar tu lugar aquí, junto a mi madre, como mi esposa.

—Tu madre y tu padre dejaron claro que yo no tengo un lugar aquí, ella no ha venido un solo día a ver si todo está bien o a preguntar qué sucedió, nada, eso indica que no soy nada en su hogar, quiero irme de aquí, no me siento bien.

—¿Puedes bajar para saludar a mi primo?, acaba de llegar.

—Preséntale a Kerstin como tu novia, no me molestará, seguro que está planeando como sacarme de la jugada para tomar mi lugar, como debió ser siempre.

—¿Qué estupidez dices? ella no hace eso.

—Claro, es lo que hace, maquinar y tú estás a su lado, dándole a favor en todo, dejándome sola, como ha sido durante todos estos días.

—Tú sola buscaste esto, tu sola decidiste que esto debía ser así.

—Y no te importó, no fue nada para ti, ¡¡quiero irme de aquí ahora, no soporto más un día aquí!! —gritó descontrolada, estaba fuera de sí, Stefan la miró con rabia, se digirió hasta la puerta, pero algo lo detuvo, fue la cara de horror de Hannah, la sangre corría por sus piernas, —¿qué me sucede. —dijo tocándose y sus manos mostraban el horror de la sangre, el tomándola en sus brazos bajó la escala como un loco, pidiéndole a su primo que venía en un vehículo que condujera hasta el hospital, su esposa necesitaba atención. El rápidamente hizo lo que le pidieron y fueron los tres para buscar ayuda para Hannah. Mientras en casa Kerstin y la madre de Stefan se miraron, sin decir nada. —Te dije que todo se solucionaría. —Ambas se sentaron en la sala — ahora que ella perderá el bebe, mi hijo no tendrá motivos para estar a su lado, ya lo verás, el será tuyo, como debió ser en un inici. —Kerstin sonrió y tomando las manos de la madre de Stefan respondió: —Usted sabe que lo amo y que yo lo haré feliz, esa mujer no es nada para él.

Cuando fue ingresada al hospital tuvo que conseguir un lugar especial para atenderla, usando su posición y sus contactos, el lugar estaba atestado de hombres heridos en combate. El médico la pasó a un pabellón especial donde fue atendía, durante más de una hora, hasta que el médico dio noticias, Stefan se paseaba de un lado a otro, esperando saber algo de su mujer, en parte se sentía muy culpable por todo lo que sucedía. Cuando sintió el eco de los pasos del médico por el pasillo, se acercó hasta donde este venía.

—Doctor dígame que mi esposa está bien por favor.

—Herr Kommandant Klausen, su esposa necesita reposo, estar tranquila,

solo así ese niño nacerá, está muy delicada. Se quedará aquí unos días, hasta que el embarazo se asiente bien y luego podrá regresar a casa. Es lo único que podemos hacer por ahora.

—¿Puedo verla? ¿Pasar a su habitación?

—Claro, puede adelante.

Asomándose lentamente en la habitación, vio que Hannah estaba con los ojos cerrados, buscó una silla para ponerla junto a la cama, tomó su mano y ella abrió los ojos lentamente. Lucía pálida y muy cansada.

—Lamento todo esto que sucedió. —Estaba completamente abatido, sentía que ya no podía más.

—Envíame de regreso a casa, donde la señora Fremont, ella podrá cuidarme, no quiero estar aquí.

—No te enviaré lejos, no ahora, dijo el médico que debes pasar unos días aquí, luego te dejará ir a casa.

—Esa no es mi casa, no quiero regresar ahí.

—Por favor no seas niña, solo quiero esperar que mi padre esté mejor. Luego regresaremos a casa, lo prometo.

—No prometas cosas que no eres capaz de cumplir, por favor.

Luego de pasar unas horas junto a ella se quedó dormida, pero no la dejó sola, no quería regresar a la casa, pasó un momento a la habitación de su padre, pero este estaba dormido producto de los analgésicos, de igual manera estuvo junto a él un momento y después regresó donde Hannah.

Esa noche regresó tarde a casa, dejó a Hannah dormida, estaba muy agotado, todo lo que estaba viviendo lo superaba enormemente, esto era más duro que enfrentar al enemigo en los campos de batalla. Se cuestionaba a cada segundo la muerte de todos aquellos judíos que murieron bajo su orden, mujeres jóvenes que pudieron ser Hannah, mujeres que quizás tenían alguien esperando por ellas, mujeres con familia. Solo quería protegerla y que nada le sucediese, la amaba demasiado como para dejarla ir.

Al entrar en la casa, estaba todo oscuro, fue hasta la biblioteca, sirviéndose un trago, definitivamente lo necesitaba, se sentó en la oscuridad, pero una luz de lámpara se encendió, algo que lo asustó un poco, cuando vio que se trataba de Kerstin no sabía si sentirse molesto o aliviado, no tenía ganas de enfrentar a su madre otra vez.

—¿Cómo te fue?, ¿cómo resultó tod. —dijo mirándolo con una fingida cara de preocupación.

—¿Qué haces aquí a estas horas? debiste regresar a tu casa.

—Tu madre me pidió que me quedase aquí, esperando por ti, ella estaba muy cansada y con un gran dolor de cabeza.

—Claro, muy conveniente, no era necesario que te quedaras aquí.

—Estoy preocupada por ti Stefan, bien dime ¿cómo está tu esposa?

—Debe tener reposo, el bebe peligra, la dejarán allá unos días hasta que el bebe se afirme y luego podrá regresar aquí para seguir con su reposo, el médico cree que será necesario todo el embarazo, quizás.

—Ella es muy débil parece, un embarazo es una cosa simple, no veo tanto alboroto.

—Basta si, iré a dormir, estoy cansado y mañana iré temprano al hospital.

—Pudiste escogerme, te he amado desde que tengo recuerdo, soy la mujer para ti, lo sabías, todos lo sabían, tuviste que escogerla a ella, nadie sabe nada de su origen, quienes son su familia.

—Yo lo sé y con eso me basta, buenas noches Kerstin.

—Stefan… yo.

—Buenas noche. —dijo dándole la espalda sin dejarla la chance para continuar. Subió rápidamente hasta su habitación necesitaba dormir.

Entró en su habitación, quitándose su ropa lentamente, bebió dos copas de un licor, miró la cama, hace muchos días que no dormía en esa cama junto a Hannah y la extrañaba mucho, sentir el calor de su piel, el aroma dulce que siempre la rodeaba. Se desnudó para acostarse, cerrando sus ojos, solo deseaba poder tenerla a su lado ese momento, la deseaba con locura. Al pasar unos minutos, la puerta se abrió lentamente, el estaba con los ojos cerrados intentando dormir, pero el peso de otro cuerpo en la cama lo hizo reaccionar, vio que era Kerstin, ella traía una sonrisa de triunfo, lo único que deseaba era meterse en la cama de Stefan desde que supo que había regresado. —¿Qué haces aquí? vamos basta con est. —dijo el mirándola cuando se sentó sobre la cama, ella se bajó, pero no para retirarse, sino para quitarse la camisola y quedar completamente desnuda ante él, con un cuerpo perfecto, de lindas curvas, grandes y maravillosos pechos, el solo respiró agitado, tenerla así era demasiada tentación, subió a la cama, corriendo el edredón sentándose sobre él, Stefan estaba completamente desnudo también. El respiró agitado al sentir la piel de ella contra la suya, cuanto necesitaba de ese contacto, con Hannah llevaba mucho tiempo alejado, sobre todo ahora que esta embazada. Ella tomó una mano de Stefan para llevarla a uno de sus voluptuosos senos, el cerró los

ojos sintiendo la suavidad y tibieza de su piel. Kerstin lo besó suavemente en los labios, para luego mirarlo a los ojos sonriendo triunfal —tranquilo, será nuestro secreto, sabes que te amo y haré cualquier cosa por ti —solo escuchar eso bastó, el tomándola con fuerza desde la cabeza la llevó a su boca otra vez, dándole un fuerte y apasionado beso, luego la colocó debajo de su cuerpo para abrirse paso entre sus piernas y penetrarla con fuerza, ambos gemían envueltos en el deseo y la pasión de ese momento. Stefan sobre ella, movía sus caderas golpeándolas contra las de Kerstin, sintiendo ese placer que tanto había extrañado todo este tiempo lejos de Hannah. Cerró sus ojos sintiéndola ahí junto a él. Se entregó al deseo de la carne esa noche, sin culpas, sin remordimientos, eso vendría después, cuando abriera sus ojos por la mañana y se diese cuenta de lo que había sucedido.

Lejos de la casa, en el hospital la puerta de Hannah se abría, un hombre entraba en su habitación, sentándose junto a ella en una silla, sonrió al verla, ese hombre la miraba con dulzura, para él era otra vez la mujer que había perdido, porque durante unos años estuvo enamorado de una bella mujer que murió dando a luz a su hijo, claro una mujer que no era para él, una mujer prohibida por su familia, una que tuvo que dejar por no perder todo, ahora veía a Hannah y le recordaba tanto a su querida Lucille, se quedó junto a ella esa noche, velando su sueño.

Cuando abriera los ojos por la mañana el estaría ahí para acompañarla, ya se le ocurriría que decir, ya sabría cómo enfrentar a Stefan si aparecía temprano. Solo importaba estar a su lado esa noche, tratando de calmar el dolor y la culpa que sentía por dejar a la mujer que tanto amó. Si Hannah lo permitía, el trataría de resarcir ese maldito error, él sabía que Kerstin ahora estaba metida en la cama con Stefan, pero no usaría eso para alejarle de Stefan, eso solo le daría dolor, esto es algo que ella sola debía reconocer, no podía ser impuesto por nadie más, era la única manera de que ella se alejase.

Capítulo Décimo Noveno

Cuando lentamente por la mañana Hannah abrió sus ojos, vio un hombre sentado en una silla, pero con su torso apoyado sobre la cama, de primera impresión pensó que era Stefan, su cabello claro así lo señalaba, pero al moverse este despertó, quedando en evidencia que no era sino Günther, el primo recién llegado de Stefan.

—¿Le sucedió algo a Stefan que está usted aquí?

—Hola, buen día ¿cómo te sientes?

—Buen día, me siento mejor ¿me responderá ahora?

—Yo creo que Stefan está en casa durmiendo, si no está aquí, ¿no crees?

—¿Por qué usted está aquí? —le preguntó mirándolo fijamente.

—Te traje ayer, ¿lo recuerdas? solo quería saber si estabas bien y los ánimos en casa de mi tía no son los mejores, aquí pasé una buena noche y con buena compañía.

—No nos concomemo. —dijo ella algo temerosa.

—Bien, eso es algo que podemos solucionar, mi nombre es Günther, primo de Stefan por parte de madre, que no es menos terrible. Apellidos con historia y carga, ahora que despertaste y veo que están bien, me voy, no le digas a nadie que estuve aquí, solo nos traerá problemas, estas sumergida en una familia que todo lo tergiversa, que todo es un problema.

—Yo soy Hannah, y gracias por la compañía.

—Por nada, nos vemos.

En casa, el día comenzaba, y no de buena manera. Stefan abrió sus ojos, sintió la calidez de un cuerpo delicado a su lado, sonrió pensando que todo había sido una pesadilla y que Hannah estaba junto a él, pero al mirarla vio el cabello dorado, sentándose rápidamente sobre la cama, pasó sus manos por el rostro desesperado, ¿Qué es lo que había hecho? Se preguntaba incesantemente, la mujer a su lado despertó y sonrió completamente complacida, —puedo decir que cada vez te superas más, fue delicioso todo — Stefan se levantó muy molesto, por lo que había sucedido, pero la rabia estaba enfocada en él, nadie más tenía la culpa, tomando un pantalón se lo colocó, caminó de un lado a otro en la habitación. Lo que Hannah había dicho que sucedería, pasó y él se había negado a todo, pero así fue, Kerstin estaba

metida en su cama.

—Yo, lamento todo esto, fue un completo error.

—No lo vi así, anoche dijiste mi nombre mientras me hacías el amor, fuiste muy apasionado y eso no es un error, creo que al fin te diste cuenta de que soy la mujer perfecta para ti.

—Basta con esto por favor Kerstin, vete de mi habitación ahora, yo tengo que darme una ducha e ir a ver a mi esposa.

—La culpa no te dejará mirarla a la cara, no vayas hoy, ella está bien cuidada ahí, sabrá con solo verte que sucedió, eres un libro abierto.

—Quiero que entiendas, que lo de anoche fue solo un maldito error, nada más que eso, yo la amo y haré cualquier cosa por ella y por estar con ella, tú, ni nadie podrá separarnos, esto que ocurrió anoche aquí, solo fue sexo, estaba solo, había bebido y necesitaba de compañía, me equivoqué, si lo hice, no sabes lo arrepentido que estoy.

Se levantó de la cama completamente desnuda, tomó su camisola del suelo, caminando hacia el mirándolo fijamente. —Anoche fue maravilloso, sé que lo dices ahora solo por la culpa que te recorre por completo, tu pobre y delicada mujer hospitalizada sin saber si tu hijo nacerá o no, pero cuando ese hijo no exista más, tú la dejarás e irás por mí, yo estaré esperando, tranquilo, puedo esperar un poco más —. Se colocó su camisola para dejar la habitación, al abrir la puerta, se encontró de frente con Gretchen que traía desayuno para Stefan, los miró muy sorprendida, ella quería mucho a Hannah y esto es algo que no le gustaba y por su posición debía callar, bajando la cabeza entró con la bandeja dejándola sobre la mesita —su madre dijo que le trajera el desayuno aquí, ella salió y su primo no est. —Stefan tomó un jarrón lanzándolo contra la pared, este se hizo mil pedazos, causando un gran susto en Gretchen que aún continuaba en la habitación ahí.

—Lo siento yo… disculp. —dijo al darse cuenta que la mujer estaba ahí todavía.

—Permiso Herr Kommandant.

***

La historia tras Günther no es conocida por todos, su familia se preocupó de que nadie se enterara de lo ocurrido, el hace unos diez años conoció una bella joven judía, Lucille, que robó el corazón de Günther, a pesar de ser de una familia muy acaudalada, su familia nunca la aceptó, solo por el hecho de ser judía, ya los odiaban a todos, era algo arraigado, el fue contra toda

corriente y se enamoró por primera vez y perdidamente de ella, el problema fue que la joven quedó embarazada, le fue negada toda ayuda, se le prohibió casarse con ella, el perdería todo lo que a lo que tenía derecho, como hijo único, ya recibiría mucho, era mantenido por las rentas de su familia y no quería perder eso, aunque dijo que la había dejado, para no perder la venia de su familia, continuó visitándola a escondidas, pero esta vez, la familia de Lucille fueron los que le negaron la entrada, al ver que no había un compromiso serio, su hija menor estaba embarazada y sin marido. Lucille comenzó con complicaciones en su embarazo. Por ser judía se le negó la atención en el hospital de la ciudad y al ser trasladada hasta la casa de un médico judío, ella murió junto al bebe que esperaba, producto del desangramiento. Desde ese día el cambió, se volvió un hombre solitario, vacío, todos pensaban que aún continuaba con su vida libertina, que es lo que sus padres les contaban a todos, pero Günther se culpaba por lo ocurrido, nunca volvió a ser el mismo. Ahora se encontró con Hannah una mujer que le recordaba mucho a Lucille, al verla fue su rostro el que vio y sintió pena por ella, porque sabía que su primo caería en los brazos de Kerstin estando en esa casa y lejos de su esposa, cada vez que Stefan iba a donde sus padres terminaba en la cama con aquella mujer.

Se quedó fuera del hospital, quería entrar y estar junto a ella otra vez, pero no tenía como justificar querer estar a su lado, como era de retorcida la vida que traía ante él, una mujer igual a la que perdió y casada con su primo.

***

Luego de dar muchas vueltas por las calles de la ciudad, Stefan logró llegar hasta el hospital, Hannah estaba sentada en la cama con un libro en sus manos. Una de las enfermeras se lo había prestado para que no estuviese aburrida.

—Ho. —dijo desde la puerta sin entrar—. ¿Cómo te sientes?

—Bien, dijo la enfermera que el sangrado ya se detuvo, eso es una buena señal. —sonrió con ternura viéndolo muy abatido desde la puerta.

—Yo, yo tengo que…iré a ver a mi padre, el médico quiere hablar conmigo…enseguida regreso.

Hannah no sabía que sucedía, quizás aún estaba enojado por lo ocurrido días anteriores, por eso se mostraba tan frío y distante. Continuó con su lectura, pero Stefan no fue donde su padre, simplemente no era capaz de mirar a los ojos a su esposa, después de lo ocurrido la noche anterior. No podía

mirarla.

Hannah pasó la tarde sola, hasta que por la noche llegó hasta su habitación Günther otra vez, ahora traía un lindo ramo de flores de muchos colores, además de una barra de chocolate. Sentándose en la misma silla que ocupó la noche anterior le dio una tierna sonrisa a Hannah.

—¿Cómo te sientes? —su voz suave y calma la tranquilizaba, no sabía porque se sentía en paz con él. Eso fue lo que le brindó con solo verlo, una gran y absoluta paz.

—Mejor, espero poder salir pronto de aquí, no me gustan los hospitales.

—A ti ni a nadie, dime ¿donde vivías antes de llegar aquí?

—¿Cuándo soltera o ya casada?

—De soltera, ¿qué hacías?, ¿donde vivías?

—Con mis padres en Viena, mi padre tenía una gran joyería, éramos felices, mis hermanas y ellos… pero —se detuvo al darse cuenta que estaba hablando más de lo que podía.

—¿Y tus padres?, ¿los ves?

—No, hace tiempo, sabes Viena ocupada y todo esto no puedo viajar.

—Claro, claro.

—¿Y tú? escuché que solo das problemas.

—Oh si claro, soy la vergüenza de todos, mujeriego y aprovechador, ese es el cartel que mi familia me colgó del cuello, pero no creas todo lo que dicen. ¿Vino Stefan hoy? a visitarte.

—Pasó por aquí temprano, pero luego fue donde su padre y no regresó más por acá.

—El gran soldado, el Kommandant, el orgullo de nuestra familia.

—¿Lo odias? —preguntó al oírlo habar con tanto recelo de Stefan.

—No lo odio, solo que no me agrada la encapsulación de las personas, nadie te permite vivir como quieres, todo debe ser estructurado bajo las normas establecidas por la sociedad, la familia, el Reich, nadie te permite vivir como realmente lo deseas.

—¿No te han permitido vivir como lo deseaste?… a mi me hubiese gustado vivir una vida distinta, cerca de mis padres y hermanas, pero no puedo están muy lejos y con el trabajo de Stefan no podemos.

Hablaron y hablaron por largas horas, hace mucho que ella no reía de tan buena gana. Siendo ya casi noche el se retiró, habían pasado largas horas conversando animadamente, esto hizo que Hannah se sintiese mejor al menos

de ánimo.

Luego de andar horas dando vueltas por todas las calles de la ciudad, Stefan decidió regresar a casa, cuando entró su madre estaba sentada en la salita tomando un café, acompañada de Kerstin. Se apoyó en el umbral de la puerta, su madre levantó la cabeza para mirarlo.

—¿Cómo está tu padre? Yo no puede visitarlo hoy.

—Lo bueno es que se recuperó de este episodio —intervino Kerstin.

—Si querida, gracias por estar aquí acompañándome hoy.

—Yo me voy a mi habitación, estoy agotado y necesito dormir. —en ese momento apareció en la sala, Bruno acompañado de Günther, ambos sostenían en sus manos unas copas de licor y cigarrillos.

—Ya estás aquí ¿quieres una copa? —intervino Bruno al verlo.

—Si por favor, lo necesito.

—Vayamos al salón para poder conversar y dejemos a las mujeres en sus asuntos.

Los tres se sentaron para poder beber y conversar, Günther miraba detenidamente a su primo, que parecía muy tranquilo, y no había estado en todo el día junto a su mujer.

—¿Cómo está tu esposa?... ¿se siente mejor?

—Hoy, yo la vi solo un momento.

—Kerstin me contó bribón. —dijo sonriendo Bruno su sonrisa maquiavélica molestó e intimidó mucho a Stefan.

—Kerstin te contó qu. —dándole una mirada desafiante.

—Que dormiste con ell. —dijo Bruno… bueno no toda la noche, tuvieron sexo parte de la noche y luego durmieron… ella me contó ho. —dijo sin titubear, como si fuese algo muy normal.

—Aún con eso Stefan, pensé que tus amoríos con esa mujer eran solo un pasatiempo de juventud. –intervino Günther dándole una fiera mirada.

—No tengo amoríos, soy un hombre casado...

—Casado, pero creo que anoche lo olvidaste… ¿no es así? En todo caso, no te sientas mal por esto —continuó Günther todos los hombres de esta familia lo han hecho, porque tu no, eres el magnífico Kommandant, el gran sueño de tus padres, debes seguir los pasos del tuyo.

—¿De qué hablas Günther. —se puso de pie acercándose hasta donde estaba sentado su primo, mirándolo fijamente exigió saber a qué se refería con todo esto.

—Mi querido primo, todos son iguales, tu padre, el mío, en mi caso hasta mi madre y se horrorizó cuando le dije que estaba enamorado hace algún tiempo atrás. —el efecto del licor ya hacía mella en su estado consiente, llevaba bebiendo junto a Bruno desde hace algunas horas y la lengua y su filtro no funcionaban bien. —no dirás que no sabías lo de tu padre… ¿por qué crees que mi tía duerme en otra pieza desde hace tanto tiempo?, ¿por qué crees que no lo ha ido ver al hospital?, ¿por qué crees que son todos así aquí? son todos unos cínicos.

—Günther, lo mejor es que vayas a dormir mi amigo, vamos te llevo a tu habitación. —le habló Bruno.

—Quizás Hannah sea como nosotros y tolere tu romance con Kerstin, así como tu madre toleró por años el romance de tu padre y mi madre, esta familia está unida completamente.

—No hables de mi esposa y de lo que no sabes, no te golpeo solo porque sé que estas borracho.

—Vamos amigo, yo lo llevo a su habitación.

Günther dijo muchas cosas que no debía, cosas que fueron secreto a voces por mucho tiempo, todos los hombres que conoció tenían otra mujer, todos tenían una amante o familias fuera de casa, nunca nadie dijo nada, pero es completamente diferente cuando te afecta directamente. Su madre fue engañada, y soportó durante todos estos años, el no podía hacer lo mismo con Hannah, el está enamorado y no podía actuar así. Se acercó hasta la sala donde su madre continuaba conversando con Kerstin. —madre, mañana parto de regreso a Berlín, debo retomar mis puesto en el ejército, paso por mi esposa y me retiro.

Su madre se quedó helada escuchando sus palabras, pensaba que después de lo sucedido el se quedaría unos días ahí, pero se había equivocado. Fue hasta su habitación, guardó toda su ropa y la de su esposa en las maletas, temprano se levantaría y se llevaría a Hannah lejos de toda esa inmundicia.

Capítulo Vigésimo

Stefan dio vueltas en su habitación, sostenía entre sus manos un pañuelo de Hannah, cerró sus ojos sintiéndola cerca, la ama, lo sabe a ciencia cierta, ella lo es todo en su vida, a pesar de no ser la mujer que él pensó que tomaría como esposa, a pesar de que no es la mujer que su madre había querido para él, Hannah es una judía, una a la que ha protegido ante todo y no dejará por nadie. No sabía si contarle lo que sucedió con Kerstin, era seguro que esa noticia no es agradable, es como un puñal en el corazón, que sentiría el si Hannah le dijese lo mismo. Se sentó a los pies de la cama con el pañuelo aún entre sus manos, cerró los ojos dejando caer unas lágrimas por sus mejillas.

—No le digas, lo que sucedió entre nosotros, no se lo diga. —entró Kerstin en la habitación, sentándose junto a él en la cama.— mantengamos eso maravilloso que sucedió anoche solo entre nosotros.

—¿Así como lo mantuviste tu? —respondió sin mirarla, pero sus ojos habían cambiado, solo mostraban desprecio ahora.

—Yo no lo he hablado con nadie.

—Bruno lo sabía.

—Bruno es un experto en personas, el solo lo supuso, te lanzó algo y tu respondiste afirmando, no fui y. —dijo mintiendo descaradamente.

—Kerstin, vete por favor, déjame solo, quiero que sepas que lo de anoche me destruye hoy, no es algo que quiera recordar, yo amo a mi esposa y me odio por lo que sucedió, fui débil, me sentía solo, la extraño enormemente, tu llegaste en la noche a mi cama.

—Sabes que yo siempre he estado para ti, yo siempre voy a estar aquí, para ti porque te he amado desde siempre.

—Kerstin… vete… ahora… ¡¡vete!!— gritó al verla que seguía junto a él.

Por la mañana, muy temprano llegó un auto con oficiales alemanes, buscaban a Stefan. Rápidamente fue avisado, al verlos supo que las cosas ya no serían como las necesitaba.

—Herr Kommandant… estamos aquí por orden directa de Herr Reich Himmler. Lo necesita en los puestos de estrategia militar, cuenta con su destreza en estos campos.

—Yo iré por mi esposa, ella está en el hospital.

—Lamento contradecirlo, pero mis órdenes son llevarlo solo a usted, de inmediato. Su esposa como todas las esposas de los oficiales, deberán esperar a sus esposos en casa hasta que todo esto acabe.

—Yo. —miró a su madre, luego a Günther que estaba ahí.— yo tendré que ir a Berlín, Günther puedes llevar a mi esposa a mi casa allá.

—Claro, la llevo. —respondió de inmediato.

—Bien, iré por mi uniforme y mis pertenencias, regreso de inmediato.

Luego de unos diez minutos, bajó con su uniforme, de manera impecable, se despidió de su madre y le pidió por favor cuidar de su esposa si no podía viajar de inmediato. Se lo pidió como favor especial. Subió al auto con los oficiales dejando el lugar.

—Veo que se te acabó la fiesta Kerstin…—le dijo Günther parándose detrás de ell. — y no me mires a mí. —dijo cuando ella le dio una mirada cargada de rabia —yo no estoy acostumbrado a comer sobras. Permiso.

Kerstin entró en su auto dejando la casa de los Klausen, sin Stefan ahí no tenía nada de hacer.

El regreso a Berlín no fue de lo mejor, Stefan se sentía de lo peor por tener que dejar a su esposa sola en ese lugar, donde podía enterarse de todo, solo bastaba que Kerstin decidiera por despecho contarle todo lo que sucedió entre ellos. Nunca fue su intención dejarla sola, sabía que la lealtad a su Reich y su país le costaría caro, esto le haría perder el amor de la mujer que amaba, quizás para siempre.

Hannah estaba sentada sobre su cama, llevaba dos días sin ver a Stefan no recibió visitas ni llamados, no sabía nada de él. Esa mañana el médico habló con ella diciendo que llamarían a casa para avisar que podía marcharse, claro con reposo y no pasar malos ratos para poder llevar a término el embarazo. No sabía en qué punto estaba su matrimonio, Stefan no la visitó, no estuvo a su lado, comprendía que la familia ejercía un gran poder sobre él, pero nunca pensó que la dejaría de lado tanto así. La puerta se abrió, dejando ante ella esa desagradable mujer que solo quería quitarle a su marido. Sintió un gran nudo en su estómago, deseaba poder levantarse y sacarla a la fuerza de la habitación.

—Veo que sigues aquí, vine a visitar a un amigo que llegó herido y pasé por aquí y te v. —dijo con gran desprecio —pensé que habías tenido algo de amor propio y te habías marchado.

—¿Qué es lo que buscas aquí?

—Algo de solidaridad femenin. —dijo caminando por la habitación, con una gran y enferma sonrisa dibujada en su rostro.

—¿De mi…? creo que buscas en el lugar equivocado.

—No querida —entendiste ma. —yo te la estoy dando a ti, debiste marcharte, hace días que Stefan se fue de aquí. Habló conmigo, me pidió unos días para organizar todo y regresará aquí por mí.

—¿De qué hablas. —la mirada de Hannah cambió, su rostro ahora reflejaba preocupación, ¿qué es lo que esa mujer quería decir? —te pido ahora que te vayas y me dejes tranquila, estoy esperando que Stefan venga por mí, voy a regresar a casa.

—Eres muy tierna, lo sabe. —dijo con sarcasmo —el no vendrá, ya lo dije, se fue, no está aquí, pasamos una noche maravillosa juntos, ¿por qué crees que no vino más a visitarte?, porque entendió que soy yo la mujer que es para él, no una mujercita débil e insulsa como tú.

—Mentira, solo dices mentiras…vete ahora.

—Fue magnífico, una noche cargada de pasión, el sigue siendo tan apasionado como siempre, si no me crees, pregúntale a Gretchen, ella nos vio cuando llevó el desayuno para nosotros esa mañan. —vio en el rostro de Hannah la desesperación, el no había aparecido mas, que es lo que sucedí. —Ooooh… pensaste que él estaría aquí contigo sin acercarse a mí, nuestra historia se remonta a años, tu solo fuiste alguien que apareció en el camino, seguro sintió lástima de ti, solita, sin familia. Pero eso se arreglará pronto, te enviará de regreso de donde te sacó y el y yo seremos felices.

—Mientes, fuera de la habitación.

—Bien, espera que venga por ti, porque no lo hará, nadie vendrá, era cuestión de tiempo que el cayera entre mis brazos otra vez, no puede evitarlo. Adiós querida.

Luego que Kerstin se fue, Hannah estaba hecha una furia, quizás eso explicaba porque su marido no la visitó en dos días y además el día que lo hizo solo apareció asomado en la puerta y se fue. Esa mujer había conseguido lo que quería, toda esa familia lo había conseguido, la querían a ella para él y seguro todos estaban de acuerdo en lo que sucedió. Una enfermera apareció para decir que habían avisado en la casa de los Klausen, pero que la mujer que atendió dijo que él no estaba ahí. Con cuidado se levantó, no tenía que ponerse, la ropa con la que llegó estaba con sangre, se miró al espejo sintiéndose horrible. Solo lloró en silencio, estaba sola, en un lugar que no

conocía y rodeada por el enemigo.

Varias horas habían pasado ya, nadie vino por ella, la desgraciada de Kerstin tenía toda la razón, hasta que la puerta se abrió lentamente, ante ella quedó el simpático primo de su esposo, Günther le dio una sonrisa tierna, quizás para esconder la lástima que sentía por ella.

—Gretchen organizó la ropa, te traje de todo para que puedas vestirse y salir de aquí.

—Hola… ¿y Stefan?... ¿Dónde está el? ¿Por qué no vino?

—Yo te llevaré donde tú lo pidas… no te dejaré a merced de las víboras de la casa Klausen.

—Entonces es verdad, lo que ella dijo. —bajó su cabeza sintiéndose aún más humillada y dolida, no podía levantar su cabeza producto del menoscabo. Ahora si estaba sola. —Yo me vestiré gracias. —dijo recibiendo la maleta.

Günther luchó con sus sentimientos, con todas sus fuerzas, veía en esa mujer la oportunidad de recuperar la vida que perdió. Esperó en el pasillo por Hannah una vez que ella recuperó algo de su aliento, abrió la puerta, Günther tomó la maleta caminando a su lado.

Al entrar en casa de los padres de Stefan, sintió el gran rechazo en la mirada de su suegra, no le dirigió una sola mirada, subió la escala hasta llegar a la habitación, dentro estaba Gretchen ordenando sus cosas personales, estaba dicho que no la querían ahí si no era acompañada de Stefan, dijo que no derramaría una sola lágrima, esas personas no merecían ver su dolor, se quitó la argolla de matrimonio otra vez, para dejarla sobre la mesita de noche.

—Todas sus cosas están debidamente ordenadas señora.

—Muchas gracias Gretchen, has sido muy amable.

—¿Dónde irá?, ¿regresará a su casa en Berlín?

—Mi esposo no fue capaz de ir a visitarme en ese hospital, no se dignó a ir por mí, solo desapareció.

—Vinieron por él, señora, del ejército, no le dieron chance de ir por usted, dijeron que las mujeres de los oficiales debían esperar a sus esposos en casa. El pidió a la señora que la cuidara aquí, pero ella me envió a preparar su equipaje y no puedo decir que no.

—El debió ir por mí, debió avisarme, solo se fue, además yo… esa mujer…

—¿Ella le contó lo que sucedió aqu. —dijo ella mirándola con dolor — ella es una mala mujer, embaucadora, ella orquestó todo, fue muy hábil,

siempre lo ha sido, además tiene toda la buena voluntad de la señora Klausen.

—Si, supuse que terminarían juntos, después de todos esos años juntos ¿no? —tomó sus maletas para salir de ahí, pero Gretchen se las quitó.

—Usted no puede hacer fuerzas, cuide de su hijo, es lo que la ayudará a salir adelante.

Al bajar no había nadie en la sala, la madre de Stefan no estaba por ningún lugar visible, Günther apareció con sus maletas y una gran sonrisa. —Bien nos vamos entonces, iremos donde nos lleve la ruta, no te preocupes por nada no soy como estos imbéciles, yo puedo cuidar de ti, vamos.

Hannah le dio una mirada, analizando todo, no tenía donde ir, en casa estaba esa horrible mujer que a la primera oportunidad la denunciaría por el solo hecho de borrarla para siempre de la existencia y recuerdos de Stefan. No tenía a sus padres, no sabía nada de sus hermanas, solo que estaban vivas y lejos, muy lejos de ella.

Subió al vehículo con él, dejando atrás todo, quizás nunca más sabría de Stefan, quizás nunca más lo volvería a ver, a pesar de que lo amaba con todo su corazón, no podía hacer nada por estar junto a él, estaba dicho y lo demostró con hechos, estaba interesado en otra mujer, dejándolo más que demostrado al pasar una noche de lujuria junto a ella. Almacenaría los recuerdos, las cosas maravillosas como la vez que se besaron bajo la lluvia, ambos habían demostrado en esa ocasión que sus sentimientos era firmes y sinceros, un beso bajo la lluvia selló el compromiso entre ellos, que los mantendría unidos por siempre, pero, el por siempre no existe, ahora estaba más que demostrado y de la manera más cruel.

Cerró sus ojos dejando que el viento diera en su rostro sobre el vehículo descapotable que Günther conducía, llevó su mano a su vientre, aun no se mostraba, pero ella sabía que tenía dentro de sí formándose una vida, algo que la mantendría conectada por siempre al hombre que amó, lazos de sangre indisolubles, que los mantendrían uno junto al otro por siempre.

Capítulo Vigésimo Primero

Cuando Stefan entró en las oficinas del ministerio de guerra esa mañana, llevaba ya una semana en Berlín, sin poder comunicarse con su esposa, necesitaba avisarle que iría por ella apenas solucionase todo. Buscó un teléfono, pero le fue imposible comunicarse, con todo lo que ocurría las comunicaciones solo estaban destinadas a asuntos del Reich. Participó de todas las reuniones a las que fue convocado. Luego de eso tomó el teléfono otra vez, cuando escuchó la voz del otro lado, pidió hablar con su esposa, pero el teléfono fue atendido por Kerstin que estaba ahí.

—Pedí hablar con mi esposa Kerstin, dale el teléfono a ella.

—Querido, lo lamento pero ella no está aquí, desde que se conoció con Günther que no paran de pasear por todos lados, creo que si demoras un poco más, te quedarás sin esposa.

—Kerstin, pásale el teléfono a Hannah necesito hablar con ella.

—Pero cariño, te dije que ella no está aquí, debes creerme.

—No estoy de ánimo para tus juegos, por favor.

—Bien te pasaré con una de las empleadas que te puede confirmar lo que digo.

—No, olvídalo llamaré más tarde.

Caminó de un lado a otro, desesperado, sabía que Kerstin estaba mintiendo, el conocía perfectamente a Hannah y ella no haría nunca algo así.

***

Günther la llevó hasta su casa en la ciudad de Hamburgo, una casa alejada de la familia Klausen. El vivía solo en ese lugar, hace algunos años, junto a él en la casa había cinco empleados, tres mujeres que se encargaban de todo en la casa y dos hombres que cuidaban todo el terreno.

—Bienvenido señor, no lo esperábamos tan pronto. —dijo sonriendo una mujer de cabello cano con mirada dulce.

—Tú me conoces y sabes que no puedo estar mucho en ese lugar, solo fui porque el tío estaba enfermo, solo eso. Y sabes que si no voy mi madre se aparece por aquí molestando.

—Lo sabemos… qué bueno que ya regresó.

—Agnes, deja que te presente a Hannah, ella se quedará un tiempo aquí, es

una renegada de los Klausen así como yo, está embarazada, debe tener atención con sus cuidados por favor.

—Claro señor, sea usted bienvenida señora.

—Muchas gracias Agnes, prometo no ser una molestia para usted.

—Una amiga de nuestro querido Günther nunca será una molestia, bien le preparé un cuarto, mientras pediré que les preparen algo comer señor.

—Muchas gracias Agnes. Ven Hannah acompáñame a la salita.

Entraron en una gran biblioteca, con libros fascinantes, Hannah revisó los lomos de los que estaban más cerca, le sorprendió mucho encontrar libros de escritores judíos, como Kafka, tenía en su repisa, Metamorfosis, El Castillo y La Condena, lo miró extrañada, no entendía como un hombre alemán como él, parte de la familia Klausen y todo lo que dijo de sus padres, tenía esos libros en su biblioteca. Además también de León Trotski.

—¿Te gusta leer. —dijo parándose junto a ella.

—Si, mi padre siempre nos leía, a él le gustaba mucho Hemingway, le gustaba mucho La fiesta. Yo leí a Kafka y también a Nietzsche, Más allá del bien y del mal.

—Mira tú eres todo un cerebrito, que bien…

—Mis padres nos educaron bien…

—¿Y tú familia dónde está?

—Ellas, mis hermanas se fueron, ya están lejos.

—¿Qué fue de tus padres? —preguntó con evidente interés, al parecer estaba preocupado por ella, su hijo nacería y ella necesitaba a su familia.

—Ellos están muertos, yo no me siento bien puedo descansar un momento.

—Claro, te llevaré a tu habitación, si llama Stefan, ¿quieres que le diga que estas aquí? Seguro que Kerstin le dirá que te fuiste de casa conmigo, inventando muchas cosas, es una maldita desagradable, de niña inventaba cosas para que me castigaran y poder salir sola con Stefan… yo la odiaba mis padres me castigaban todo el verano para que ella pudiese divertirse a solas con su juguete.

—¿Stefan la amó?... —preguntó con dolor.

—Eso no lo sé, creo que él se aprovechó de todo lo que ella le dio fácilmente. Ella lo perseguía día y noche. –Suspiró cansado de esa historia —Luego se fue al ejército, regresó tres años después, estaba condecorado, había salvado a alguien importante, eso fue lo que más adoró Kerstin, un importante oficial, pero él no puso sus ojos sobre ella, no le interesaba nada, solo su

carrera militar. Y luego de unos años más, llegó contigo, su esposa, y eso destruyó la esperanza de Kerstin y por eso hizo todo lo que hizo.

—¿Sus padres la querían a ella como su mujer? Una perfecta mujer alemana de familia importante… y yo solo soy una. —se detuvo antes de hablar de más no puede ponerse invidencia, aun estaban en guerra, aun se exterminaban judíos y temía enormemente volver a un campo de concentración, vio los horrores que ahí se vivían.

—Vamos olvida todo eso, lo mejor es descansar ahora, tuvimos un viaje largo, en tu estado lo mejor es cuidarse.

—Gracias por todo lo que haces, incluso sin deberme nada y no conocerme, eres un muy buen hombre, una excelente persona, de esas que ya no se ven.

Hannah se recostó en la cama, cerró los ojos cayendo en un profundo sueño, donde se encontraron sus padres y sus hermanas, un sueño maravilloso. Como deseaba que todo fuese como antes de la guerra, que todos hubiesen tenido la oportunidad de escapar, de irse lejos, pero juntos. Estaba destrozada por todo lo que estaba viviendo, enojada por enamorarse de un hombre que nunca podría amarla, un hombre que no podía serle fiel aunque así lo deseara, arrastrando un romance desde niños, con una mujer que nunca lo dejaría en paz. Un hombre que a pesar de salvarle la vida en muchas ocasiones, la mató por dentro con solo este hecho.

Cuando abrió sus ojos era de día, el sol estaba asomado ya, alguien la había cubierto con unas mantas, se puso de pie, acercándose a la ventana miró el jardín, lucía maravilloso, vio unas personas ya trabajando. La puerta se abrió dando paso a una joven con una bandeja, traía muchas cosas para desayunar, —buen día, el señor tuvo que salir, pidió que le sirviéramos desayuno aquí, que coma todo anoche se durmió y no cen. —dijo al poner la bandeja sobre la mesita del dormitorio. —eres muy amable muchas gracia. —la joven dejó la habitación, Hannah abrió su maleta, el compartimiento secreto, donde guardaba ocultas la foto de sus hermanas y sus padre, además de la estrella de David de su madre y el collar de perlas, cerró sus ojos, tenía miedo, no sabía que le deparaba la vida ahora, con qué cosas se encontraría, no sabía nada de su esposo, el no la buscó, la dejó a merced de la víboras de su propio hogar. Tocó su vientre, aún plano, no tenía mucho tiempo, crecía vida dentro de ella, en este tiempo de destrucción y muerte, el milagro de la vida se daba en ella, un niño que llevaría sangre judía, se salvaría de la

muerte a que todos los otros estaban horriblemente destinados.

Después de desayunar, se dio un baño, para luego salir un momento al jardín, un lugar con lindas flores, muy poco convencional en el hogar de un hombre solo. Pero lo agradeció, adoraba las flores y el césped y este estaba lleno de los dos.

Se sentó un momento respirando el delicioso aroma de las plantas.

—Buen dí. —dijo la voz de un hombre.

—Buen día… —respondió ella levantando su mano sobre sus ojos para darle sombra ya que el sol daba en su rostro y no lograba ver quien la saludaba.

—Mi nombre es Johan… trabajo en el jardín.

—Déjeme decirle que hace un maravilloso trabajo, tiene un jardín precioso.

—Al señor le gusta que se mantenga así, en recuerdo… lo siento yo.

—No se preocupe… ¿no le moleta que esté aquí verdad?

—No señorita para nada… disfrute del lugar —respondió amablemente.

Lo vio tomar una pala para remover la tierra de las flores, y también plantar otras. Lo observó trabajar, le produjo un relajo muy grande estar ahí, Johan es un hombre de mediana edad, de apariencia simple, muy bien educado al hablar.

Luego se dirigió hasta la parte trasera de la casa donde había un pequeño establo con cuatro caballos, entre ellos una linda yegua blanca. Había un joven que los cepillaba, conversaron por un largo tiempo, Hannah había adorado los caballos desde niña, lo ayudó a cepillar a la hermosa yegua blanca, cuando el hombre que trabajo en el jardín entro diciendo —Aarón por favor ayúdame a llevar…— se quedó mudo al verla ahí, —señorita disculpe no sabía que estaba aqu. —Hannah sonrió con cariño, se despidió de ellos ya dejando el establo. No pudo dejar de preguntarse qué alemán le pone un hombre tan judío a su hijo, ninguno, será que los hombres que trabajan ahí son judíos y Günther no lo sabía, pero no sería ella la que abriría la boca, no jamás, ella nunca podría hacer algo así.

Entró en la casa, no sabía qué hacer, así que fue hasta la biblioteca y tomó un libro, una novela escrita por Edith Wharton, la novela La edad de la inocencia, nunca lo había leído, así que lo llevó hasta donde se sentó en un cómodo sillón y abrió sus páginas para leer.

Sintió una suave caricia en su rostro, al abrir sus ojos se encontró con

Günther que había regresado, se había quedado dormida y estaba tapaba con un chal de lana.

—Hola dormilona…

—Lo siento, estaba muy cómoda aquí y luego me dormí.

—Dijo Agnes que las mujeres embarazada en los primeros meses tiene mucho sueño, es normal, lo bueno es que pudiste descansar.

—Si gracias, aquí son todos muy amables, mira si hasta me cubrieron con este chal.

—Lamento mucho dejarte sola, pero tenía muchas cosas que hacer, pero ahora ya no te dejo más sola.

—No te preocupes por mí, yo estoy bien.

—Bien vamos a comer algo yo muero de hambre, imagino que tu también.

***

Stefan volvió a llamar por teléfono pero Helga le dijo que ella ya no estaba en la casa, que se había marchado junto a su primo Günther. Desesperado por las noticias recibidas, envió un vehículo con un hombre de su total confianza para ir por su mujer. Estaba desesperado y la cosa en Berlín estaba muy complicada. Debía ir hasta Dachau para tomar la dirección de ese campo de concentración y no quería partir sin su esposa, o al menos dejarla cerca.

Pero luego, de una semana el soldado regresó solo, y con la argolla de matrimonio que Hannah había dejado en la habitación.

—¿Qué significa esto Ralph…. —preguntó cuando este le entregó el anillo.

—Herr Kommandant, su madre me dejó entrar en la casa y revisar, su esposa no estaba ahí, no había nada de sus pertenencias, solo estaba el anillo sobre la mesa.

—¿Ella se fue?... ¿cómo pudo dejarme así…? yo… Gracias Ralph… puedes retirarte.

—Herr Kommandant. —dijo cuadrándose.

Stefan pasó sus manos por su rostro, estaba desesperado, no sabía que sucedería ahora, donde buscarla, no tenía la dirección de su primo, solo quedaba buscar a sus tíos para que le indicaran donde vive e ir por ella, no podía dejarla atrás, el amor que siente por ella es real, fuerte, profundo, y la necesitaba para continuar, no puede dignarse a perderla.

Cerró sus ojos, con dolor apretando en su mano el anillo de matrimonio

que Hannah había dejado donde su madre, lo único que vino a su cabeza fue Kerstin, ella había tenido algo que ver con todo esto, seguro ella le contó lo que sucedió, el grave error que había cometido involucrándose con ella. Por el momento no podía dejar de lado lo que estaba haciendo, sus superiores le habían confiado una misión y debía llevarla hasta el final, no podía dejar de lado lo que hacía, ni por ella ni por todo el amor que sentía. Pensaba en terminar todo lo antes posible e ir por su mujer.

Capítulo Vigésimo Segundo

New York, Estados Unidos

Cecil paseaba a su hija en sus brazos, la pequeña ya tenía un año, una linda niña muy parecida a ella, pero que llevaba el nombre de su pequeña hermana, no sabían nada de ella, ni de sus padres, en las informaciones que tenían solo sabían que todos los judíos fueron enviados a Guetos y luego a campos de concentración y exterminación. Adam tenía un trabajo en una fábrica de armas ganaban lo suficiente para vivir, a pesar de todas las carencias, estaban felices porque tenían algo que no muchos de ellos podían ostentar, y eso era algo tan simple como estar a salvo y sin miedo. No tenían el temor de que soldados abrieran sus puertas y se los llevasen lejos. Margot vivía en el departamento del lado, pasaban tiempo juntas, Theodore había encontrado un trabajo en una oficina social, así que no ganaba mucho, pero así podía ayudar a Judíos que trataban de entrar en América o conseguir papeles de residencia, además hacía trabajos extras con otras oficinas que le ayudaban a vivir, Margot trabajaba en una tienda de víveres donde los dueños eran judíos como ella. Al menos para ellos la vida no estaba mal. Por las noches se juntaban para cenar en familia.

—¿Has tenido noticas de Hannah? —preguntó Cecil cuanto Theodore se sentó en la mesa.

—Nada aún, he preguntado en algunas embajadas que han recibido personas, pero nada con su nombre.

—Quizás cambió su nombre, quizás papá le consiguió unos documentos.

—Ella está bien, yo lo sé, —intervino Margo. —Samuel la cuida, Samuel haría cualquier cosa por ella.

—Debemos esperar a que esta guerra termine, no será eterna, los aliados están atacando y avanzando, de seguro que pronto todo esto terminará —Adam trató de calmarlas.

—Tiene que conocer a su sobrina, lleva su nombre— Cecil limpió sus lágrimas, la emoción la envolvía.

Cenaron juntos como todos los días, conversaron de sus días, trataba de no hablar de guerra, ya que eso solo las hacía pensar en las desventuras que su hermana pequeña podría estar pasando. Los días pasaban normales para ellos, solo esperando que todo esto terminase pronto.

Por la mañana, Cecil llevó a la pequeña al médico, hace días que estaba con un resfrío, estaba en el hospital esperando, una mujer se sentó a su lado. Sonriendo con dulzura.

—Veo que lograste escapar de toda esa pesadilla.

—¿Disculp. —dijo Cecil mirándola sin reconocerla.

—Es que cambié mi color de cabello por eso no me reconoces, soy la señora Horowizt vivía en tu mismo edificio.

—No puede ser… ¿cómo está…? ¿cómo pudo escapar de todo eso?

—Cruzamos a Polonia y luego anduvimos por muchos lugares hasta que tomamos un barco que nos llevó a Italia y luego Francia, pero estaban ocupados ya por los alemanes, estuvimos a la deriva un tiempo, hasta que logramos entrar por México y luego llegamos hasta aquí

—Dios que travesía, ha sido horrible todo esto.

—Sí, mucho de nosotros fueron regresados desde el puerto de New York, no se nos permitía entrar, todo esto ha sido devastador para nuestro pueblo. Lamento mucho lo de tus padres.

—¿Mis padres?... ¿cómo? ¿Usted sabe lo que les pasó?

—Fueron enviados a un Gueto, las noticias van pasando, uno de los hijos de los Baumann estaba a cargo de la seguridad del gueto, luego lo enviaron a otro lugar y escapó, subió con nosotros al barco.

—¿Entonces ellos están muertos?

—Todos los que estaban en los guetos fueron llevados a los campos.

—Esto es horrible, mis padr. —dijo soltando un llanto suave y bajo, su pequeña hija la miraba sin entender que sucedía—. Mi hermana, ¿Hannah estaba con ellos?

—No sé nada de Hannah, el solo dijo que estaban tus padres.

—¿Qué sucedió con Hannah?

Cuando regresó a casa, esperó que llegasen su marido, hermana y cuñado, debían saber todo esto, para Margot fue horrible recibir la notica de sus padres, ella sabía que todos los que terminaban en los campos, estaban ya muertos, pero lo peor era no saber que sucedió con Hannah. No tenían como pedir información, ni nadie que supiese algo, solo les restaba esperar, esperar que la guerra terminara y buscarla.

Capítulo Vigésimo Tercero

Los días, se volvieron semanas, y las semanas meses, así pasaba de rápido el tiempo, cada día extrañaba más a Stefan, a pesar de todo lo que había ocurrido, no podía dejar de amarlo, los empleados de la casa se volvieron grandes compañeros, Hannah trabajaba con ellos en lo que podía, sus días eran menos monótonos, así fue como descubrió que todos ellos eran judíos. No entendía como Günther siendo un ciudadano alemán, con una familia tan conservadora, podía tenerlos ahí, todos los judíos estaban en campos de concentración o muertos.

Fue una tarde en la que ellos tomaban un café en la cocina, Günther estaba en el pueblo, necesitaba alguna provisiones en esas compras lo acompañaba siempre Agnes. Hannah llegó a la cocina por una taza de leche caliente, que amablemente le sirvieron. Hablaban de la familia, de todo lo que estaba ocurriendo, hasta que Aarón sin querer habló de más.

—Yo no pude hacer nada, ese día, los soldados alemanes nos pidieron los papeles y al comprobar que somos… ellos…

—Aarón es mejor que… no sigas —le interrumpió Johan.

—¿Son judíos?... por favor no teman si lo son… ¿lo son?

—Todos aquí lo somos señora.

—¿En verdad? —Hannah estaba realmente sorprendida, los miró y ellos sentían miedo, habían revelado algo que los pondría en peligro.

—Mi sobrina, Lucille fue novia del señor Günther, por muchos años, pero sus padres no estaban de acuerdo con su relación, no podían casarse, mi sobrina estaba embarazada y murió en el parto junto con el niño, en cuanto Günther pudo independizarse de todo, se fue de su casa, y cuando ocurrió todo esta devastación el nos consiguió documentación y nos trajo, a los que pudo. Agnes es la mamá de Lucille, Aarón su hermano.

—El es un hombre muy bueno, a mí también me ha ayudado desinteresadamente, yo también soy judía, pero él no lo sabe, yo por miedo no dije nada, estoy casada con su primo, Stefan Klausen, el sabe mi origen y de igual manera estábamos juntos, pero a veces, la vida se encarga de separar a las personas, y bien lo hizo con nosotros.

—No temas contarle, nosotros estamos seguros que él te acogió, porque le

recuerdas a Lucille, te pareces a ella, y siendo judía como nosotros, el te protegerá.

—No quiero causar problemas…

—Aquí estamos a salvo, el nos consiguió a todos papeles, documentos con nueva identidad.

—Es un gusto estar aquí junto a ustedes, gracias por acogerme tan cariñosamente.

—¿Usted es casada con su primo? ¿Por qué no está con él? —preguntó preocupado.

—Sí, mi marido es un alto oficial de la SS, el se casó conmigo sin saber que soy judía, yo también tenía documentos falsos que mi padre consiguió, pero él lo descubrió…

—Seguro la expulsó y por eso está aqu. —dijo el más joven.

—No, el no me dejó, el claro estaba molesto porque le mentí, pero continuó conmigo, hemos vivido muchas cosas, pero yo lo dejé, por… por bueno eso no es importante, ahora debemos protegernos, no es bueno decir los nombres en voz alta Aarón, alguien puede escucharlo, deben cuidarse.

—Lo haremos Frau Hannah, no se preocupe, aquí estamos a salvo lo verá.

***

Llevaba ya dos meses viviendo en la casa de Günther, esa noche Günther leía sentado en un sillón de la sala, Hannah estaba sentada con Agnes que le ayudaba a tejer, preparaba un ajuar para su bebe. Dejaba su libro de vez en cuando para darle una mirada, cada día que la miraba le parecía más hermosa, más necesitada de protección. Ella le dio una dulce mirada, su vientre aunque pequeño aun, ya se notaba, durante este tiempo, Günther la acompañó y nunca dejaba por mucho tiempo sola, incluso ya le había comprado una cunita para el bebe y juntos preparaban la habitación. Sintieron el ruido de un vehículo que se detuvo rápidamente fuera de la casa, Hannah se puso de pie, estaba asustada. Pensó que quizás después de todo este tiempo, Stefan había decidido ir por ella.

Golpearon con fuerza, Günther fue a atender, cuando al abrir entraron rápidamente cinco saldados y un teniente nazi.

—Tenemos información que tiene en esta propiedad, a una judía.

Agnes se miró con Hannah, ambas se tomaron las manos, sabían que por una de ellas venían, y esta vez Hannah estaba segura que es por ella.

—Lo siento usted debe estar equivocado, en esta casa solo está la esposa

de mi primo y yo, además de mis empleados.

—Buscamos a Hannah Shwarts, ella tiene documentos falsos, se hizo pasar por ciudadana austriaca, con el apellido Fellner.

Hannah cerró sus ojos, sabía que de esta no podría salvarse, estaba completamente perdida, las lágrimas caían como torrente por sus ojos, no tenía salida. Günther giró su cabeza mirándola, el no sabía nada de eso, y lamentaba que ella no se lo contara, ya que pudo ayudarla, como lo hizo con sus empleados. La historia era la misma estaba enamorado de un judía otra vez, una que perdía en ese mismo momento.

—No pueden llevársela, ella está casada con mi primo, que es Comandante en el ejército, Herr Stefan Klausen es de la SS, ustedes no pueden hacer eso con su esposa.

—De seguro eso dice ella pero nunca engañaría a una alto oficial de la SS. Llévensela. Ahora.

Los soldados intentaron tomarla por la fuerza, pero entraron en la casa, Johan y Aarón para ayudarla, vieron el camión nazi fuera y entraron en la casa, pero ellos tenían en su cuellos colgadas sus cadenas con la estrella de David, y en el forcejeo los soldados la vieron, el teniente gritó que todos fueran llevados al camión, golpearon a Günther que quiso defenderlos y también fue detenido. La casa quedó de un momento a otro vacía y con las luces encendidas, lo peor estaba por comenzar.

Todos fueron subidos al camión, pero Günther fue llevado en el auto, el fue destinado a una cárcel, donde iban ciudadanos y cualquiera que interactuara con judíos, en la misma celda había un hombre, que había hecho una fiesta en la que había mujeres judías sirviendo los licores y la grave falta fue besarla en los labios, cuando lo ficharon dijo quien era, su parentesco con Stefan, debía decirlo para que él se enterase de lo sucedido y tratara de salvar a Hannah.

El camión anduvo por mucho, cada vez hacía más frío, si, estaban en invierno ya, pero el camino estaba con nieve, uno de los hombres que iba también en el camión habló —Nos llevan a Auschwitz, fue lo que les escuché deci. —Hannah cerró sus ojos, el cruel destino la había rondado tanto que ya la había alcanzado, nadie podría salvarla ahora. Sola había caído en esto, fue una tonta se repitió todo el rato, por pensar que podría vivir una vida que no le correspondía, los alemanes habían dictado que ellos no merecían vivir y ella se había burlado de ellos ya por mucho tiempo.

El frío arreciaba, estaban sentados los cuatro juntos, la más joven de las

judías de la casa se habían escondido tan bien que nadie se dio cuenta de que ella no estaba, hasta que llevaban unas horas viajando. —Lo lamento tanto— era lo que repetía Hannah, la culpa la invadía, fueron por ella, si, pero al tratar de salvarla todos fueron envueltos en la misma situación. —Tranquila Hannah, nosotros fuimos a ayudarte por voluntad, nadie nos obligó, cuando entramos en la casa sabíamos que sucedería, no es tu culpa —juntos abrazados en el camión, entraron por la puerta del campo, había nieve y judíos corriendo de una lado a otro, algunos trabajaban en la construcción de una barraca, y otros cavaban unos agujeros. Los hicieron bajar, separándolos entre hombres y mujeres. Hannah junto a Agnes y Esther otra de las empleadas de la casa, además de otras cinco mujeres, fueron llevabas corriendo hasta el lado norte del campamento, guiadas por mujeres que las empujaban y gritaban. Formadas en filas, esperaron que se las revisara, le quitaron las joyas que llevaban, Hannah agradeció que todo lo que realmente le interesaba estaba en casa de Günther, así no perdería nada de lo que atesoraba tanto en manos de esos alemanes asesinos.

El médico las revisó de vista, tocando sus brazos y viendo bocas, las mujeres más ancianas fueron asesinadas en ese mismo instante, con un disparo en la cabeza, Hannah cerró sus ojos, pensó que en cualquier momento el siguiente disparo sería en su cabeza, pero ella junto a Agnes y otras dos mujeres fueron llevadas a las barracas para cambiar sus ropas y luego trabajar. Ahora comenzaba su real tragedia.

***

¿Cómo empezó todo esto? fácil, Helen conocía a Kerstin, se encontraron en un salón de té en Berlín, donde había ido Kerstin para hablar con Stefan, ambas se conocían desde niñas por sus familias, hablaron de su vidas y Kerstin contó la rabia que sentía por una estúpida que le había quitado el amor de su vida, relatando todo, Helen solo unió detalles. Además de manera morbosa llevaba en su cartera una fotografía de Emilie, Hannah y ella para poder denunciarla en cuanto tuviese la oportunidad, Helen siempre había sentido envidia de la dos, primero porque ellas eran muy hermosas y ella no tanto, ambas tuvieron hombres que las amaban y ella tuvo que casarse con un viejo que odiaba. De la única manera en que se sentía mejor era ocasionándole dolor, y que mejor que contarle a Kerstin que esa mujer que había robado el amor de su hombre, era una maldita judía que no merecía vivir un día más. Así fue como Kerstin puso la denuncia y el ejército fue tras ella.

Cuando supo por un telegrama que Helen le envió que la orden había sido ejecutada sonrió feliz, esa mujer que se había convertido en una piedra en su zapato, ahora tan solo era polvo, que más temprano que tarde se desvanecería y ella podría disfrutar de lo que tanto deseaba.

***

El frío se calaba por los huesos, el delgado vestido que usaban no servía para sentirse protegidas, Hannah tenía un sweater de botones que usaba sobre este, pero aun así el frío era muy intenso.

Trabajaban lavando la ropa de los soldados y oficiales, debían planchar y tener mucho cuidado con dejar la ropa mal lavada o planchada, eso te costaba la vida. Hannah estuvo ahí una semana, hasta que el oficial a cargo la llevó para que limpiase la casa, ya que la mujer que estaba antes había sido ejecutada y nadie se había hecho cargo de la limpieza. No podías mirarlo a los ojos, a menos que ellos te lo ordenaran, si te hablaban tu obedecía.s de inmediato, si deseabas vivir un poco más debías ser lo más complaciente con ellos. Este oficial era un hombre burdo y mal educado, no aceptaba que nadie le dijera que estaba equivocado. Hannah debía mantener todo limpio, esa es su labor, había una mujer alemana que cocinaba, el no permitiría que una sucia judía tocara sus alimentos. Al menos, estar ahí durante el día le evitaba los fríos de fuera, pero al terminar todo debía regresar a las barracas, cada día era peor que el anterior, veía morir gente, si los que descendían de los camiones eran viejos, eran ejecutados rápidamente, una mañana llegó una mujer con un evidente embarazo, ella también fue asesinada en ese mismo instante, Hannah al verla caer al suelo, con una bala en su cabeza y luego otra en su barriga, solo pudo llevar sus manos a su propio vientre y sentir el dolor, eso le sucedería en muy poco tiempo, cuando su barriga comenzara a notarse. Cada día era una cuenta regresiva para su fin.

Del otro lado de la alambrada, veía a Johan y Aarón que trabajaban en la construcción de una barraca gigante, luego llego al oído de todos que construían una cámara donde los iba a bañar para desinfectar a todos lo que tuviesen piojos o cualquier bicho que pudiese ser contagioso, Johan sabía que eso no era cierto, el había escuchado ya lo que sucedía con los judíos que entraban en esas duchas, ninguno salía de ese lugar con vida.

No podía dejar de pensar en Günther, que había sucedido con él, solo los había ayudado, pero para todos ellos esa ayuda es traición, solo esperaba que no fuese tan grave su castigo y pudiese regresar a su hogar, claro ahora sin sus

amigos estaría solo, pero sabía que Günther es un hombre fuerte y encontraría la manera de salir adelante, después de todo lo que había sucedido.

Capítulo Vigésimo Cuarto

La mañana comenzaba muy bien para Stefan, había encontrado la dirección de Günther, así podría ir donde ellos y tratar de recuperar a su esposa, había gestionado unos días aludiendo a los problemas con su padre y se le fueron otorgados, pero esa misma tarde recibió una llamada, su tía, hermana de su madre, lo necesitaba con urgencia, su hijo estaba preso en Berlín por proteger y amparar judíos en su casa, cuando oyó eso, Stefan sintió que moría en ese mismo lugar, si lo habían detenido lo más seguro es que fuera Hannah la judía que estaba siendo amparada. Subió a su vehículo, ordenando al chofer que lo llevase lo más rápido hasta el ministerio de guerra, donde en los calabozos, estaba detenido su primo hace más de tres semanas.

Corrió por los pasillos, hasta llegar a las oficinas de sus superiores donde apeló por la libertad de su primo, lo atribuyó al engaño de las personas que trabajaban para él, luego de recibir el regaño por tener un pariente que hacía ese tipo de cosas y de darse cuenta de que no contaban con la información de que Hannah es su esposa, dejaron libre a Günther.

Lo vio aparecer por un pasillo, lucía demacrado y más delgado, esas tres semanas fueron de tortura y horror.

—Se llevaron a Hanna. —dijo el mirándolo con dolor, no pude hacer nada, además se llevaron a todos los que trabajaban en mi casa, son todos judíos

—¿Y no lo sabías…? ¿Verdad? —preguntó mirándolo fijamente.

—Lo sabía, son mis amigos, yo los protegía. Lo de Hannah no lo sabía, ella no me dijo nada, maldición, pude hacer algo si lo hubiese mencionado.

—Bien, iremos por Hannah, debemos averiguar donde la llevaron.

—Fue llevada a Auschwitz, eso dijeron los soldados en el auto, que el camión iba a Auschwitz.

—Hace cuantos días que ocurrió esto Günther. —su mirada de preocupación era evidente, el campo de Auschwitz no es uno donde los judíos duraran mucho tiempo.

—Tres semanas ya…

—¿Cómo?... ¿tres semanas? Y tan solo ahora me avisan.

—No pude hablar con nadie, y mi madre no estaba en casa cuando le

llamé, Kerstin no quiso escucharme cuando la llamé. No pude hacer nada por ella antes.

—Scheibe (mierda), hemos perdido mucho tiempo.

Rápidamente subieron al auto, llegar hasta Auschwitz era primordial, fuera de todo reglamento, Stefan subió a un tren, que llevaba más judíos hasta ese campo, no sabía cómo lograría sacarla de ahí sin levantar sospechas. No podía presentarse ahí como su esposo, eso lo haría ir directo a un calabozo y quizás hasta la muerte.

Günther tenía amigos en Polonia, con uno de ellos se quedaría en ese lugar, esperando por los resultados y poder sacar a Hannah y sus amigos de ese campo.

Con la ayuda de Kaspar amigo de Günther consiguieron sellos falsos para crear un documento donde se ordenaba entregar a cinco judíos, como Stefan llevó su vehículo en el tren, era fácil poder entrar en el lugar, pero necesitaba otro para sacarlos de ese lugar. Ese fue el trabajo de Kaspar. Robó un camión negro en la noche y lo pintaron con las insignias nazis. Estaba todo listo, Kaspar consiguió los uniformes para Günther y otro hombre que manejaría el camión.

Esa noche casi no pudo dormir, debía enfrentar a su esposa de esa manera, tenía miedo de que ella ya estuviese muerta. Agradecía. la magnífica ayuda de Kaspar, quien se dedicaba a dar documentación falsa a judíos en refugios para sacarlos de Polonia y ponerlos a salvo.

Günther bebía una copa de vino mirando el contenido de su copa sin pestañar.

—Lo que buscas no aparecerá en esa copa mi amigo.

—Kaspar yo… debí hacer algo antes.

—Tú no sabías que ella era judía mi querido amigo, no tenías como ayudarle.

—Es la misma historia, está embarazada y…

—Pero no es tu hijo esta vez. Eso debes entenderlo, es la esposa de tu primo.

—Estoy confundido, yo siento muchas cosas por ella, pero también.

—No sabes si es por lo que perdiste o porque de verdad la quieres, ¿no es así?

—Es así, ¿aún tienes el contacto del barco en Stutthof? ¿Crees que podrían sacarnos?

—Si, lo hará, será un viaje de unos días hasta el barco y luego hasta América ¿la llevarás contigo?

—Si ella no se queda con Stefan la sacaré de aquí, el no puede hacer nada por ella, su ejército es más importante que su esposa.

—Ten cuidado en lo que te involucras mi amigo, buenas noches, voy a dormir, mañana todo comienza temprano, descansa tu también.

—Si, gracias.

A las siete de la mañana, entraba Stefan en su auto conducido por Günther, quien entregó los papeles en la guardia para poder acceder al campo, luego Stefan fue conducido hasta la oficina donde lo recibirían.

Le abrió la puerta una mujer de mediana edad, sonrió con cordialidad y tomando su abrigo y gorra, lo hizo pasar hasta la oficina del comandante a cargo. Que provisoriamente era solo un teniente coronel. Algo que servía mucho en este caso, el teniente no podía negarse ante la autoridad que ejerce el rango de SS Standartenführer de Stefan (coronel mayor)

—Herr Standartenführer… buen día seño. —dijo el hombre entrando en la oficina cuadrándose de manera casi perfecta, olía a licor y muy fuerte.

—Buen día, traigo documentos, necesito llevarme cinco judíos que trajeron a este lugar, deben ser interrogados por mis oficiales.

—No he recibido ninguna información.

—No me extrañaría nada que la recibiera y la perdiera, huele a licor, y de días, como puede mantener un lugar tan importante como Auschwitz en estado de intemperancia, ¿qué sucederá si informo lo que veo aquí?, su uniforme mal puesto, no fue capaz de colocar bien sus insignias. ¿Cómo puede dirigir este lugar?

—Herr Standartenführer, solo es que.

—No diga mas, —Stefan cuando quería parecer temerario, daba mucho miedo, su mirada azul se transformaba en algo gélido. Su voz inspiraba el mayor de los temores, abrió la puerta de la oficina entregándole la orden a Günther que lo acompañaba y junto con el soldado del campo fueron hasta las barracas por los judíos que necesitaban.

Entró una mujer con una bandeja con café, Stefan lo recibió debía parecer tranquilo y normal. El hombre comenzó a ponerse nervioso, una amonestación más por el alcohol podía quitarle sus privilegios, quiso tomar unas cajas para buscar unos papeles, y todo se le vino abajo, sus manos tiritaban por el licor. Caminó hasta la puerta abriéndola y gritando como un loco —¡¡que venga la

maldita muchacha a ordenar todo esto!! —se sintieron pasos veloces por todos lados, hasta que una mujer entró por la puerta, sin mirarlo se quedó de pie, —¡qué esperas maldita perra judía, ordena todo esto, se vino abajo y todo por tu culpa! —Stefan bebía café sentado sin siquiera mirar lo que sucedía. La mujer dio unos pasos para ordenar todo lo que estaba en el suelo, cuando el teniente la tomó por el cabello con fuerza gritándole —por tu culpa perra judía estoy quedando mal —lanzándola al suelo con fuerza la mujer se estrelló con la pared, pidiendo disculpas al teniente, Stefan al oír la voz la miró, esa voz, nunca podría olvidarla, Hannah estaba en el suelo, con un ojo morado seguro de días y el labio partido también de días.

—Ordena ahora maldita ¡qué esperas! —fue a golpearla otra vez pero esta vez Stefan detuvo su brazo, evitando que la golpeara, tomándolo por detrás, lo rodeó con su brazo, haciendo una rápida maniobra le quebró el cuello al teniente, dejándolo caer al suelo. Hannah no miraba, se había tapado el rostro cuando el hombre intentó golpearla.

—Hannah, amor mío, tranquila soy yo ¿estás bie. —dijo quitándole las manos del rostro, para que lo mirase y poder acariciarla.

—¿Stefan…? ¿Tú? ¿Qué haces aquí?... ¿Cómo diste conmigo?... —preguntaba sin poder creer que estaba delante suyo.

—No hay tiempo de explicar, vamos, debemos salir de aquí.

Dejó la oficina colocándole llave para que nadie entrase en ese rato. Bajaron la escala, ella caminaba detrás de él, como debía ser, al llegar al medio del campo estaban reunidos y ya contaban con Johan y Aarón, pero Agnes había muerto hace una semana en manos de un soldado, al igual que Esther. Los subieron rápidamente al camión, dejando el lugar tan rápido como llegaron, fueron hasta los límites de Polonia, donde Kaspar contaba con un refugio, entre el bosque, muy oculto.

Kasper detuvo el camión y ayudó a bajar a Hannah y los otros dos hombres. Al ver a Günther se abrazaron con fuerza, claro que el lamentaba enormemente la muerte de Agnes. Miró a Hannah con dulzura, vio su rostro magulladlo por la culpa de esos malditos, pero luego ella posó sus ojos en otra persona que estaba ahí, su esposo, Stefan sonrió al verla, sonrió con alivio, con cariño, con amor, pero Hannah recordó lo que había sucedió en casa de sus padres. Caminó hasta el, mirándolo a los ojos solo dij. —muchas gracias por tu ayud. —todos entraron en el refugio, donde los esperaba un baño caliente ropa limpia y comida.

Hannah se vestía después de haber tomado un reconfortante baño, cuando la puerta se abrió, solo estaba con su enagua, Stefan entró en la habitación, vio su pequeño vientre, tenía ya como seis meses con una barriga muy pequeña, quizás por los nervios y el hambre que vivió en ese lugar a diario.

—¿Cómo está el bebe…? —preguntó llevando su mano al vientre de Hannah, pero ella rápidamente se alejó de su lado.

—No lo sé, al menos sigue dentro de mí, lo siento moverse a veces.

—Yo… yo. —miró sus manos cuando ella se corrió de su lado, para luego pasarlas por su rostro, estaba desesperado, dio unos pasos para luego sentarse sobre la cama.

—Te acostaste con esa mujer, ella me lo contó todo, así que no lo niegues, me dejaste sola en el hospital Stefan sola, y te fuiste con ella.

—No pude ir por ti, fueron por mí a la casa, y no puede yo les pedí que te recibieran.

—No digas eso, solo agrava todo, tú me dejaste sola, no me visitaste ningún día, solo por la vergüenza que sentías por engañarme… tu conciencia no te dejó visitarme, te revolcaste con esa mujer, sucedió como ella dijo que sucedería cuando habló conmigo, demoraste poco, no puedo ni mirarte a la cara.

—¿Por qué te fuiste con Günther? No lo conocía. —dijo tratando de salvar su posición dentro de todo lo que sucedía.

—El me visitó en el hospital, algo que tu no hiciste, el fue por mí al hospital, algo que tu como mi esposo debiste hacer. El me ofreció un techo donde vivir, no tenía donde ir.

—Pensé que irías a nuestra casa en Berlín.

—Donde esa partidista nazi, nunca, ella me odio desde el primer día que me llevaste ahí, solo tú no lo veías. Estaba sola, y tú con ella.

—Nunca estuve con ella, solo fue… yo no… sé que no tengo disculpa, cometí un grave error, pero yo te amo, no me prives de tu compañía.

—No puedo estar contigo después de todo eso, tu rompiste mi corazón, me hiciste confiar en ti, me hiciste amart. —dijo con su voz quebrada producto del llanto, el dolor de todo lo que sucedía la superó totalmente —para luego traicionarme con esa mujer, las semanas que estuve en el campo, solo deseaba morir, que ese maldito desgraciado luego me pegara un tiro para no tener que estar en esa constante agonía, solo pensaba todo el día en que estabas con ella, mientras yo estaba ahí, con tu hijo en mi vientre sufriendo los más intensos

horrores.

—Me siento muy mal por todo lo que viviste, pero te busqué y no estabas en ningún lugar que fuese conocido, no sabía donde Günther vivía y cuando lo averigüé fue imposible para mi poder ir hasta ese lugar, yo…

—Lo sé Herr Kommandant, su país, su ejército y su Führer son mucho más importantes que su esposa judía.

—Hannah no digas eso, por favor, yo te amo, no puedo vivir más todo esto sin ti, te necesito.

—Me parece que viviste perfectamente bien todo este tiempo, no me necesitas.

—Por favor no hagas esto conmigo.

—Esto lo hiciste tú, no yo. Agradezco que fueras por mí a ese lugar, de verdad, pero creo que lo nuestro, no puede ser al final, creo que no es posible una historia así, somos muy distintos, yo me entregué a ti por completo, te di mi corazón y hubiese dado hasta mi vida por ti, pero para ti no soy más que una judía, todo es más importante que yo, eso quedó demostrado, lo mejor es que hagas tu vida con Kerstin, ella te ama y serás feliz con ella, es la mujer adecuada.

—¡¡Basta no!. —dijo golpeando con su puño un mueble de madera que estaba junto a él —esta vez no de desaparecerás de mi vida, esta vez estaremos juntos, yo te elegí a pesar de todo, yo te amo y te quiero en mi vida.

—No me amaste lo suficiente, porque me dejaste en el hospital y metiste a esa mujer en la cama.

—Hannah yo…

—No Stefan, ya nada puede arreglarse, no entre nosotros. Nada más — entró otra vez en el baño cerrando la puerta, para dejarse derretir por la pared hasta que llegó al suelo, lloraba en silencio, sabía que todo había terminado y el nosotros entre ellos, ya no existía.

Capítulo Vigésimo Quinto

Cuando Hannah abrió sus ojos en la mañana, se quedó un momento en la misma posición hasta que se giró y vio a Stefan durmiendo en el sillón de la habitación, sintió una gran ternura al verlo, pero no podía dar su brazo a torcer, el había fallado de una manera muy grave, metiendo en su cama a esa mujer detestable. Al moverse en la cama, Stefan se despertó, levantándose rápidamente se acercó hasta ella. —¿estás bien. —dijo tomando sus manos entre las suyas. Hannah solo asintió soltándose rápidamente de las manos de Stefan.

—Sé que cometí un grave error, lo sé, sé que yo no te perdonaría quizás por algo así, sé que no tengo excusa, no diré nada a mi favor, porque no hay nada que me disculpe —volvió a tomar las manos de su mujer entre las suya. —yo te amo, y si eso significa algo para ti, te pido que me perdones, yo te amo, no quiero y no puedo estar más tiempo lejos de ti. Por favor.

—Todo esto ha causado un quiebre entre nosotros, nuestra historia nunca debió ser, nunca debimos estar juntos, pero lo estuvimos, yo te amo, aprendí a amarte, sé que no eres como los demás, eres distinto, pero esto, no puedo, aún no puedo, es difícil para mí mirarte y no verte con ella, es muy difícil y doloroso. Necesito estar sola, pensar en todo esto.

—No puedes dejarme, no puedes, yo no puedo y no quiero estar lejos de ti, Hannah por favor no hagas esto.

Golpearon la puerta con insistencia, Günther estaba de pie esperando para poder hablar con Stefan. Los informantes de Kaspar le dijeron que los estaban buscando, ya se había informado lo que sucedió y encontraron el cuerpo del teniente. Los tres se miraron, Stefan sabía que si lo descubrían todo esto sería una condena para él, traición pagada con la muerte. Günther le propuso ir con ellos en el barco que estaban organizando para escapar. El quedó impactado no sabía que Hannah se iría con él, no sabía que escaparía con Günther, claro su primo luego le aclaró que no le había dicho nada aún, pero sabía que Hannah lo único que quería era encontrarse con sus hermanas que están en Estados Unidos. Stefan caminó de un lado a otro, mirando desesperado a Kaspar y Günther.

—Debo asumir lo que hice, debo tratar de explicar lo que sucedió, yo iré

para hablar con ellos, para que ustedes puedan escapar de todo esto.

—¿La dejarás otra vez? ¿Eso es lo que harás? —Le dio una mirada con furia —yo no la voy a dejar, eso te lo digo ahora, ella es parte de mi vida ahora, sí, es tu esposa, pero ha pasado más tiempo lejos de ti que contigo, yo no la voy a dejar, no aquí, donde ella corre peligro constante, si no pude hacer nada por mi Lucille, si lo haré por Hannah. No la voy a dejar.

—Es mi esposa, no puedes adueñarte de ella, es mi mujer, lleva mi hijo en su vientre. —lo enfrentó, si por alguien podía llegar a perder a Hannah, ese era Günther, así lo sentía, la vio muy cercana a él, verla así lo llenó aún más de miedo.

—Si, y por eso mismo no la voy a dejar, si ella acepta, se irá conmigo en el barco que nos esperará en unos días más, si ella no quiere irse de aquí, me quedaré a su lado, pero sola no la voy a dejar.

La puerta de la habitación se abrió dejando ante ellos a Hannah, lucía muy pálida el golpe en el ojo y el labio se hacían más evidentes con su palidez. Al ver a Günther, Hannah caminó hacia el abrazándolo con fuerza, para soltarse en llanto, Stefan estaba impávido, quiso acercarse y arrancarla de los brazos de su primo. Ella solo repetía que sentía mucho la muerte de Agnes, pidiéndole disculpas por no poder hacer nada por ella. Günther le pidió calma, le dijo que todo estaba bien, luego vio aparecer en la habitación a Aarón y Johan que también se abrazaron a ella. Ahora respiraban tranquilos, pero no estaban a salvo hasta que pudiesen escapar de ese lugar. Lo más lejos posible. Fue un momento muy intenso entre ellos, lo vivido en ese horrible lugar los uniría por siempre, los recuerdos buenos de la vida en casa de Günther y además en el campo de concentración serían memorias que nunca se borrarían.

—¿Qué sucederá ahora?, me imagino que no podemos quedarnos por mucho tiempo aquí —habló Hannah cuando todos se sentaron para comer algo por la mañana.

—Tenemos que organizarnos, esperar el mejor momento para salir, Kaspar ya consiguió documentos para escapar.

—Las cosas de mi madre sus joyas y la foto de mi familia todo quedó en tu casa.

—Sí, mi madre cerró la casa, todo quedó ahí, cuando todo esto terminé yo recuperaré todo eso para ti.

—Gracias Günther, has hecho mucho y lo agradezco de corazón.

—¿Cuándo es seguro ir hasta el puerto de Stutthof? —preguntó Stefan.

—Deberíamos viajar de noche, evitando los controles, ya sabemos por donde ir —respondió Kaspar.

—Bien, entonces lo mejor es que partan hoy mismo —continuó Stefan.

—¿No irás con nosotros? —preguntó Hannah.

—No, no puedo— bajó su cabeza sabía que esta respuesta representaba el fin junto a su esposa, pero es lo que debía hacer.

—Claro, no puedes dejar de lado tu país, ni tu ejército, menos por un montón de judíos ¿no?... permis. —dijo ella abandonando la mesa para ir hasta la habitación.

—¿Por qué no le dices lo que sucede? —le preguntó Günther asombrado.

—Prefiero que me odie a que sepa lo que puede suceder, será más fácil asumir eso, que la verdad, por favor que así se mantenga.

—Claro. —respondieron los hombres.

Hannah se encerró en su habitación, no quiso salir, estaba destrozada, pero respiró profundo y solo se repetía que debía salir de ese lugar lo más rápido posible, la posibilidad de encontrarse con sus hermanas era algo que se veía muy cercano, sintió un suave golpe en la puerta. Limpiando su rostro de las lágrimas dijo —adelante —vio asomarse a Stefan, su rostro demostraba lo destrozado que estaba por todo esto.

—Vengo a despedirme —avanzó hasta ella, tomando sus manos entre las suyas, Hannah quiso quitarlas pero no lo hizo, deseaba enormemente sentir el contacto de su piel con el suyo. —debo partir ahora, debo presentarme en Berlín.

—Claro, lo sé, debes cumplir con tu deber ¿no? —sus ojos se llenaron de lágrimas pero trató de no derramar ninguna, aunque fue imposible, con solo una pestañada estas rodaron por sus mejillas.

—Yo tengo esto, que dejaste en casa de mis padres —metiendo su mano al bolsillo sacó de este el anillo de matrimonio que ella había dejado sobre la mesita de noche —es la segunda vez que lo dejas, ahora consérvalo al menos como recuerdo de lo que fuimos.

—Stefan, yo lamento que esto fuese así, lamento que yo no pudiese ser más importante para ti, dentro de mi quise tanto que me amaras, quise tanto que lo que tuvimos fuese eterno, pero ya veo que no es posible, yo espero que tu vida en el ejército te haga feliz, y que encuentres algún día la paz por todo lo que ha sucedido.

—Y. —dijo mirando hacia su vientre, arrodillándose para colocar sus manos en este, tras darle un beso dijo —soy tu padre, espero que algún día nos podamos encontrar, se que lo importante es que estés a salvo y junto a mí no lo estarás, cuida a tu madre, ella ha hecho mucho por mantenerte con vida, te amo pequeño, espero que sientas el amor que tengo por ti. —Hannah derramaba lágrimas cargadas de dolor, limpió su rostro, sintiéndose en cada momento más triste, más sola.

—Adiós Stefan. —dijo alejándose de él, dándole la espalda, acto que dolió en lo más profundo de su corazón, pero debía hacerlo, igual de doloroso fue para él, que solo deseaba estrecharla entres sus brazos.

—Cada vez que llueva, recordaré ese primer beso, la primera vez que sentí que tenía la suerte de tener una mujer como tú a mi lado, un beso bajo la lluvia que nunca olvidaré. Adiós Hannah.

Ella sintió los pasos rápidos de Stefan para salir, Hannah soltó un llanto desesperado, deslizándose por la pared quedo sentada en el helado suelo de la habitación, llevando una mano a su vientre y la otra a su boca, sintiendo un vacío enorme, ahora sabía que nunca más lo vería, sabía que había perdido al hombre que amaba, quizás nunca podría superar el dolor de esta partida. Sabía que su hijo, le recordaría por siempre el amor de ese hombre, que hizo todo por ella, aunque falló, fueron más veces que intentó salvarla y tenerla junto a él. Esa noche Hannah, Günther, Johan y Aarón tomaron camino hasta el puerto de Stutthof donde les esperaba una embarcación que los llevaría hasta un lugar donde estuviesen a salvo.

***

Stefan entró por las oficinas del ministerio de guerra, donde lo esperaban sus superiores, había sido citado para aclarar todo lo que sucedía. Los soldados de Auschwitz comunicaron que él junto con otros hombres sacó de ese lugar a tres judíos para llevarlos a interrogación y que el teniente coronel a cargo del recinto fue hallado muerto.

Fue enjuiciado severamente, su actuar merecía castigo de muerte por traición, pero su tío y su padre, que ya estaba mejor en casa viajó para solicitar una pena más baja, tomando en cuenta la larga trayectoria familiar de fidelidad en el ejército, que Stefan tenía condecoraciones por salvar a superiores, además de realizar misiones importantes, que no olvidaran que todas las estrategias de ataque formuladas por el los llevaron a victorias seguras, luego de definir entre ellos, no fue condenado a muerte en primera

instancia, pero si fue enviado al frente, se uniría a los hombres que iban a la invasión a Rusia, que era casi lo mismo, estar en el frente peleando directamente era casi esperar en cualquier momento un destino fatal, su tío y su padre no estaban contentos con esto, además que fue degradado a teniente, lo que lo hacía partícipe de los enfrentamientos insitu. Alemania venía de varios enfrentamiento perdidos y la solución de todo para ellos es tomar Rusia, el Reich estaba decidido a invadir, y el debía llevar a cabo eso, en el mismo frente, luchando con los hombres.

Stefan entendió con esto, que también es una condena de muerte solo que más a largo plazo, ir al frente en una guerra es enfrentarse a la mismísima muerte.

Unos días después estaba junto al pelotón en Polonia que se dirigía a Rusia, su tío llegó hasta ese lugar, dejándole cigarrillos, comida en latas y un abrigo para cuidarse. Pero no fue solo, estaba acompañado de Kerstin que no perdía la oportunidad de conseguir algo con Stefan, al verla lo único que hizo fue acercarse hasta ella y tomarla del abrigo moviéndola con fuerza —¡¡por qué hiciste eso!! ¿Creíste que enviando a mi mujer a un campo de concentración me acercaría a ti? —su tío le pedía calma, le pidió que la soltara todos los miraban asombrado. —yo solo quiero lo mejor para ti… siempre lo he querid. —dijo arreglándose la ropa.

—Destruiste mi vida, eso fue lo que hiciste, no quiero verte nunca más en mi vida, no eres nadie para mí.

—La perra judía se secará en el campo de concentració. —dijo mostrando su verdadera cara, llena de odio y resentimiento.

—Mi esposa, está a salvo, no pudiste con lo que intentaste hacer, quizás no estamos juntos pero ella es libre y pronto no reuniremos.

—Espera, deseo que tengas paciencia porque esperarás por siempre.

—Eres detestable. —dijo pasando por su lado golpeando con su hombro con fuerza.

Subió al vehículo que lo transportaba junto con su coronel hasta el frente, les esperaba un largo viaje hasta la frontera. Estaba claro que quizás no regresaría, nunca conocería a su hijo, que no volvería a ver a la mujer que ama, pero lo dejaba tranquilo que ella estaba viva y así continuaría. Solo espera poder repetir alguna vez un beso bajo la lluvia con la mujer que ama.

Capítulo Vigésimo Sexto

El viaje se volvió muy difícil, se enfrentaron a las inclemencias del tiempo, que azotó la embarcación, pero lograron llegar hasta Irlanda, donde fueron recibidos por una familia del puerto, que los ayudó a reparar la embarcación, Hannah volvía a estar con complicaciones tuvieron que posponer su viaje, una mujer que la atendió en el pequeño poblado de Howth, le recomendó descansar unos días, las personas de ese lugar sensibilizaron con los que les sucedió y escuchaban horrorizados los relatos de Johan y Aarón sobre la vida en los campos de concentración. Atrasaron su viaje casi un mes, cuando Hannah se recuperó, Günther retomó el viaje. Aún quedaba una larga distancia por recorrer.

—¿Estás bien? ¿No hay problemas?

—Todavía me mareo en este lugar, el mar es increíble, pero provoca muchos mareos anoche vomité toda la noche.

—Lo lamento, ya queda menos de viaje, bueno igual son algunas semanas, pero luego de esto serás libre y podrás respirar en paz.

—Nunca podré respirar en paz, que sucederá si la familia de Stefan quiere a su hijo…

—Ellos no irán por ti, eres judía y te odiaran aunque la guerra terminé. Son iguales a mis padres

—Johan me contó lo de Lucille, lamento mucho todo lo que viviste.

—Ella es una mujer que nunca podré olvidar, la amé con todo mi corazón, pero fui cobarde, todo lo que sucedió fue mi culpa y yo, no podía permitir que tú vivieras lo mismo que ella. Al menos así puedo resarcir algo mi culpa.

—No te sientas culpable, la vida es algo incierta siempre y no sabemos a qué nos enfrentaremos o como reaccionaremos, pero agradezco mucho que me hayas ayudado, incluso por resarcir tu error como lo dices, mi hijo y yo estaremos por siempre agradecidos de ti.

—Cuando lleguemos a New York, iremos hasta donde un amigo que nos recibirá. Hice traslados de fondos hace mucho tiempo, cuando esto comenzó, tendremos dinero para comenzar.

—Quiero buscar a mis hermanas, ellas son lo único que me queda.

—Lo haremos, verás que rápidamente las encontrarás y no son lo único

que tienes, me tienes a mi yo estaré junto a ti, si así lo deseas, además sabes que tienes a Johan y Aarón que te tomaron mucho cariño.

—Yo también a ellos, son unas personas únicas, lamento mucho lo de Agnes, ella sufrió tanto en ese lugar, yo quise… pero…

—No digas eso, y no recuerdes ese tiempo en ese maldito lugar, debes tratar de dejar atrás todo eso, verás que te recuperarás de todo.

***

A pesar que en el año 1939, Alemania y Rusia habían firmado un pacto de no agresión para Alemania fue solo temporal, desde 1941 que estaban atacando y avanzando en Rusia, ahora Stefan llegaba a continuar con ese ataque perfecto a los ojos Reich.

Todo lo que tuvo que hacer se caló profundo en su corazón, respiraba tranquilo al pensar que no tenía que mirar a Hannah después de habar matando sin control a todos los judíos capturados, con los equipos de Einsatzgruppen (equipos móviles de matanza) liderados por él, donde se dio muerte a los judíos soviéticos, luego se hicieron improvisados Guetos donde se llevaban a los judíos y prisioneros rusos. Con cada ataque el poder de Alemania quedaba más demostrado y continuaban el avance del ejército. Junto al IV ejército liderado por el hijo de un hacendado rico de Alemania, llamado Von Paulus. Solo deseaba que todo esto terminase luego, estar lejos de Hannah se volvía una secreta agonía que lo carcomía por dentro, sintiendo que su cuerpo se destrozaba sin poder saber si ella estaba a salvo, si habían podido salir de Alemania, que el viaje en barco fuese seguro. Sabía que no podía esperar una carta, entendía que nunca más podría saber nada de ella, vivir en la incertidumbre de nunca más poder saber si Hannah vivía, si su hijo estaba bien, lo mataba de a poco todos los días, en ocasiones solo deseaba sinceramente que una bala terminara con su vida, para que la agonía de vivir así, acabara de una vez. Pero había momentos, momentos de perfecta lucidez en que se pedía vivir, terminar con todo e ir tras ella, porque algo decía. que algún día la volvería a ver.

***

Cuando la puerta de la cabina de Hannah sonó con un golpeteo apurado, se levantó de la cama para abrir la puerta, su vientre había aparecido de un día a otro, la paz de la libertad dijo Johan, ella abrió, viendo ante ella el rostro de felicidad de Aarón. —venga esto será maravilloso. Le tomó la mano para

ayudarla a pasar por el estrecho pasillo de la embarcación. Cuando la luz del día dio en sus ojos, llevó su mano sobre sus ojos para que la luz lo molestara tanto, vio a Günther sonriendo feliz —estas a salvo, llegamo. —ante ellos la gran figura de la libertad, Hannah derramó lágrimas de emoción, aquella señora con una corona sobre su cabeza, una antorcha en la mano simbolizaba que había escapado a todo ese horror, se abrazó con fuerza al hombre que hizo posible todo, dándole una oportunidad de vivir a su hijo, sacándola de todo ese horror en el que estuvo envuelta. Ver la gran figura de la estatua de la libertad fue el momento más glorioso de este último tiempo para todos ellos. No pudo evitar pensar en Stefan, el había quedado en toda esa guerra, aunque fuese su decisión, el honor y el deber estaban muy marcados en su crianza y ella no pudo contra eso, pero al menos tenía algo que lo haría parte de su vida por siempre. Llevó su mano a su vientre, sonriendo entre todas sus lágrimas, feliz de poder estar ahí, a salvo, lejos de toda la muerte que los rodeó por tanto tiempo. Lamentaba enormemente todo lo que quedó atrás, sus padres, no pudo sacarlos de todo eso y darle una oportunidad, Emilie que también le ayudó y murió rodeada por los brazos del hombre que tanto amaba. Recordó a Marcel que la recogió de la calle, brindándole toda la ayuda siendo ella una desconocida, solo esperaba que él y sus hijas estuviesen a salvo. Cerró sus ojos, recordando con dolor a todos los que quedaron atrás, sintiéndose una gran afortunada por llegar hasta este momento.

—Bien, llegamos ahora debemos lograr que nos dejen entrar, sé que no es fácil, esperemos que todo resulte bien.

—Si no nos dejan, ¿qué haremos Günther?

—Me encargaré de todo, no te preocupes, no permitiré que algo más suceda, tranquila.

El barco se acercó a un muelle de la isla Ellis, un oficial de aduana se acercó, Günther habló en ingles con él, Hannah hablaba pero muy poco, no logró entender bien que decía.n, solo se daban miradas de preocupación con Johan y Aarón. Les pidieron los documentos de todos, el hombre le dio una mirada a Hannah, sonrió con cortesía, luego vio que Günther caminó con él hasta las oficinas, los observó hasta que los vio perderse en el camino. Los tres se quedaron mirándose, no sabían qué hacer, el capitán del barco estaría ahí unos días, dijo por si no lograban entrar, el debía comprar suministros y regresar, como ciudadano alemán no tenía problemas en volver, pero ellos no tenían en sus planes regresar a ese lugar. Luego de casi una hora Günther

regresó. Su expresión no era muy alentadora.

—Debemos esperar, van a corroborar todos nuestros antecedentes, no quieren refugiar a alemanes,

—Pero somos judíos, —intervino Joha. —nos exterminan allá.

—Si, y no les importa mucho, aquí no les exterminaran como allá pero si los discriminarán,

—Al menos seguiremos con vida. —dijo suspirando Aarón.

—Solo debemos esperar que corroboren nuestros datos, tienen listas con los alemanes oficiales y a cargo de todo.

—¿Pueden prohibirme la entrada? Mi apellido ahora es Klaus… son la esposa de un oficial mayor.

—No Hannah, Stefan me entregó tus otros documentos, los de soltera. Hizo unos especiales para que pudieras entrar aquí… el tuyo dice Hannah Shwarts… tu apellido real.

—El, ¿lo recordó…? solo se lo dije una vez…yo… ¿el hizo esto?

—Si… quizás hay cosas que deberías saber, cosas que no quiso que supieras…

—Yo… me siento algo cansada…

—Ven Hannah te llevaré a la cabina, descansa mientras se soluciona esto. —le habló Aarón.

***

Theodore estaba en su oficina, cuando el teléfono sonó, al atender e identificarse como la persona que solicitaban, el se quedó mudo, no lograba articular palabras. Logró pronunciar algunas y luego anotó en una hoja una dirección y un nombre. Pasó sus manos por su rostro, no podía creer lo que el hombre al teléfono dijo, tomó su chaqueta para dejar lo más rápido que pudo la oficina, su primera parada, fue el trabajo de Adam, cuando el capataz aviso que un abogado lo necesitaba y que estaba autorizado para ausentarse, Adam supo que algo muy grave había sucedido.

Fueron por las mujeres, luego hasta la isla Ellis, donde un hombre esperaba por ellos. El hombres se quitó la gorra de policía diciendo, —“Lo lamento mucho, pero la mujer que llegó murió, venía embarazada y luego enfermó, ha estado en aislamiento por dos semanas, pensamos que mejoraría pero no fue así” —Margot y Cecil rompieron en llanto. Adam abrazó a su mujer, tratando de darle el consuelo que buscaba. Theodore habló con el oficial y lo acompañó para verificar que la mujer se estaba en ese lugar era

Hannah. Caminó lentamente por un largo pasillo, sintiendo la angustia de tener que hacer el reconocimiento de la hermana de su esposa, contarle que si era su hermana la que yacía muerta en ese lugar. El hombre abrió una puerta, donde había muchos cuerpos en sacos negros sobre mesas, hacía mucho frío, su aliento se convertía en vapor al salir de su boca. El oficial que estaba acompañado por un médico lo llevó hasta una mesa, abriendo lentamente el cierre de la bolsa negra. Theodore llevó una mano a su boca, respiró y suspiró aliviado, no era Hannah, no era, pero aquella mujer era una jovencita, así como su cuñada. Al salir de ese horrible lugar, en dirección hasta donde lo esperaban los demás, vio correr a otro hombre, uno que venía muy apurado. Habló algo en el odio de oficial y este miró a Theodore, que ahora ya estaba nervioso, otro oficial llegó hasta ellos con su esposa, Margot y Adam.

—¿Qué sucedió…? —preguntó Margot.

—No es Hannah tranquila, la mujer no era Hannah.

Ambas hermanas se fundieron en un fuerte abrazo, Cecil miró a su pequeña hija diciendo, —"no es tu tía amor, no es. —el hombre les pidió que le acompañaran. Fueron hasta unos de los muelles, caminaron sintiendo el peso del mundo en sus hombros, no sabían con que se encontrarían ahora, Margot limpió sus lágrimas y recobró la compostura, ella debía estar bien, no podía dejarse abatir por nada, llegaron hasta una embarcación donde había un hombre de cabello claro junto a otros dos hombres de cabello oscuro, lucían barbas de días, cansados y algo fatigados. El oficial subió al barco a hablar con ellos, luego el más joven desapareció, los dos hombres miraban a los que esperaban en el muelle, ahora respiraban tranquilos, cuando el joven regresó a cubierta, acompañado de una joven mujer con un bebe en los brazos, solo se oyó un grito que dijo —¡¡Hannah! —en la voz de Margot. Hannah miró hacia el muelle viendo ahí a sus hermanas y sus cuñados, junto a una pequeña de unos dos años, llevó su mano a su boca, para luego gritar —¡¡Margot!! —Günther sostuvo al bebe para que pudiese correr por la pasarela que la llevaba hasta ellos. Apenas podía correr, hace poco que había parido, pero corrió de igual manera hasta ellos, fundiéndose en un abrazo fuerte, lleno de amor, de nostalgia y sobre todo desesperación, ambas lloraban y lloraban de felicidad al reencontrarse después de todo este tiempo, habían sido años de estar separados, años de dolor y distancia que nunca podrían olvidar, años de una agonía punzante, Margot tomó el rostro de su pequeña hermana para besarla en la frente y luego en las mejillas, se unió a este abrazo Cecil quien

no lograba hablar por el llanto, desde la cubierta Johan y Aarón limpiaban sus lágrimas productos de la emoción y felicidad. El oficial miró a Günther diciendo, —"bienvenido a Estados Unidos de América señor. —ellos bajaron viendo como Hannah se unía en ese abrazo a sus hermanas, sin soltarse un solo segundo, las tres unidas por la felicidad del reencuentro, un momento mágico que perduraría por siempre, estaban a salvo, juntas y ahora nada, ni nadie lograría separarlas otra vez. Theodore y Adam se acercaron a las tres mujeres que no se soltaban ni para respirar, mirándolas felices, después de tanto buscar y trabajar, ellas estaban juntas otra vez, unidas.

—Estás aquí… ¿estás bien…? Hannah pensé que nunca más te volvería a ver… lamento tanto todo lo que sucedió, lamento tanto no poder ir por ti mi pequeña hermana. —habló Margot.

—Estoy bien, estoy bien, no lamentes nada, no fue tu culpa, yo estoy bien, todo ya pasó, ahora estamos juntas.

—Nuestros padres estarían felices de vernos aquí. —intervino Cecil. —se que ellos saben que estamos juntas y bien, ahora todo será mejor ya lo verán.

Theodore saludó a su cuñada, también lo hizo Adam, que le presentó a la pequeña Hannah, en ese momento, ella se giró para llamar a sus amigos.

—El es Günther, el nos ayudó a llegar hasta aquí, es un buen hombre, un gran amigo. El es Johan y Aarón, también son judíos y estuvieron junto a mi todo este tiempo cuidándome y el es mi hijo, Stefan.

—Sean todos ustedes muy bienvenido. —dijo sonriendo Theodore, mientras Margot y Cecil se acercaban para conocer a su sobrino.

Luego de abrazarse unas cuantas veces más, Theodore les pidió que los acompañaran a casa, Günther se despidió del capitán del barco, que los había traído, bajaron las maletas para dar los primeros pasos hacia la libertad.

Capítulo Vigésimo Séptimo

La casa de Margot y Cecil no estaban aptas para recibir a personas, sus hogares eran muy pequeños, pero buscaron la forma de que su hermana se quedase ahí con ellos y su pequeño y recién nacido bebe. Günther habló con Theodore, el había traído consigo, oro y muchas cosas de valor que podía vender, para conseguir dinero y así un buen lugar donde vivir, mientras solucionaba lo de sus dineros en Suiza. Günther solo deseaba el bienestar de Hannah y Theodore y Adam así lo notaron, por unos días todos se quedaban en las casas de Margot y Cecil, pero luego de una semana, Günther consiguió un departamento cerca de donde ellos vivían, con tres habitaciones, así una para Johan y Aarón, una para Hannah y el bebe y otra para él.

El reencuentro fue emocionante y doloroso, estar otra vez unidas fue mágico, pero el dolor de no tener a sus padres fue mucho, Hannah relató todo lo que vivió, no omitió nada, su vida con los Fremont, su matrimonio con Stefan Klausen, la muerte de sus padres, y de Samuel, ambas mujeres solo lloraban al oír los relatos de Hannah, pero no quiso ocultar nada, tampoco el amor que siente aún por su esposo, amor que quizás duraría mucho.

—Si el apareciera aquí, ¿qué harás Hannah?, es tu esposo, tú tienes su hijo —preguntó Cecil preocupada porque el oficial alemán viniese por ellos.

—No vendrá, para él, es muy importante su país, su ejército, no los dejará.

—Perdóname mi querida hermana, pero ese hombre asesinó por salvarte, hizo lo posible por mantener con vida a nuestros padres, te buscó en los confines de la guerra en Francia, si él se equivocó al dejar entrar a esa mujerzuela a su cama, pero, no lo justifico, pero esa ramera se metió a su cama, ¿qué esperabas que él hiciera?, es un hombre, ahora él fue por ti a ese campo y te sacó exponiéndose a ser culpado de traición, te dio papeles para escapar, te dejó ir lejos de su lado, por tu bienestar, yo creo que él te ama, y que vendrá por ti, si sobrevive a todo esto. —Margot hablaba con el corazón, para ella Stefan no era un nazi, sino un hombre que amó a su hermana y merecía el beneficio de la dud. —Ahora el hombre que llegó contigo, él te mira con amor, sus ojos lo reflejan profundamente. No puedes negarlo.

—¿Günther?... no es solo que él vivió una historia parecida, amó a una judía y todos dijeron que yo se la recordaba, porque nos parecemos, pero es

solo eso.

—Yo creo que él siente algo por ti, de verdad.

—Margot, tú ves amor en todos lados, y no es as. —respondió Hannah, ella creía que Günther solo sentía cariño por ella, al ser tan parecida a Lucille.

—Bien, aunque ya llevas aquí una semana, no puedo dejar de sentir esa alegría de tenerte al fin con nosotras, esto es algo que nunca pensé que sucedería, estamos juntas, tienes a tu hijo, nuestro sobrino, un niño hermoso, nosotros te protegeremos ahora de todo, no dejaremos que nada nos separe. —los ojos de Cecil demostraban lo feliz que se sentía de poder estar al fin las tres reunidas otra vez, eran lo único que quedaba de su familia.

—Yo solo espero que esta horrible guerra termine pronto.— suspiró Hannah tomando en sus brazos a su pequeño que había despertado.

—Lo hará, he leído en el periódico que los alemanes están cercados en Rusia, los alcanzó el invierno de ese lugar, que todas sabemos es muy crudo, han muerto muchos hombres... —dijo Margot, pero luego se cayó al ver la expresión de preocupación de su pequeña hermana.

***

La nieve caía sobre los cuerpos de cientos de hombres que yacían muertos sobre el frío suelo, llevaban días atrincherados en Stalingrado, pero no tenían refuerzos, ni más municiones, ni menos comida. La desesperación comenzaba a atacarlos, sabían que estaban a poco de ser derrotados, los aires del final de la guerra estaban cada vez más latentes. Stefan sostenía entre sus manos la foto que había guardado de Hannah, una que tomó en el jardín de su casa, como la extrañaba, solo deseaba poder tener la oportunidad de volverla a ver, conocer a su hijo, porque él estaba seguro que sería un varón. Abrazarse con fuerza al delicado cuerpo de su mujer, ver esos ojos avellana que tanto amaba. Los ruidos de los cañones lo sacaron de su transe, tuvo que ocultarse, estaban rodeados, seguro de esta, ahora no podrían escapar.

Los días y semanas pasaban, no quedaban alimentos, el frío arreciaba de manera imponente, muchos ya habían caído por hambre y otros por las temperaturas muy bajas. Stefan había guardado en sus pertenencias galletas que hizo durar por mucho tiempo, comiendo de dos diarias e hirviendo nieve lograba tomar café con los últimos recursos que le quedaban a su pelotón. El ambiente de desesperación y muerte estaban cada vez más latentes. Junto a él un joven soldado que ya no lograba sostener un fusil en manos, este había

caído a sus pies y no tuvo el coraje ni la fuerza para tomarlo otra vez. Con dificultad respiraba producto del frío, tratando de sostener una pequeña fotografía, mirando a Stefan solo articuló —deseo volverla a ve. —luego el joven llevó el pequeño recuerdo del amor que dejó atrás a su pecho, para cerrar sus ojos para siempre, Stefan colocó la foto de la mujer dentro de la chaqueta del soldado, por si era enterrado, fuese junto a ella, que no la perdiera, el llevaba dentro de sus ropas la foto de Hannah, que de vez en vez sacaba para mirarla y no olvidar su bello rostro.

Las órdenes que continuaban recibiendo de Hitler fueron continuar atacando, no podían detenerse, pero ya no lograban continuar de pie, fue cuando que el comandante Paulus se rindió con los noventa mil hombres que quedaban. Esto no fue una gran noticia para Hitler, que se veía rodeado por la pérdida de su gran avanzada, quedando de manifiesto que ya nada más podía hacer y que todo estaba completamente perdido.

Stefan herido en su brazo caminó junto a al alto mando y los demás soldados, muchos cayeron por el camino. El frío y la hambruna fue el otro gran artífice de las muertes en esta guerra. Los grandes mandos fueron separados de ellos, que los destinaron a diferentes campos de concentración, mientras se daba término a la guerra. Las enfermedades como Tifus, disentería, tuberculosis y difteria fueron solo algunas de las enfermedades que atacaron a los soldados prisioneros, no solo debían soportar el frío a punto de congelación. Como castigo por la masacre cometida por los alemanes, los rusos hicieron trabajar a todos los que pudiesen ponerse de pie en la reconstrucción de la cuidad, claro debían soportar a veces temperaturas de —25 grados, Stefan vio como muchos de los jóvenes y más viejos caían muertos, sin poder hacer nada, solo continuar luchando por mantenerse con vida. Lo único que lo hacía mantenerse vivo era la esperanza de poder reencontrarse otra vez con la mujer que amaba, sabía que algún día tendría esa oportunidad.

***

Günther abría la puerta de la casa que compró cerca de las hermanas de Hannah, un lugar muy bonito que adoró a penas el abrió la puerta de ese lugar.

—Esto es muy acogedor, no debiste molestarte con est. —dijo entrando al lugar con Stefan en los brazos, el ya tenía un poco más de un año.

—Le prometí a Stefan que te cuidaría, se lo dije…

—Yo, solo hubiese querido que me dijeras lo que hizo allá, no cuando estábamos aquí

—El solo pensaban en protegerte, nada más, no quiso que te dijéramos, lo que pensaba hacer.

—Yo lo culpé, lo odié por eso Günther, estaba tan molesta, pude despedirme de él pero. —suspiró triste y abatid. —ahora ya no sirve de nada lamentarse ¿no? Solo me hubiese gustado tener una oportunidad de verlo otra vez, a pesar de que me engañó yo no puedo dejar de sentir lo que siento por él.

—Eso es normal, fue tu esposo.

—El es mi esposo, lo es aún, nunca dejará de serlo.

—Eres una mujer joven, solo tienes veintiséis años, puedes rehacer tu vida.

—Tengo un hijo que nunca conocerá a su padre.

—Tranquila, todo pasará ya lo verás, todo esto en algún momento quedará fuera de tu vida y podrás continuar.

Hannah comenzó su vida en casa con Günther, todos pensaban que ellos eran un matrimonio y que los otros dos jóvenes eran familiares refugiados de las judías como las llamaban, aunque no recibían la persecución de los alemanes en este, su nuevo hogar se encontraron con la xenofobia y la discriminación por ser judías. Günther no desmintió nada, para él ser considerado el esposo de Hannah era un gran sueño, cada día su corazón se entregaba más a ella, había quedado atrás la comparación con el amor que perdió, esto es completamente nuevo para él, lo enamoró su candidez, su dulzura, el amor con que lo trataba siempre, la fuerza que transmitía sin dejar de verse una mujer a la cual proteger.

Ya han pasado un poco más de dos años de que estaban en New York, Günther abrió una pequeña fábrica de metales, donde contrató a Adam que conocía de todo el manejo de producción fue nombrado jefe de producción, también contrató la asesoría legal de Theodore, por supuesto con él a cargo de todo, comenzó con algo pequeño pero luego fue avanzando a grandes pasos, con una producción muy extensa, dándole trabajo a Judíos refugiados que por discriminación, no encontraban un trabajo.

Hannah se dedicaba a su hijo y también manejar la casa en la que vivía con Günther, además de Johan y Aarón. Cada vez que Günther iba a casa para almorzar, el pequeño sonreía feliz de verlo tirando sus brazos para que los cogiera, el ya enamorado de la madre y del hijo, lo tomaba en su brazos para jugar con él. La vida de Günther estaba plena, aunque Hannah no era su mujer en la práctica, si la sentía suya, la amaba y estaría junto a ella hasta que la

vida determinase lo contrario.

***

La noticia del final de la guerra llegó una mañana, Johan entró con el diario, que decía. la guerra mundial terminó, ese ocho de mayo de mil novecientos cuarenta y cinco, quedaría en la memoria de todos los que sufrieron bajo la ordenes de ese ser horroroso. Hannah no pudo con su llanto, la emoción de que por fin todo había terminando la llenó de alegría, al fin eran libres, si deseaban en algún momento regresar a Alemania o Austria podrían a hacerlo sin temor, la celebración en las calles no se dejó esperar, las mujeres que estaban solas en Estados Unidos esperaban con ansias el regreso de sus hombres, ella solo miró a su hijo, deseando que Stefan hubiese logrado escarpar con vida de toda la destrucción a la que de seguro se vio envuelto.

—Somos libres y hemos sobrevivido a toda esta muerte —fueron las palabras del joven Aarón que respiró, triste también por la pérdida de toda su familia a manos de los soldados nazis.

—Esperaremos un tiempo y creo que regresaremos a casa, quizás podremos recuperar nuestro hogar que fue robado por ellos, pero esperaremos un poco, todo acaba de terminar, pensaremos todo bien.

—Saben que aquí tendrán siempre una famili. —dijo Günther dándoles un gran abrazo.

—Todo terminó, al fin todo terminó —decía. Hannah sosteniendo a su pequeño hijo en los brazos

Margot y Cecil llegaron hasta la casa de Hannah, todas con los ojos llenos de lágrimas, después de seis años había terminado todo este horror, donde perdieron a sus padres y amigos, personas que sufrieron bajo la ordenanzas nazi, ahora ellas podían respirar libre, podían regresar si así era su deseo, todos sentados alrededor de la mesa, guardaron silencio, recordando a todos los que murieron, conocidos y lo que no lo fueron. Hannah no pudo dejar de llevar sus pensamientos a Stefan, aunque sabía que nunca más estarían juntos otra vez, deseaba desesperadamente que hubiese sobrevivido a todo esto.

Capítulo Vigésimo Octavo

Ocho años después.

Después de que la terminó la guerra, regresaron los hombres que sobrevivieron, muchos muy mal, con las consecuencias del horror vivido, algunos no pudieron con el regreso y en la misma calle que vivían Günther y Hannah hubo muchos suicidios, las mujeres adoptaron el luto por todos los hombres que perdieron la vida, algunas le gritaban improperios a Hannah confundiéndola con una alemana nazi, no lograba ella explicar a cada uno que no lo era, que también fue parte del horror de la guerra, que llegó ahí escapando de las matanzas, algunas mujeres jóvenes solidarizaron con lo que ella vivió e intercedían cada vez que en las calles alguna las emprendía contra ella.

Se enteró por una conversación que tenían Theodore, Adam y Günther que en Alemania, se enjuició a todos los altos mandos, siendo la mayoría ejecutados directamente. Su corazón se afligió, Stefan debía estar muerto, pero sabía que ninguno de ellos se lo diría directamente, escuchar los castigos que recibieron los altos oficiales le llenó el corazón de dolor, sabía que muchos merecían ese castigo, pero Stefan fue un ángel que la salvó del holocausto que fue esa guerra. Solo esperaba de corazón que él se hubiese salvado de todo ese castigo.

Cuando pasaron cuatros años de que habían llegado a New York, Aarón contrajo matrimonio con una linda joven que conoció en la sinagoga, y se fue a vivir con ella. Johan de igual manera al tiempo después se casó con una viuda y se fueron a vivir a un estado en el centro del país, quedando solos en la casa. Pero Günther se encontraba con una gran muralla cada vez que intentaba acercarse hasta Hannah.

—No puedes pasar toda tu vida esperando por alguien que no regresará… yo puedo hacerte feliz también, yo te amo y quiero como si fuese mi hijo al pequeño Stefan, pero no puedes mantenerte sola para siempre

—No espero que regrese, Günther yo no puedo, él.

—Él se acostó con Kerstin en la primera oportunidad que tuvo.

—No es necesario que lo recuerdes, lo sé, pero también me dejó partir

para salvarme.

—Su familia lo protegería de todo, su padre perteneció al alto mando, y su tío el médico también tiene grandes conexiones, él sabía que si se entregaba por lo que hizo, su castigo no sería grave

—Yo no quiero darte falsas esperanzas, yo no quiero que tú.

—Bien, no insistiré, no lo haré.

—Si para ti es problema, yo puedo ir a vivir con una de mis hermanas, ahora tienen un lugar más grande y puedo.

—Yo no quiero que salgas de aquí, yo no podría vivir lejos de ti, quiero que entiendas que te amo, que haré todo por llegar a tú corazón, te amo. Atravesé medio mundo solo para ponerte a salvo de todo. No voy a dejarte ahora.

—Günther yo.

—No te pido que me ames como a él, yo soy otra persona, danos la oportunidad, conóceme como hombre, no como el amigo que ves.

—Günther yo, no puedo hacer esto.

El tiempo pasaba rápido, la vida parecía que la consumía, se aventuró a preguntar en la embajada que sucedió con los soldados y oficiales, una mujer se compadeció de ella cuando le contó toda la historia que vivió con su esposo, enviando un telegrama a Alemania, pero recibió una respuesta que terminó de sepultar más su esperanza, había sido enviado al frente el Rusia, siendo detenido en Stalingrado y luego muerto, lloró por días, sintiéndose abatida y destrozada. Ya nada más podía hacer, no podía esperarlo, ni pensar en regresar a Alemania para buscarlo por cada cárcel si era necesario.

***

Cuatro años después, las campanas de la iglesia sonaban anunciando la boda, la novia hermosa, Günther a su lado, aceptando y prometiendo amar hasta que la muerte los separase. Al salir de la iglesia, recibió el cariño de todos, pero el abrazo más esperado fue de los últimos.

—Estoy muy feliz por ti, yo sabía que encontrarías una mujer que te amara y que tu amases de igual manera, serás feliz mi querido amigo.

—Hannah, lo único que deseo es que no dejes pasar más tu vida, eres una mujer joven y hermosa, tienes todo el derecho a vivir feliz.

—No pienses que no soy feliz, porque lo soy, estoy con mis hermanas, tengo un hijo maravilloso que amo. Un hogar gracias a ti, y un trabajo. No puedo pedir nada más, solo que tú seas inmensamente feliz, con Simone, se

que lo serás.

—Te quiero mucho lo sabes, no dudes en acudir a mi cuando lo necesites, por lo que sea, yo siempre estaré para ti. —la voz de Günther sonaba emocionada, aún la amaba.

—Gracias, tu sabes que yo… te…yo también te quiero mucho y siempre estaré agradecida por lo que hiciste por nosotros.

—Vamos amor nos espera el vehículo… adiós Hannah te extrañaremos much. —dijo Simone abrazándola con gran cariño.

—Yo también a ustedes, que disfruten su luna de miel y que sean muy felices.

Hannah trabajaba a la par con Günther, ambos a cargo de todo lo administrativo, el se encargó de enseñarle y hacerla una mujer experta en negocios, administrando la fábrica, ahora que Günther se iba de luna de miel, contaba con la ayuda de Theodore y Adam. Su hijo estaba en el colegio en las mañanas y luego iba hasta la oficina para ayudar a sus tíos o a su madre. Verlo crecer era una emoción maravillosa, saber que pudo salvarse de todo ese horror, pero al verlo veía a Stefan, sus ojos azules, su cabello claro, su nariz perfecta, todo le recordaba a el hombre que amó

Durante este tiempo la familia había crecido, Cecil tuvo dos hijos más, dos niños y Margot también se unió a la plaga de embarazos tuvo primero mellizos una niña y un niño y luego tuvo un varón y decidió no tener más, hijos.

Todos vivían cerca, para protegerse y cuidarse, no pensaban separarse nunca más.

***

Todo el día estuvo en la fábrica con una gran angustia, sintió algo en su pecho que la hizo temer, corrió al colegio por su hijo, pero el niño estaba bien, de igual manera se lo llevó con ella hasta el trabajo, Stefan se había vuelto todo para ella, no permitiría nunca que alguien lo dañara. Günther había regresado de su luna de miel hace ya varias semanas, viajó hasta Alemania para vender sus propiedades, y poder al fin recuperar todo los dineros que dejó congelados. Luego de pasar donde sus hermanas para tomar el té, conversar y que los niños jugaran un rato, regresó a su casa, su hijo se dio un baño, cenaron y luego lo acostó quedándose junto a él hasta que el niño se quedó dormido.

Hannah fue hasta la sala para colocar música suave y leer un momento, cuando llamaron con un golpeteo suave a la puerta de su casa.

Al abrir la puerta, sus ojos le jugaron una broma, porque el hombre que estaba en la puerta era igual a Stefan, sonrió y luego llevó su manos a su boca, cuando este habló diciendo —al fin estas frente a mí, amor —ella retrocedió sintiéndose mal, cayó al suelo desmayada, el hombre que entró para ayudarla la sostuvo en sus brazos colocándola sobre el sillón, mojándole el rostro para que pudiese reaccionar, cuando abrió los ojos, veía borroso, además sus ojos le jugaban una mala broma, Stefan aparecía ante ella, —Hannah soy yo, tranquila, todo está bien —volvió a hablar, ella se lanzó a sus brazos para saber si era verdad lo que sus ojos le mostraban, y si lo era, el aroma, su voz, su piel, todo era de Stefan. Lloró y lloró sin poder controlarse.

—¿Cómo es posible que estés aquí…? ¿Cómo lograste?... ellos dijeron que todos habían sido colgados o fusilados… tu estas aquí…

—No has cambiado nada en todos estos años, sigues tan hermosa como siempre, mi adorada Hannah.

—Stefan… yo… tú estás aquí… ¿cómo pudiste…? yo… ¿cómo pudiste dejarme marchar ese día? No te fuiste conmigo, pudiste hacerlo y no lo hiciste. —solo titubeaba producto de los nervios.

—Debía entregarme, era la única manera de quitar los ojos sobre ti, que pudieses escapar de todo esa mierda.

—Pero me dejaste con tu hijo en mi vientre.

—Lo sé… yo…

Hannah se puso de pie, lo miró, tenía una cicatriz de al menos unos seis centímetros sobre su ojo derecho, además de algunas arrugas en sus ojos, pero continuaba igual de guapo como cuando vivieron juntos, el se puso de pie y dio unos pasos hasta ella, pero Hannah no lograba reaccionar bien, ella retrocedió, causando un rechazo y dolor en Stefan.

—Yo sé que tú y Günther, no puedo pedirte nada, yo.

—Günther me salvó la vida, y la de mi hijo, el nos proveyó todo esto, no puedes decir nada de él.

—Lo sé, creo que no pudiste escoger mejor esposo y padre para nuestro hijo

—¿Dónde?... —Hannah se sorprendió de que pensara que se había casado con Günther, pero no lo corrigió lo dejó estar con esa idea un moment. —¿dónde estuviste todo este tiempo?

—Viví en una prisión en Stalingrado por seis años, muchos de mis soldados murieron producto de enfermedades y el frío, luego nuestro

comandante consiguió un arreglo y nos dejaron partir, pero a pie, por el invierno ruso, muchos otros más, murieron creyendo que regresarían a casa. Entrando en Alemania una familia me acogió y me cuidó hasta que pude regresar a casa de mis padres, mi padre ya había muerto y mi madre estaba muy mal. Unas semanas después de llegar ella murió.

—Lamento lo de tus padres, de verdad.

—Bruno me ayudó a vender la propiedad, hacer algo de dinero, mis propiedades en Berlín fueron confiscadas, pero mi padre tenía en una bóveda, barras de oro y pinturas escondidas y con eso hice mucho dinero, así comencé a buscarte por todos lados, hasta que di con Günther aquí, con su nombre y dirección, ¿te casaste con él? Yo solo vine porque quería saber que todo estaba bien y poder conocer al niño.

—¿Qué pensaste que sucedería al encontrarme?

—Solo quería poder tenerte entre mis brazos una vez más.

—Tenías los brazos de Kerstin.

—Eso fue hace tanto tiempo, fui un imbécil lo sé, pero todo eso no tuvo importancia para mí, yo te amo y te he amado por todo estos años, tu foto en mi bolsillo fue la que me ayudó a sobrellevar todo esta distancia y este dolor. —dijo sacando una fotografía ajada por el tiempo.

—No estoy casada con Günther.

—¿Cómo?... ¿solo vives con él?

—No, esta casa la compró él, para mí y mi hijo, Günther se casó, sí, pero con otra mujer, yo no podía casarme con él, porque a pesar de todo, aún te amo, a pesar de todo el horror que envolvió nuestra vida, me es imposible dejar de amarte.

—Hanna. —dijo acercándose a ella para envolver su rostro con sus manos, mirándola con sus bellos ojos de color azul, inundados en lágrimas de amor, felicidad, nostalgia. —Hannah mi amor, yo no concibo la vida si no es junto a ti, te amo.

—Todo esto es, te miró y veo a otro hombre, tus ojos, tu mirada ha cambiado.

—Viví cosas que no quiero recordar, tuve que hacer cosas de las que no me siento orgulloso mi amor, pero tuve que hacerlas, solo tú me mantuviste a flote entre todo esto que me hundía cada día…

—Mami no puedo dormir. —dijo la voz del niño que apareció en la sala. Stefan lo miró, se vio en ese pequeño, sonrió feliz, orgulloso y emocionado,

caminó hasta el junto a Hannah.

—Recuerdas lo que te dije de papá.

—Sí, que mi padre es un héroe, porque te salvó e hizo lo mismo por los abuelos, que a pesar de su uniforme fue un buen hombre.

Stefan sonrió feliz, lleno de emoción, se arrodilló frente a ese pequeño, soltando unas lágrimas.

—Stefan, hijo él es tu padre —cuando el oyó que su hijo llevaba su mismo nombre lo abrazó y el niño hizo lo mismo —tu padre pudo regresar a nosotros, a hora el está aquí.

El pequeño lo abrazó con fuerza, cada vez que ellos conversaban de su padre, Hannah procuró decir que él luchaba por salvarlos a todos, que su padre, no fue como los demás, que los protegió, que ayudó a escapar a Marcel y sus hijas, que los ayudó a ellos, que protegió lo que más pudo a su abuelos, que la sacó a ella y sus amigos del campo, exponiéndose a castigos severos por traicionar a su país. Nunca llenó de odio a su hijo, en cambio, lo llenó de respeto y amor hacia un padre que quizás nunca conocería, pero que estaba presente en sus corazones, todos los días. Luego de que Stefan llevó a su hijo a la cama y este al fin durmió sintiéndose protegido por su padre que se acomodó a su lado, cayendo ambos en un profundo sueño, Hannah los observó desde la puerta, cubrió a Stefan con una manta para dejarlo dormir junto a su hijo.

Capítulo Vigésimo Noveno

Hannah se sentó sobre el sillón, llorando, pero no de tristeza, sino de felicidad, la emoción de tener al hombre que amaba durmiendo bajo su techo era inmensa, habían pasado ocho años de no saber nada, de pensar lo peor, de vivir sola, sintiéndose vacía, ahora el estaba ahí, y estaba dispuesta a olvidar todo lo que sucedió, por tenerlo a su lado otra vez porque de eso se trata el amor, de perdonar, de superar, de continuar, a pesar de que a veces nos duele, nos daña profundamente, solo a veces es necesario continuar, darle una oportunidad, y esta es una de esas veces, para Hannah la vida solo estaría completa al estar con Stefan. Luego de unas horas, Hannah no lograba dormir, estaba de pie frente a la ventada de su habitación, al sentir un ruido se giró, vio a Stefan que entró cerrando la puerta. Mirándola fijamente.

—Lo siento, estaba cansado y me quedé profundamente dormido.

—No te preocupes, me ha servido para poder organizar todo esto en mi cabeza. —respondió girándose otra vez hacia la ventana.

—Saber que estabas aquí, fue muy emocionante, tuve que contactar a una personas que conocí hace años en un viaje que hice, para que me ayudaran a encontrarte, cuando me dio la dirección bajo el nombre de Günther, yo pensé que te habías casado con él.

—Me lo pidió, por cuatro años, el dijo que me amaba y que tu nunca regresarías, que no podía dejar pasar la oportunidad de vivir, pero siempre supe que volvería a vert. —dijo al fin girándose para mirarlo a los ojos, el estaba muy cerca.

—Yo solo deseaba poder encontrarte, poder tenerte así, cerca de mi otra vez, poder mirar tus bellos y expresivos ojos, poder tocar tu piel, sentir la suavidad y tibieza de tu cuerpo. Yo no hubiese podido continuar mi vida sin ti.

—Estoy aquí ahora, soy tu esposa… lo he sido siempre.

Stefan tomó el ovalo de su rostro con sus manos, acercándose a su boca lentamente, hasta que se posicionó sobre los labios de Hannah, saboreándolos con suavidad, para luego darse paso con su lengua, tomando posesión de su boca con total poder, rodeándola con sus brazos por la cintura y ella por el cuello, uniendo sus cuerpos, sintiendo el latir del corazón del otro en su pecho. Suavemente soltó el lazo de su albornoz dejándolo caer al suelo, solo llevaba

su camisola de dormir, el tomándola desde la cadera la subió hasta quitársela por la cabeza, mirándola como si fuese la primera vez que lo hacía, pasó sus manos por sus hombros para luego llevarla hasta sus pechos, acariciándolos con suavidad. Hannah le desabotonó la camisa quitándola con rapidez, miró su cuerpo ahora con marcas por la guerra, tenía una línea en su abdomen que debía ser de cuchillo y una cicatriz redonda como moneda en su abdomen, acarició esas marcas y agradeció que el estuviese vivo. Volvieron a besarse, para caer sobre la cama suavemente, Stefan se colocó a su lado, acariciando sus piernas con suavidad para luego perder sus manos en la entre pierna de Hannah, dejándose llevar por el deseo que los envolvía, acariciando su sexo con sus dedos, sintiendo la humedad de su mujer, la piel suave que había extrañado por todos estos años. Hannah arqueó su cuerpo, la pasión la envolvía y solo con él podía sentirse de esa manera. Rápidamente Stefan se quitó su pantalón para posicionarse sobre el cuerpo desnudo de Hannah, mirándola fijamente, acariciando su rostro otra vez, besándola con pasión, amor y deseo sin detenerse. Entrar en el cuerpo de su mujer, sentir su calor fue lo mejor que pudo sucederle durante todos estos años, ella cerró sus ojos, sintiendo el placer de este encuentro, acariciando la fuerte espalda de su esposo, para luego recorrerla hasta tomarlo de las nalgas para empujarlo con más fuerza dentro de ella, sus cuerpos comenzaron un juego de seducción maravilloso, rosándose, besándose, dejándose llevar por la excitación del momento. El entraba y salía con fuerza inusitada del cuerpo de Hannah provocando en ellos un placer único, una satisfacción total. Ella arqueaba su cuerpo, el empujaba y empujaba con sus caderas, ambos estaban desesperados por la pasión y la excitación que los envolvía. El embestía cada vez con más potencia, con más lujuria, pero sintiendo el más profundo y sincero amor. Sus bocas no dejaban de besarse, hasta que ambos sucumbieron al éxtasis producto del más maravilloso orgasmo que sus cuerpos pudieron ofrecerles. Ambos mirándose, el aún sobre ella, respiraba agitado, casi ahogado producto de la pasión, —te am. —dijo sonriendo —como te dije una vez, tenemos la eternidad para estar juntos, ahora nadie podrá separarno. —Hannah lo besó otra vez, dándose cuenta que tan solo con ese contacto su cuerpo ya estaba listo para continuar, habían sido muchos años lejos uno del otro, y al tocar a su esposo supo que el también estaba deseoso por continuar, esa noche fue larga para los amantes que solo deseaban tener todo el tiempo del mundo en tan solo esa noche, fue enormemente satisfactoria, perfecta.

Cuando abrió sus ojos por la mañana, sintió el cuerpo de Stefan a su lado, sonrió feliz de que así fuese, no había sido un sueño, sino que él estaba ahí, a su lado.

Suavemente dejó la cama, viéndolo dormir tranquilamente, se colocó su pijama y luego su albornoz para ir a despertar a su hijo para ir a la escuela. Lo vistió y preparó para ir hasta el comedor para desayunar.

—¿Papá no desayunará con nosotros? —preguntó el pequeño sentándose a la mesa.

—Papá acaba de despertar, aquí estoy desayunaremos todos juntos. —dijo Stefan apareciendo en la sala— besó a su hijo en la cabeza y luego fue hasta donde Hannah para rodearla con sus brazos y besarla con absoluto amor, causando la risa del pequeño, que para él todo esto es completamente nuevo.

—Buen día cariñ. —dijo ella sonriendo.

—Buen día, que haremos hoy campeón, —preguntó Stefan, sentándose junto a su hijo.

—Yo tengo que ir al colegio, voy todos los días, mamá me deja ahí.

—Bien debes educarte, así que iremos al colegio y luego a buscarte.

—Siiiii, les diré a todos que mi papá llegó, me molestaban mucho por no tener papá.

—¿Quiénes hacían eso? —preguntó Stefan molesto.

—Los niños de mi clase.

—Yo hablé con ellos Stefan, y con los profesores, dejaron de molestarlo, fue algo muy incómodo.

—Pero ahora estoy aquí, y no me iré a ningún lugar sin ustedes.

—¡Bien! –gritó el pequeño feliz.

Luego de comer y arreglarse para salir, Stefan abrió la puerta del vehículo en el que había llegado hasta ahí, uno que compró para poder moverse en la ciudad y para encontrar a Hannah, el pequeño Stefan estaba feliz de subir a un auto para ir a la escuela y no tener que caminar hasta el metro o el autobús. Cuando bajó, tomó la mano de su padre, feliz, se sentía protegido, un niño completo, uno con padre y madre, al fin.

No la dejó ir al trabajo, la llevó con él para pasear e ir hasta el hotel donde se estaba quedando para ir por sus cosas. Llevaba varios días en New York buscándola. Cuando entró en la habitación, Stefan caminó hasta una de las valijas, abriéndola, sacó de esta la fotografía que ella había guardado celosamente, donde salía con sus padres y sus hermanas, lloró al verla, era la

única imagen que poseía de sus padres y por fin su hijo podría conocerlos. También estaba el collar de perlas.

—¿La sortija de matrimonio que te di? ¿Qué sucedió con ella?

—La tengo guardada —respondió Hannah.

—yo mandé a forjar otra, con un lindo diamante, para ti, solucionaremos nuestra vida. —dijo tomando la mano de Hannah para colocar en su dedo la bella sortija.

—No necesito una sortija para seguir unida a ti…

—Lo sé mi amor. Pero deseo enormemente que la lleves. Esto simboliza que después de todo lo que ocurrió al fin podemos estar juntos.

—Debo llevarte a conocer a mi familia, ellas estarán felices de conocerte en persona.

—Eso me da miedo, no creo que les guste saber de mí.

—Ellas saben todo de t. —dijo besándolo con amor.

—Bien, estando junto a ti, estaré seguro.

Caminó con ella hasta dejarla caer sobre la cama, subiendo su falda, acariciando sus piernas. —¿otra ve. —dijo Hannah algo asombrad. —el sonrió con picardía respondiendo —cariño, son diez años lejos de ti, no me detengas ahora —tomándola con su brazo por la cintura la acomodó en la cama, para dejarse caer sobre ella, sin demora, ambos se despojaron de todas sus ropas otra vez, entregándose al placer que tanto tiempo estuvo ausente en sus vidas.

***

Günther iba de allá para acá en la oficina, Hannah nunca se atrasaba y menos dejaba de ir un día a trabajar, Theodore no quería decirle a su esposa para no preocuparla, lo mismo Adam, pero nadie sabía de Hannah. Günther desesperado iba de un lado a otro, en el fondo de su corazón seguía amándola profundamente, solo se casó porque sabía que ella nunca aceptaría estar a su lado, y no deseaba pasar el resto de su vida solo. Fue hasta la casa de Hannah pero nadie atendió. Seguía ahora aún más preocupado, yendo de un lado a otro sin saber que sucedía.

Theodore estaba impresionado por lo mal que lucía Günther, sobre todo cuando recibió la visita de su esposa y el solo habla de Hannah y que quizás algo malo había sucedido.

Hannah y Stefan fueron por su hijo al colegio, luego directo hasta la casa de Margot, donde también llegó Cecil, así fue como lo pidió Hannah.

Al abrir la puerta, Margot recibió a su sobrino que se lanzó a sus brazos feliz repitiendo —mi padre, mi padre, tía el ya llegó y seremos más felices ahor. —Margot no entendía nada, pero comprendió cuando vio a su hermana menor de la mano con un alto y muy apuesto hombre, exactamente igual a su sobrino.

—Margot, yo…

—Vamos pasen, por favor no se queden fuera, Cecil ya está aquí.

Al entrar Stefan vio a otra mujer, ninguna se parecía a Hannah, su hijo se sentó en el suelo a jugar con sus primos, había muchos niños y verlo entre ellos lo hizo muy feliz, sonrió con mucho orgullo de verlo. Cecil se puso de pie, caminó hasta su hermana, ya sabían quién era este hombre con el que ella llegaba a su lado.

—Margot, Cecil es el mi esposo, es Stefan.

—Es un placer conocerlas al fin.

—Claro, disculpe vamos adelante, por favor tome asiento.

—Gracias.

Luego de relatar todo lo que había ocurrido, sus hermanas que escuchaban atentas lo que les contó a grandes rasgos de lo vivido todo este tiempo lejos de Hannah. Se reservó los detalles sórdidos y sangrientos, estos no eran necesarios, además, Hannah ya les había contado a sus hermanas, todo el horror que vivieron.

—De verdad me alegro de que al fin pudiera llegar para quedarse junto a mi hermana, ella ha estado muy sola.

—Esperemos que ahora sí, sea definitivo. —infirió Cecil.

—Lo será —respondió Stefan muy seguro de lo que decía. —yo luché mucho por estar aquí, he amado a Hannah por muchos años y no deseo perder más tiempo.

—Sabemos que usted trató de buena manera a nuestros padres, que trató de ayudarlos siempre, pensamos que Hannah llegaría casada con Samuel, pero usted parece un buen hombre.

—¿Samuel?... ¿quién es Samuel?

—Samuel era el novio que mis padres tenían para mí, el joven que trabajó también en la casa del campo de concentración, sirviendo la cena

—Lo recuerd. —dijo mirándola de soslayo.

La puerta se abrió de repente con rapidez y entraron Theodore, Adam y Günther, pero al ver a Hannah sus expresiones cambiaron. Ellos respiraron

aliviados y le reclamaron no avisar que no iría al trabajo.

—¿Tienes un trabajo. —dijo mirándola Stefan

—Si, con Günther y mis cuñados, lamento no avisar es que esto es.

—Claro, ¿cómo estas Stefan…? —le saludó Günther algo distante, estrechando su mano.

—Bien, gracias por cuidar de Hannah y mi hijo todo este tiempo, te lo agradezco mucho.

—Claro te dije que lo haré. —desvío su mirada con malestar a Hannah —¡debiste avisarnos que no irías, estábamos muy preocupados por ti! No lo hagas otra vez.

—Lo siento yo no puede todo esto escapó de mis manos yo.

—No le hables así a mi esposa Günther, no lo hagas. —dijo levantándose del sillón. Las hermanas de Hannah ya estaban preocupadas por lo que podía suceder.

—Tú no tienes derecho de aparecer aquí y tomar soberanía sobre Hannah, su familia y yo la hemos cuidado, protegido y velado por su bienestar, tú solo apareces ahora.

—Günther ¿qué sucede…? por favor…— intervino Hannah muy preocupada.

—Disculpen, por favor ustedes no tiene porque aceptar esto —habló calmadamente Stefan —Hannah por favor, vámonos, tenemos muchas cosas que hacer. Hijo ven vamos.

—Si papá, adió. —dijo tomándose con fuerza de la mano de su padre.

—Margot, luego hablamos, disculpa. —miró a Günther sin entender que sucedía —lamento faltar al trabajo hoy, pero mi esposo, después de muchos años, por fin pudo llegar a nosotros, creo que ameritaba esto.

—No le debes explicar nada Hannah, ven vamos por favor.

Cuando ellos dejaron la casa, Günther caminó de un lado a otro, parecía desesperado, muy molesto. Theodore se acercó hasta el, palmoteando su hombro. Lo entendía, él sabía perfectamente que él estaba profundamente aún enamorado de su cuñada. Evidentemente muy afectado por todo lo que había pasado en tan solo unos minutos, Günther se disculpó para luego dejar la casa de Margot.

—Aún no entiendo que sucedió aqu. —dijo Cecil algo confundida.

—Günther sigue enamorado de Hannah, aunque se casó, verla junto a su esposo fue un gran golpe para él.

—No pudimos conocer bien al marido de Hannah, después de todo el también fue muy importante, es el padre de su hijo y la cuidó por mucho tiempo, la salvó de morir como muchos, como nuestros padres.

—Lo sé amo. —dijo Adam —tranquila lo invitaremos a casa para poder conversar con él y conocerás mejor a tu cuñado.

—Estoy feliz por Hannah ¿viste sus ojos?, brillaban mientras estuvo a su lado. Esta feliz —Margot limpió sus lágrimas producto de la felicidad, ver a Hannah sonriendo desde el corazón fue lo máximo.

—Me preocupa Günther no se ve nada feliz, esto traerá problemas.

Capítulo Trigésimo

Stefan daba vueltas por la sala de un lado a otro, no paraba, su rostro mostraba la ira que lo envolvía, Hannah dejó durmiendo a su hijo en la habitación para luego ir hasta donde su esposo otra vez. Hannah se apoyó en el sillón mirándolo, por más que lo veía no podía creer que estaba ahí, junto a ella.

—Deja de estar molesto, para Günther fue solo la impresión de verte.

—Lo que más me molesta es que somos parientes, ni si quiera por eso se alegró de verme, solo le importaba que siguiera muerto para estar cerca de ti.

—Está casado —sonrió incrédula de lo que él decía. —¿qué te hace…?

—Como te miró, como se molestó al verme, insinuar que no tengo derechos sobre ti ni sobre mi hijo, eso me dice que el maldito sigue esperando que suceda algo entre ustedes.

—Stefan por favor, mi hijo duerme.

—Es nuestro hijo, no lo olvides tú también.

—No lo olvido, tu lo olvidaste el día que nos dejaste solos en ese hospital para ir a revolcarte con esa maldita mujer. —dijo muy molesta dándole la espalda para entrar en la habitación.

—¡Hannah…! Hannah… —le llamó pero, continuó su andar hasta cerrar la puerta.

Stefan entró, ella estaba sentada sobre la cama, llorando molesta por todo lo que había sucedió. —Solo quería que este día fuese inolvidable, estás aquí, mi hermanas están aquí también, los tengo a todos, no quiero que esto suceda —el pasó sus manos por su rostro en ademan de cansancio y desesperación, sentándose a su lado, tomó una de las delicadas manos de Hannah para llevarla a sus labios.

—Luché mucho tiempo para estar a tu lado otra vez, crucé todo un océano para llegar a ti, no voy a permitir que ese arschloch (hijo de puta) te quite de mi vida.

—Que no te importe lo que él diga, solo debe importarte lo que yo digo, lo que yo siento y mi corazón solo te ama a ti. Eres el hombre de mi vida, yo te amo y no voy a dejarte, no ahora que recién te recuperé.

—No digas más que te abandoné, yo no quise hacer eso.

—Pero lo hiciste, debes reconocer que tuviste miedo de enfrentarme porque sabía que ella me contaría lo que sucedió.

—No quiero hablar más de todo esto, yo antes de ir a al frente en Rusia, arreglé cuentas con esa desgraciada que fue la que te delató, conoce a una amiga tuya, la que ya te había delatado antes.

—¿Helen?... ¿por qué hizo todo eso…?

—Ella murió, junto a su esposo, los mataron los polacos, y de Kerstin no se qué sucedió pero cuando la vi le dejé muy en claro que no significa nada para mí.

—Yo, ya no quiero hablar del pasado, que haremos, esta casa es de Günther…

—Quiero que regresemos a Alemania o podemos comprar la casa en la que viviste con tus padres.

—¿Volver?, después de todo, yo no volveré, que sucede si alguno de esos hombres me atrapa y me…

—Nada de eso sucede más, todo terminó, hay muchos judíos que sobrevivieron que viven en Berlín, en Viena y otras ciudades, podemos vivir ahí, tu naciste allá, yo también, nuestro hijo debe conocer sus raíces.

—País de asesinos.

—Todo eso terminó, vámonos, viviéremos bien. No hay un futuro para mí aquí, en cambio allá podemos tener todo, regresa conmigo.

—Si no quiero regresar ¿te irás solo? ¿Lo harías?

—No, me quedo aquí contigo, pero no quiero vivir en un lugar donde se me señalará por lo que fui.

—Yo fui señalada por mucho tiempo, por ser judía aquí, yo no renuncié, continué…

—Porque no tenías otra solución, pero yo la tengo, regresa conmigo, viviremos bien y felices lo verás.

—Viviré rodeada de los malos recuerdos.

—No será así, todo ese horror pasó, ahora viviremos juntos, yo burlé a la muerte para llegar a ti, porque te amo, te amo más que a nadie y lo único que desee todo este tiempo fue estar a tu lado, luché día a día por sobrevivir, solo por ti, tú fuiste la claridad en toda mi oscuridad, fuiste la vida en toda esta muerte, eres el amor verdadero entre toda esta desolación. No me alejes más de ti, he esperado casi diez años por esto, yo te amo, tú y nuestro hijo son lo único importante de mi vida, no me prives de mi vida, no me prives de mi

familia.

***

Günther entró en su casa, su esposa esperaba por él, estaba preocupada, estuvo fuera todo el día y no estaba en la fábrica, cuando lo vio cruzar la puerta sonrió feliz, pero la expresión adusta que tenía en su rostro la detuvo de acercase más.

—¿Qué sucedió…? ¿Algo en la fábrica?

—Simone, yo solo necesito estar solo, por favor…

—Te esperé a cenar pero no llegaste…

—Yo voy a dormir estoy cansado.

—Estabas con Hannah, ¿es eso…? me estas engañando con ella ¿verdad?, nunca dejas de hablar de ella, le diste una casa, le diste un trabajo a tu lado, para tenerla junto a ti todos los días.

—Basta con eso Simone, estoy cansado, iré a dormir.

Por la mañana, cuando Simone se despertó, Günther ya no estaba en casa, Simone siente mucho cariño por Hannah sabía que ella no estaría nunca como amante con él, pudo ser su esposa y sabe que se negó a eso, sabe que también ella la quiere mucho, pero no puede evitar sentir celos enormes de su esposo, saber que él aún siente algo por ella, la destruye enormemente, a pesar de saber que nunca tendrá nada romántico con Hannah, no ser su primera opción es algo que poco a poco la destruye.

Hannah junto a Stefan dejaban a su hijo en el colegio, el pequeño no quería separarse del lado de su padre, lo sostenía de la mano con fuerza, pidiendo que fuese el por él a la salida, que lo quería llevar a conocer un lindo lugar en un gran parque que conoció con su madre. Stefan abrazándolo con fuerza, lo besó en la frente despidiéndose de su hijo.

—¿Por qué tiene solo tu apellido?, ¿por qué no lleva el mío…? —preguntó Stefan mientras caminaban por las calles

—Cuando llegamos, para poder entrar ocupé los documentos que le diste a Günther, con el apellido de mi padre, siendo judía fue un poco más fácil.

—Debemos arreglar todo eso, hablaré con tu cuñado, es abogado, debe conocer alguien que nos ayude es mi hijo, quiero que lleves mi apellido, tú eres mi esposa.

—Que no lo lleve ahora no dice menos, soy tu esposa y nada lo cambia.

—Si no funciona aquí, lo haremos cuando regresemos a Berlín.

—¿Cuando regresemos?... ¿ya lo tienes decidido?

—Nos iremos, claro… será mejor para nosotros.

—No quiero regresar, no es un lugar al que yo desee ir… solo hay malos recuerdos.

—Está el inicio de tu vida, el hogar de tus padres, ¿no te gustaría recuperarlo?

—No creo que sea posible, los nazis les quitaron su hogar, quizás quien vive.

—Lo recuperaremos, ya lo verás, nuestro hijo tendrá la historia de sus antepasados, él sabrá todo, es lo mejor.

—No quiero dejar a mis hermanas, ellas nunca dejarán en este lugar. Yo no quiero vivir sin ellas.

—¿Prefieres vivir junto a ellas que sin mí el resto de tu vida?, ¿con todo lo que tuve que hacer para llegar a ti? para poder encontrarte, prefieres quedarte aquí con ellas.

—Stefan yo.

—Necesito estar solo un momento Hannah.

Lo vio cruzar la calle rápidamente, alejándose de su lado, sin ser capaz de llamarlo, sin ser capaz de ir tras él. Solo atinó ir a casa de Margot. Necesitaba conversar con su hermana. Margot la tranquilizó, rodeando a su hermana menor con sus brazos, le dio el consuelo que ella buscaba. —Es tu esposo, debes seguirlo, nosotros estamos bien, ahora todo terminó, puedes retomar la vida que dejaste atrás, si te marchas con él, no tendremos miedo por ti, estaremos tranquilas de que estarás bien, todo ese horror termin. —Hannah limpió su rostro de las lágrimas, ya no quería vivir otra vez lejos de su esposo, habían vivido muchas cosas, intensas y muy fuertes, el destino se encargó de unirlos otra vez, no deseaba perderlo de nuevo, todo lo malo debía quedar atrás y ahora solo comenzar de cero.

—Conversa con él, escúchalo, no he tenido la oportunidad de conocerlo bien, pero la primera impresión que me dio fue buena, se ve un buen hombre.

—Es un buen hombre, él.

—Tráelo hoy a cenar, le diré a Cecil y Adam, solo seremos los seis. Podremos conocernos mejor. Theodore también desea regresar, quiere saber qué sucedió con su familia, ver si encuentra a alguien. Han pasado ocho años desde que todo terminó, ya podemos vivir en paz.

—Te amo Margot, eres como papá, sabes siempre decir lo correcto, lo que uno necesita oír, gracias.

—Y tú mereces ser feliz, estuviste mucho tiempo sola, negándote a todo esto, ahora el hombre que amas regresó de la muerte por ti, no lo dejes escapar.

Después de pasar un rato juntas, Hannah fue hasta la fábrica para hablar con Günther, le debía una explicación por lo que había sucedido. Cuando entró en la oficina, no la miró, ni siquiera levantó la mirada de lo que estaba haciendo, Adam entró para recibir una orden de trabajo, hablaron un rato, pero aún así Günther no la miró, Adam la abrazó con cariño, antes de salir de la oficina.

—Creo que llegas muy tarde a trabajar.

—Vengo a hablar contigo, no seguiré trabajando.

—Ya me lo imaginaba, ¿quieres alejarte de todos?

—Es mi esposo, el solo quiere estar con nosotros, estuvimos diez años separados, yo lo amo.

—Lo sé, me lo has refregado por todo este tiempo, lo sé.

—Tú me dijiste que él no quiso dejarme, que se entregó porque así podía liberarnos, ahora lo odias, no entiendo, el es tu familia, el es…

—El hombre que tiene el amor de la mujer que he amado por diez años.

—No hagas esto, estás casado, Simone es una linda y buena mujer, ella te ama, no hagas esto, solo estas confundido, siempre lo estuviste porque te recuerdo a Lucille, no soy yo, lo sabes.

—Hanna. —dio unos pasos para acercarse a ella, mirándola fijamente, acarició su rostro —no quiero perderte, hemos vivido muchas cosas juntos, eres parte de mi pasado, parte importante, me siento responsable por ti, no quiero dejarte.

—Ella es mi esposa Günther, no te atrevas a acercarte más ella, o no respondo de mí. —intervino Stefan llegando a la oficina.

—¿Y qué harás?, ¿matarme? ¿Quemarme o asfixiarme en una cámara de gas como lo hiciste con todos los que enviaste a matar?

—Basta, esto no es un juego Günther, ¿cómo puedes decir algo así?, después de todo lo que sucedi. —Hannah con lágrimas en sus ojos se acercó hasta su esposo, necesitaba calmarlo, veía en los ojos de Stefan la ira, y no deseaba que la desatara en ese lugar.

—Si Hannah no estuviese presente, te asesinaría con mis propias manos, eso haría.

—No por favor, vámonos, vamos, debemos ir por Stefan a la escuela,

vámonos de aquí. Por favor —la mirada de Stefan estaba oscura, no permitiría que nadie le arrebatase a su familia, mucho le había costado llegar hasta ellos para que Günther intentase quedarse con ellos.

—Vamos cariño. —dijo acariciando el delicado rostro de su esposa.

Rápidamente tomó de la mano a Hannah, para salir de ese lugar, fueron por su hijo a la escuela para luego dedicarse toda la tarde a pasear y disfrutar del día. Stefan solo deseaba poder estar con ellos y no tener que temer nada más. La cena en casa de Margot fue perfecta, todos hablaron, ellos se tomaron el tiempo de conocer a Stefan, darle la bienvenida a la familia, esta vez nadie mencionó la guerra, nadie quería recordar esos dramáticos y dolorosos episodios, con lo que habían hablado antes fue suficiente. Hannah era feliz, ellas vieron que su sobrino estaba radiante en felicidad al tener al fin a su padre con él, siempre pensó que nunca lo conocería, y ahora lo tenía junto a él. Esa noche el amor de familia se consolidó aún más, Margot le dio la bienvenida al nuevo integrante con mucho amor, deseando que todo lo que ellos se propusieran juntos tuviese éxito. Porque sabía que así sería.

Capítulo Trigésimo Primero

Hannah caminaba por las calles de Viena, mirando todo a su alrededor, todo le parecía tan distinto ahora, todo había quedado atrás, tantos años habían pasado, se quedó de pie fuera del edificio de sus padres, mirando el lugar, sintiendo un gran nudo en su estómago, la pena era inmensa, Stefan la observaba desde lejos. Luego de la ocupación nazi, su casa fue ocupada por todo ese tiempo por diversos oficiales que pasaron por la ciudad, luego estuvo vacía algunos años y luego la compró una mujer, que hace poco había muerto, ahora la ciudad estaba a cargo, y Stefan la compró para Hannah.

Subió lentamente las escaleras hasta el tercer piso, con su llave abrió, el lugar tenía muebles aún que fueron de sus padres, tras todo este tiempo aún estaban ahí, los ojos de Hannah se llenaron de lágrimas, de poder estar ahí otra vez, caminó por el piso de madera que rechinaba en algunos lugares, entró en la que fue la habitación de sus padres, la cama era otra, pero el mueble de tocador de su madre seguía ahí. Pasó su mano como acariciando el borde, sonrió imaginándola sentada ahí, cepillando su cabello como lo hacía todas las mañanas y las noches. Se giró y vio a Stefan en el umbral, Hannah abrió la puerta del closet, mirando todo, luego fue hasta la que fue su habitación, en este lugar no había nada, el salón de bordados de su madre también estaba vacío, la cocina estaba completamente vacía, sonrió con tristeza, pero algo llamó su atención, no se percató antes, pero de repente llegó a su cabeza. —¿Que sucede cariño? —preguntó Stefan cuando la vio ir otra vez a la habitación que fue de sus padres. Abrió el closet y mirando la pared, su padre tenía en ese lugar un escondite donde guardaba dinero y documentos, con una pequeña puerta que ahora no estaba, se veía como algo sobre puesto. Hannah sonrió mirando a su esposo —por favor puedes quitar esa tapa— el fue por algo que sirviese, encontró un metal en punta, al levantarlo vio que estaba la puerta que había antes, Stefan la quitó con cuidado. Como es alto metió la mano y encontró una caja de madera llena de polvo, sonrió entregándosela a Hannah, que sosteniéndola entre sus manos se sentó sobre la cama, limpiándola quitó la tapa dejando expuesto su tesoro. Llevó sus manos a su boca, ahí dentro, fotos de ellas cuando niñas, de sus padres, el día de su boda, fotos familiares, recuerdos maravillosos que pensó que estaban perdidos para

siempre, su padre debió guardarlos ahí, una carta destinada a cada una, el anillo de bodas de su madre, y dos collares de plata. Stefan se puso de rodillas frente a ella, limpiando sus lágrimas. —ahora tienes a tu familia aquí, tu padres se encargaron de esto, no solo son una sola fotografía, ahora tienes todo est. —miró cada una con sus ojos nublados por la emoción, sonrió al recordar cada episodio, recuerdos que ahora vivirían por siempre, recuerdos que podría traspasarle a su hijo y al bebe que llevaba en su vientre, entre todas la imágenes una de ella con Samuel, que le dolió mucho ver, pero al menos el estaba ahí vivo en esas fotografías. Se abrazó con fuerza, de su esposo, agradeciéndole la compra de la casa, agradeciendo que la trajera de regreso, sino nunca hubiese encontrado ese maravilloso legado. Ahora respiraba más feliz que antes, sería una linda sorpresa para cuando Margot y Cecil llegaran, si, ellas también decidieron volver, estarían juntas.

—Tus hermanas estarán felices con esto.

—Mi padre debió guardar todo, quizás pensó que en algún momento recuperaríamos la casa y alguna se daría cuenta de la pared.

—Ahora Stefan tendrá más recuerdos de sus abuelos y de ustedes cuando niñas. —Tomó la foto en la que estaba junto a Samue. —¿él quién es?

—El fue mi prometido, Samuel ¿recuerdas? mi padre quería que nos casáramos y luego todo esto sucedió.

—Mandaré a limpiar todo esto, ¿algo que quieras conservar?

—Si, los muebles de la sala que eran de mi madre, al igual que el maquillador de la habitación,

—Bien los enviaré a restaurar y estarán listos para cuando nos mudemos.

—Te amo, gracias por todo esto.

—Nuestra hija nacerá aquí, será parte de esto, ella es el nuevo comienzo para nosotros. Ya lo verás, todo esto quedará atrás.

—Margot y Cecil no lo creerán, y cuando tengan las cartas, será mucho para ellas.

—Si, es algo duro y emocionante, debes leer la tuya.

—Cuando regresemos a casa. Ahora debo ir hasta la casa de la señora Fremont quiero ver si ella aún está aquí.

—No mi amor, ella murió, después de que su esposo se suicidio, además que su hija fue sentenciada a muerte por todo lo que hizo, ella luego de unos meses después, murió. Creo que la desilusión y la pena, la consumieron.

—¿Sabes dónde está enterrada? —su corazón se apretó al oír la noticia,

ella había sido parte de su salvación también, la ayudó mucho y fue muy importante en su vida.

—No, pero puedo conseguir la información, lo haré.

—Gracias, muchas gracias, ahora necesito descansar, esta barriga pesa.

El día que nació la hija de Stefan y Hannah, para él fue lo máximo, antes no pudo participar de nada ahora la vería crecer. Las hermanas de Hannah viajaron para tal maravilloso acontecimiento que fue el nacimiento de Amelia Ruth Klausen, el segundo nombre por su madre, ahora Hannah y su hijo llevaban el apellido que les correspondía, Theodore se encargó de todos los trámites una vez que los visitó. También recuperó la casa de sus padres en Berlín donde pronto llegaría a vivir con Margot, y Cecil viviría en la casa que fue de sus padres en un inicio en Berlín también.

Günther decidió quedarse en Estados Unidos, su fábrica iba muy bien, lamentó mucho el día de la partida de Theodore y Adam, pero todo debía continuar. Liberó de su corazón los sentimientos que guardaba por Hannah y vivió una vida plena con su esposa, tuvieron tres hijos y fue muy feliz. Johan y Aarón, luego de casarse, decidieron vivir allá y trabajaron con Günther.

***

El día que se mudaron, la casa estaba como nueva, pintada, limpia los muebles de su madre en perfecto estado, una habitación para Stefan y otra para Amelia. Sobre un mueble en la sala todas las fotos de su familia, puestas en unos marcos de plata que Stefan compró para ella, ahora sus padres la acompañarían día a día. Una tarde salieron a dar un paseo por la ciudad, el día estaba nublado, y había llovido mucho, pero Hannah adoraba los días con lluvia. Los niños estaban en casa con Cecil que estaba de visita y ese momento, era solo de ellos, para estar juntos.

—Cada vez que te miró recuerdo aquel día en el café, cuando te vi por primera vez, hermosa, sonriendo feliz con tus amigas.

—Al verte sentí miedo, aunque no vestías uniforme yo…

—Lo sé. —dijo dando unos pasos hasta llegar a su lado, para acariciar su rostro con cuidado— me comporté como un prepotente en un inicio, es que sentí miedo de perderte, te vi tan hermosa, que solo te quería para mí.

—Si, fue casi una orden casarme contigo, pero no me arrepiento, has sido un buen esposo, un excelente compañero y ahora de igual manera un padre perfecto, eres lo que siempre soñé

—¿Y Samuel?

—¿Celos de Samuel ahora…? —sonrió rodeándolo con sus brazos por el cuello.

—Tienes su foto.

—Si, fue alguien importante, —respondió soltando su brazos del cuello de Stefa. —también al igual que tu hizo algo para salvarme, no lo quitaré de su lugar, pero tú sabes que yo te amo, hemos vivido como para tres vidas, y mi amor vale por esas tres vidas, nunca podría dejar de amarte.

—Eres la luz en toda la oscuridad que me rodeó, te amo y no quiero nada más en esta vida que a ti.

—Qué bien, porque aquí estoy, y no me iré a ningún lugar, nos pertenecemos y así será por siempre. —en ese momento comenzó a llover, Hannah sonrió feliz. Mirando al hombre que amaba dijo —siempre soñé con un beso bajo la lluvia —recordando las palabras que usó cuando la besó por primera vez, cuando ya no pudo ocultar que lo amaba, llovía intensamente igual que este día, Stefan sonrió con seducción, dejando el paraguas a un lado, enmarcó su delicado rostro con sus fuertes manos, la llevó hasta su boca, para besarla con amor, pasión y claro, aún con gran deseo, porque la deseaba a diario, solo la luz de sus ojos y el calor de su cuerpo lo alejaban de las pesadillas, de todo el horror vivido.

Ahora daban paso a una nueva vida, una vida limpia, lejos del horror de la guerra, lejos de las pérdidas, estaban unidos, tenían una bella familia, Hannah contaba con sus hermanas, todo dolor fue dejado atrás, para dar inicio a la vida, una vida que estaba destinada a ellos, llena de amor y paz, porque después de todo lo vivido, lo único que necesitaban era a ellos, unidos, en amor y tranquilidad.

Epílogo

Mi Querida Hannah:

Sé que encontrarás esto, se que algún día regresarás a casa y veras que mi lugar secreto estaba distinto, y sabrás que se esconde algo para ti. No sientas dolor ni pesar por todo esto, con tu madre solo pensamos en salvarte, protegerte de todo el horror que se nos avecinaba, no pudimos hacer nada por tus hermanas, no sabemos qué será de ellas, pero pudimos hacer algo por ti, es por esto que conseguimos los documentos.

Vive tu vida, se feliz, consigue dejar todo atrás, lleva adelante una vida próspera y segura. Nunca mires atrás, no pienses en lo que nos sucedió, solo vive, eso es más que suficiente para nosotros.

Te dejamos este pequeño tesoro, los recuerdos son el mayor tesoro que una persona puede conservar, al mirarlos recordarás los momentos de felicidad vividos junto a nosotros y tus hermanas, esos momentos te harán feliz.

No mires atrás, nunca, solo hacia el futuro, ten una vida por nosotros, siempre estaremos junto a ti, siempre.

Te Aman

Papá y Mamá

Nota del Autor

A pesar de que esta es una novela de ficción, los hechos, los eventos e hitos de la segunda guerra en los que los personajes se ven envueltos, son reales. Todo lo relacionado con la guerra está documentado y revisado en la historia. Los soldados alemanes tomados prisioneros en Rusia, fueron encarcelados y puestos a trabajar bajo condiciones climáticas extremas, muchos fueron liberados diez años después, soltados en pleno invierno ruso, donde por el camino caían congelados, muertos por inanición y diversas enfermedades. Muchos judíos consiguieron en el mercado negro documentos falsos con los que vivieron a parte de todo este horror. Aunque Estados Unidos fue un aliado, negó la entrada en periodo de guerra a muchos judíos, que se vieron obligados a regresar o morir en las embarcaciones que viajaban.

¿Se puede amar en tiempos de guerra?, ¿se puede vivir junto al enemigo? ¿Qué tanto estas dispuesta a hacer por sobrevivir?, por cumplir tu promesa de vivir a toda costa.

Hannah es la hija menor de los Shwarts, una familia típica judía. Una familia que debe afrontar el horror más grande, la devastación de la guerra y de vivir separados.

Su padre, solo le pide que viva, a costa de lo que sea necesario, pero ella debe vivir.

Stefan en un oficial de SS, condecorado y de una familia de larga trayectoria en el ejército. Un hombre con altas aspiraciones, pero con el deseo de cobijar en su corazón el amor de una mujer, una mujer que está absolutamente prohibida para él.

¿Qué sucede si te enamoras de la persona que debes perseguir y exterminar?, ¿qué sucede si te enamoras de lo que más temes? ¿Podrá ser el amor más fuerte?

Te invito a conocer, esta novela y drama histórico, la vida de Hannah y de Stefan, dos almas que no debían estar juntas, pero a pesar de todo, ¿podrá ser el amor más fuerte?

Descúbrelo aquí, en mi novela Un beso bajo la lluvia.